

JULIO CÉSAR CERLETTI

# EL VAMPIRO DE VILLA SOLDATI Y OTROS ASESINOS



Señales de Humo



# EL VAMPIRO DE VILLA SOLDATI Y OTROS ASESINOS

**JULIO CÉSAR CERLETTI**

Señales de Humo

*El Vampiro de Villa Soldati  
y otros asesinos*

Primera edición enero 2010

© *Julio César Cerletti*

Diseño de cubierta: *Julio César Cerletti*

**Señales de Humo**

<http://julioerletti.blogspot.com/>

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de este libro, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización.

## ÍNDICE

La negociación.....	9
El Vampiro de Villa Soldati (o La teoría óptica) .....	17
Y otros asesinos .....	29
Dolores.....	35
<i>Serial Killer</i> .....	45
Ya había una vez.....	47
El Archivo.....	51
El asesino que nunca mató a nadie.....	99
<i>Lemmings</i> .....	107
Cómplices.....	113
Una buena noche.....	119
Soliloquio.....	129
Sangre de arrabal .....	139



*A los amigos de verdad*



## LA NEGOCIACIÓN

Narciso Sánchez Durán entró en la editorial empapado, transpirando, nervioso. Esquivó unas cajas con libros y llegó al mostrador. La voz le temblaba. Pidió a la recepcionista que lo dejara pasar hasta la oficina de Daniel Sivarsky, que lo estaba esperando. No hicieron falta más aclaraciones, Narciso ya era un hombre conocido en el edificio entero.

Caminó de memoria el largo pasillo, decorado desde hacía decenas de años con los mismos *posters* de los mismos libros que, alguna vez, habían sido récord de ventas. Se paró frente a la puerta de Sivarsky, se secó la frente con un pañuelo, tomó aire, dio dos golpecitos y, sin esperar respuesta, entró.

En el desorden de una habitación repleta de carpetas, folios y hojas sueltas, Narciso descubrió a Sivarsky removiendo pilas de papeles en busca de algo indefinido, probablemente un encendedor. Sivarsky había notado la nueva presencia, pero siguió en la faena como si nada. Narciso ya estaba acostumbrado.

–Buenas, Daniel, ¿cómo andás? –soltó tímido Narciso.

–Bien, ¿y vos? –dijo el otro sin mirarlo.

–Todo bien. Un poco acalorado. Esta lluvia de mierda, la humedad, el subte... Lo de siempre, ¿no?

–“Lo que mata es la humedad”...

–En fin... Acá estamos...

La oficina de Sivarsky era amplia, pero no lo parecía. Tenía un escritorio, un sillón para el dueño de casa, dos sillas para visitas, dos estanterías para documentos, otras dos para libros, un archivador, tres cajoneras y una mesa de reuniones con seis sillas. Pero estaba visto que ahí no podía tener lugar ninguna reunión: sobre la mesa, e incluso en el piso, se acumulaban originales, traducciones, revistas y diarios. Encima de las sillas se apilaban montones de escritos sobre los que había carteles como *descartados*, *posibles*, *traducciones* y *urgentes*. La pila más grande era la de *descartados*. En realidad eran tres pilas, en tres sillas distintas. *Posibles* apenas alcanzaba cuatro dedos de altura. *Traducciones* y *urgentes* estaban casi igual, unos treinta centímetros cada una.

–Sentate, Naso. ¿Querés tomar algo? –ahora Sivarsky lo miraba fijo, con el mechero en la mano derecha, al fin interesado por su visitante.

–No, no. Me compré una botellita de agua cuando venía para acá –contestó Narciso mientras se acomodaba en uno de los asientos.

–Dejá el piloto ahí... Sí, ahí no molesta –dijo Sivarsky señalando la silla de al lado.

–Bueno, Daniel...

–Bueno... A ver...

–¿La terminaste?

–Sí.

–¿Y?

–... –Sivarsky abrió la boca como para decir algo, pero no brotó ningún sonido inteligible.

–¿Qué? ¿No te gustó? –Sivarsky no respondía– Ey, Daniel, ¿estás ahí?

–A ver... No es que no me haya gustado... O sea, no es cuestión de gusto personal... es...

–Al grano, Danielito.

–A ver, cómo te lo digo...

–Ni que estuvieras embarazada, Daniel. ¿Qué puede ser tan grave? –Narciso reía nervioso.

–Esta novela es una mierda, Naso –dijo Sivarsky con cara de velorio, como si tuviera el peso de comunicarle la muerte de algún familiar.

–Pará, qué me decís... –respondió Narciso incrédulo, casi suplicando.

–Lo que oís, Naso. No... no sirve –y la voz de Sivarsky demostraba incluso pena.

–Tampoco es para tanto, che... Son dos años de laburo, algo rescatable tiene que haber.

–Sí, dos años, pero...

–¿Pero qué?

–¿Te das cuenta de lo que hiciste?

–¿De qué me tengo que dar cuenta?

–Esto es una pedorrada –se envalentonó Sivarsky, que de la pena pasó al enfado–. Un vampiro en Buenos Aires, una detective que trabaja para una agencia secreta de fenómenos paranormales, asesinatos en serie, una secta nazi, un periodista que descubre el misterio... ¿Qué te fumaste, salame?

–Todavía no veo qué tiene de malo.

–Es poco verosímil –explicó Sivarsky como si estuviera dando un diagnóstico médico: categórico, autosuficiente y, sobre todo, asépticamente científico.

–¿Y desde cuándo te interesa el realismo?

–No seas pelotudo, Naso... No se trata de realismo. Se trata de enganchar a la gente, y este bolazo no engancha ni con alambre de púa...

–Pero decíme, por favor, qué tiene de malo.

–El escenario... En Buenos Aires no pasan estas cosas. Además, los vampiros ya están recontra gastados.

–¿Y qué? Estoy *reactualizando* el mito, esto es distinto –intentó justificarse Narciso, aunque el tono de voz lo delataba: no creía en sus propias palabras.

–No me vengas con sanata, Naso. El último que “reactualizó el mito” del vampiro fue *Batman*, y de esto hace medio siglo. No le busques la quinta pata al gato.

–¿Y qué tiene de malo Buenos Aires? Es una ciudad como cualquier otra...

–No, no es así. Buenos Aires no da para esto.

–¿Si ambientaba la novela en Venecia, en el siglo XV? ¿Te hubiera gustado más? ¿O tenía que poner el secreto de la masonería oculto en los grabados de un libro de anatomía del siglo XIX escondido en Praga? ¿Vos

te fijaste las novelas de mierda importadas que vendés todos los días? ¿Y me criticás a mí?

–Te lo hago fácil, Naso... Argentina no es así. Si fueras yanqui y escribieses esta historia ambientada en Chicago, capaz que hasta te hacían una película. Clase B, es cierto, aunque te pagaban los derechos y vivías como un duque. Pero acá no somos así, viste... Acá no podés poner un vampiro *de verdad* suelto en Villa Soldati, ni una escena romántica en la Torre de los Ingleses... La Torre de los Ingleses, ¿me entendés? Eso es una pelotudez, es para las películas de Palito Ortega.

–¿¡Palito Ortega!? ¿Qué tiene que ver?

–No me jodas, Naso... Dos tortolitos tomaditos de la mano, “rodeados de una niebla que, junto a la Torre, los transportaba directamente a la Londres del siglo XIX” –citaba Sivarsky de memoria–. Esto no lo arreglás con nada, pero ¿sabés qué tendrías que haber hecho? Sexo. Tendrías que haber metido sexo, gente garchando. Eso hubiera estado mejor.

–Sexo... –repitió Narciso, como dándole la razón a un loco.

–Sí –continuaba Sivarsky, casi enajenado–. Algo tormentoso, una relación retorcida, enfermiza... Eso prende mucho. Los vampiros son fantasías sexuales.

–No me vengas con el psicoanálisis, ahora...

–¿¡Qué psicoanálisis, boludo!? Estoy hablando de instintos, de desenfreno. Tendrías que haber aprovechado la niebla para que cogieran ahí mismo, al aire libre pero sin que nadie los viera, ¿me entendés?

–No, Daniel, no te entiendo...

–Se ve que no –concluyó Sivarsky, volviendo al semblante duro y preocupado.

Se hizo una pausa en la conversación. Sivarsky y Narciso no se miraban. Sivarsky prendió un pucho y buscó desesperadamente un cenicero entre las pilas de papeles desordenados que tenía en su escritorio. Narciso estaba serio, entre dolido y enojado. Sivarsky apuraba las pitadas y tomaba aire de tanto en tanto. Narciso no podía tener quietas las manos y entrelazaba los dedos hasta hacerse un nudo doloroso de desatar. No era un momento fácil para ninguno de los dos.

–A ver, Daniel... ¿Cuántas novelas como la mía leíste? Me refiero a novelas de este género, escritas por argentinos y ambientadas acá –dijo Narciso tratando de calmarse. Pero Sivarsky explotó.

–¿Qué género, boludo? ¿De qué me estás hablando?

–De misterio, *suspense*, *thriller*...

–Mist... sus... Vos no tenés arreglo...

–Dále, contestame, no te vayás por las ramas.

–Qué sé yo...

–Ninguna.

–¡Miles! ¿O de qué te creés que son todas esas pilas de papeles? –Sivarski señalaba a los *descartados*.

–No me mientas. Ninguna como la mía.

–¡Sí, puede ser, ninguna! ¿Y?

–¿Entonces?

–¿Entonces qué!?

–¿Entonces cómo podés saber que esto no va a prender en la gente?

–Porque Adrián Suar quiso hacer una película de acción como las yanquis en Argentina, con explosiones de autos, tiroteos espectaculares... y le salió para el culo, por eso. Está visto que las historias “foráneas” no pegan con nuestro paisaje, ni con nuestro carácter, ni con... ¡nada! Carlín Calvo nunca se va a parecer a Stallone, ¿la cazás?

–¡Pero si a la película de Suar la vio todo el mundo! Dáme la oportunidad, y voy a vender este libro a medio país.

–Vos estás en pedo. No me comparés...

–¡Pero si fuiste vos el que sacó el tema de la película!

–Bueno, me equivoqué, no es lo mismo. Te digo que esa historia tuya parece una copia berreta de los libros importados, esos de los que vos te quejás. Es como *El Péndulo de Foucault* del subdesarrollo.

–Menos mal que sos mi amigo...

–Soy tu amigo, y por eso te lo digo de frente, Naso.

–A ver, Danielito querido, no te pido que te guste la novela. Ni siquiera te pido que le des un premio. No quiero que me inventes un concurso a medida...

–Ahora no me vengas con esa... No empecés a remover mierda... Lo de los premios ya fue hace mil años y no lo volvimos a hacer...

–Está bien, no te ofendas, pero dejame terminar. Lo único que te pido es que me saques una tirada chica, que apalabres a un par de críticos... ya sabés. Yo tengo unos ahorros por ahí, los puedo invertir en este proyecto. Si sale bien, lanzamos una tirada grande, nos sacan en los suplementos culturales, nos inventamos un falso debate, alguna polémica... Y si sale mejor, la publicamos en México, en España, la traducimos...

Sivarsky se quedó escuchando, pero tenía la respuesta ensayada desde la primera palabra de Narciso:

–Bajá a la tierra, Naso. Yo no puedo ir con esto a los capos. Si les llevo *esto*, primero me lo van a hacer enrollar, después me lo van a hacer tragar (por no decir algo peor) y después me van a dar una patada en el culo que gustosamente transmitiré al tuyo. Al final de cuentas, a mí me pagan para elegir novelas extranjeras que puedan funcionar acá... Es así. Todos los días recibo cuentos y novelas de gente como vos, pero cada vez que llevo algo de autor local a la cúpula me dicen que lo van a estudiar, y que mientras tanto me apure con las traducciones, que tienen que sacar algún lanzamiento fuerte para Navidad o la Feria del Libro.

–Sí, lo sé, pero...

–Y eso no es todo. No sé por cuánto tiempo durará esto: si nos chupa la editorial grande, de la nuestra va a quedar apenas una oficinita, un logotipo y el poco prestigio que teníamos. Nada más. Las cosas van a venir elegidas de la madre patria. Mi puesto no va a existir más. Me van a echar. Y los escritores de acá, a joderse, a esperar la Divina Providencia.

–Bueno, eso no va a cambiar mucho. Por la bola que nos dan ahora...

–No te hagás la víctima, Naso.

–Y vos no te hagás el cazatalentos patriota, Daniel. Me estás negando una oportunidad ahora que podés dármela. Es una novela cortita, pocas páginas, formato bolsillo... Podemos inventar “el nuevo terror argentino”, qué sé yo, algo que llame la atención. Como la película de Suar: admito que mi novela también puede ser una mierda, pero si la leyera todo el mundo...

–¿Qué querés que te diga, Naso? ¿Querés que te mienta? ¿Querés la famosa frasecita “dejame ver qué puedo hacer”? Si querés te la digo, pero ni vos ni yo somos tan boludos como para creérsola. Si yo te digo que no puedo hacer nada por *esto*, es que no se puede hacer nada. Como amigo, te lo digo.

–Jugáte, Daniel. Me estás diciendo que por ahí te quedás sin laburo mañana mismo, ¿qué podés perder? Mostrásela a los capos, vendésela como una alternativa barata y nacionalista para competir con las novelejas importadas... Capaz que entran por el lado económico.

–La editorial tiene su pequeño prestigio, Naso...

–¡Y dale con el prestigio! Una edición de bolsillo fallida no le arruina el prestigio a nadie.

–... –Sivarsky desvió la vista hacia una pila de carpetas. Amagó a contestar algo, pero nuevamente se quedó sin palabras, o no se atrevió a decir las. Narciso apeló al típico tono lastimero de los nenes caprichosos:

–Dale, Daniel...

–Sos un hinchapelota.

–No seas garca, Daniel.

–Esto es una bosta, te lo digo de verdad. No me lo van a aprobar.

–“Soy un artista incomprendido”. “Los libros de historia los castigarán por este rechazo”. “Ellos se lo pierden” –Narciso repetía cada frase con tono de burla, imitando a algún personaje que ambos conocían.

–No me hagás reír, Naso. Como para bromas estoy yo –contestó Sivarsky, pero sonreía.

–Dale, Daniel, ponéte media pila.

–Yo no hago milagros.

–Si no sale, no te lo voy a echar en cara. Pero al menos probá suerte.

–Sos imbankable. Con tal de que no me jodas más soy capaz de llevárselo a los jefes.

–¿Eso es un sí?

–Dejame ver qué puedo hacer.

El silencio ganó la habitación. Narciso se paró lentamente, agarró su piloto, miró a Sivarsky y estuvo a punto de decirle “gracias”. Sivarsky, sin esperarlo, hizo un remedo de saludo militar y apagó lo que quedaba de cigarrillo contra el recobrado cenicero. A Narciso el objeto le pareció conocido, aunque no recordaba dónde lo había visto la última vez. Pensó en bromear con Sivarsky y su fama de cleptómano, pero no era muy conveniente en ese momento. Dio media vuelta y se fue.

Sivarsky se quedó solo en la habitación, rodeado por el humo de su cigarrillo y los eternos montones de hojas. Oyó los pasos alejarse por el pasillo, doblar la esquina, una voz que saludaba a la recepcionista, una puerta que se cerraba. Silencio. Esperó unos segundos más y comenzó a revolver otra vez su desordenado escritorio. Encontró el texto. “*Sangre de arrabal*, por Narciso Sánchez Durán”. Sivarsky se incorporó y caminó hasta la mesa de reuniones. Habló solo.

–Estimados *capos*: este es el texto de mi amigo Naso. ¿Qué hacemos?

Y, meneando la cabeza, depositó el escrito sobre una pila de *descartados*.

## EL VAMPIRO DE VILLA SOLDATI (O LA TEORÍA ÓPTICA)

**Reflexión.** *Se llama así al proceso por el cual un haz de luz que incide sobre una superficie regresa, total o parcialmente, al medio de procedencia. El fenómeno obedece a dos leyes simples, o leyes de la reflexión: el ángulo (llamado de incidencia) formado por el rayo que incide sobre la superficie y la normal a ella es igual al ángulo de reflexión, formado por el rayo reflejado y dicha normal; el rayo incidente, el rayo reflejado y la normal están en un mismo plano.*  
*Enciclopedia Metódica Larousse*

### I. TRATADO SOBRE LOS ESPEJOS

En una habitación desordenada, dos hermanos adolescentes y aburridos estaban tumbados en sus camas, leyendo revistas, mirando el techo, pasando el tiempo.

–¿Sabés por qué los vampiros no se reflejan en los espejos? –dijo el menor.

–No sé. ¿Por qué? –el mayor le seguía la corriente.

–Porque los espejos reflejan el alma, que ya no les ocupa el cuerpo –el menor hablaba con seguridad, como si acabara de leerlo en *Nature*.

–Los espejos reflejan cosas como un jarrón, o un televisor, o una pared, o un árbol. Que yo sepa, ninguna de esas cosas tiene alma –contestó el otro, con menosprecio.

–No, no, vos no entendés. Hay un mundo paralelo que se refleja en el espejo. El espejo te permite entrar en ese mundo y verlo. Todos los seres vivos tienen alma, y las cosas hechas por el hombre tienen el alma del hombre que las hizo. Por eso se reflejan.

–Entonces las cosas hechas por los vampiros no se reflejan...

–No, claro.

–¿Y en qué consiste ese mundo paralelo? –el mayor parecía interesado en desarmar el argumento de su hermano.

–Es largo de explicar. Es el mundo de las almas, nuestro reverso interior. Por eso todo se ve al revés.

–Parece que vos tenés todo muy clarito, ¿no?

–No te burles. Mirando en la web se aprenden muchas cosas, más que en la escuela.

–Y en los *X-Files* mucho más todavía –el mayor ya se mofaba.

–Vos reíte lo que quieras, pero yo voy a grabar a un vampiro –dijo el pequeño, muy serio.

–Ah, bueno, lo que faltaba. ¿Vas de excursión a Transilvania, o al boliche *dark* que pusieron en Flores?

–Si te tomaras las cosas más en serio... Hay una página sobre actividad paranormal que se llama IPAP (*Internet Paranormal Activity Project*). Ahí se registran las observaciones de los internautas sobre sucesos extraños. Todos esos datos son estudiados por los expertos del proyecto, que después de su análisis te dicen de qué se puede tratar el fenómeno presentado.

–Como los horóscopos *on-line*. Supongo que te dicen lo que querés escuchar. “Tiene un O.V.N.I. en el garage”, o algo así ¿no?

–Vos pensá lo que quieras, pero yo sé que acá hay un vampiro.

–¿Acá? ¿Dónde? ¿Abajo de la cama? –el mayor se revolvía teatralmente, simulando graciosas muecas de terror.

–No, acá, en el barrio.

–¿En Villa Soldati? ¿Me estás jodiendo?

–Para nada. Hay un par de personas que reportaron acontecimientos extraños por esta zona, y el diagnóstico del IPAP indica que hay un vampiro viviendo cerca.

–Uy Dios, lo que hay que oír... Esperá que llamo a Peter Cushing, a Vincent Price o a Anthony Hopkins...

–Dale, seguí burlándote, pero es verdad. Y yo lo voy a grabar. Cuando el video aparezca en *www.ipap.co.uk* se te van a ir las ganas de reírte.

–A ver, un segundo... ¿Que vas a hacer qué?

–A grabarlo. Videocámara, corrección de oscuridad, zoom óptico y zoom digital... Grabar.

–¿Y cómo vas a grabar a un vampiro? ¿Lo vas a llamar por teléfono: “Hola señor vampiro, déjeme que lo grabe para la web de los raritos”?

–En el IPAP dan un radio aproximado de dónde podría localizarse y las zonas donde actúa.

–En Villa Soldati...

–Sí, en Villa Soldati.

–O sea que vas por ahí, lo esperás, grabás y volvés a casa caminando...

–Sí, más o menos.

–Y oírme una cosa, ¿se puede grabar a un vampiro?

–Claro, por qué no.

–Digo yo, como no se reflejan en los espejos, tampoco se grabarán imágenes de ellos, me parece...

–Precisamente, el vampiro no se refleja en un espejo porque no es una cuestión óptica. Si así fuera, su cuerpo arroja luz como cualquier otro, pero ya te dije que el espejo no refleja luz. En cambio, la cámara no capta el alma, sino la luz, y la transforma en pulsos que se graban en una cinta magnética.

–¿Y si yo miro a un vampiro a través de una cámara de fotos reflex? ¿No lo veo a él pero puedo sacar la foto igual?

–Eh... Sí.

–¿Y cómo vas a hacer para grabarlo si no podés verlo?

–Las cámaras de video no tienen sistema reflex, transmiten una señal de video al visor.

–Ah, mirá vos. ¿Y cómo sabés que no captan el alma? Hay gente que dice grabar fantasmas.

–¿Qué tiene que ver?

–¿Los fantasmas no son almas?

–Sí, ¿y qué?

–Que para verlas, según vos, habría que usar un espejo.

–No necesariamente.

–¿Cómo?

–Claro, el espejo te permite ver el alma, pero no es la única manera de verla. A veces se presenta así, en la realidad. Y también hay cámaras especiales para fantasmas.

–Mmh... No me convence.

–Problema tuyo, yo te digo la verdad.

–Bueno, pero no me contestaste, ¿por qué estás seguro de poder grabarlo? ¿Por qué los científicos se equivocarían con respecto a las propiedades ópticas del espejo y no a las de la cámara de video?

–Porque los científicos construyeron las cámaras de video pero no los espejos. Los espejos ya existían antes que ellos.

–¿Y el reflejo del agua es lo mismo que un espejo?

–Sí.

–¿Cualquier cosa que refleje la luz es lo mismo?

–Sí.

–Entonces los vampiros, en tanto cuerpos, reflejan luz. O sea, son espejos, porque todo refleja luz; si no, no podríamos ver.

–¡No seas pelotudo! ¡Qué tipo pajero! Sabés que me refiero a lo que refleja todo, punto por punto, sin absorber un solo y puto color. Hablo de imágenes, no de colores.

–Bueno, no te enojés, pero a mí me parece que lo que decís no tiene mucho sentido, por eso te discuto.

–A ver, dejáme que te explique... a ver... Todo lo que te devuelva una imagen es un espejo. Si una madera barnizada te devuelve una silueta, aunque sea apenas una sombra, pero que vos distinguís como una figura, está actuando como un espejo. ¿Entendés?

–Supongo que sí. Igual no lo veo muy claro.

–Estoy perdiendo el tiempo.

–Tenés razón. Conmigo perdés el tiempo. No te creo nada.

–No, si ya lo sé. Pero cuando te muestre la filmación me voy a cagar de risa viendo tu cara.

–Ojalá. ¿Sabías que en realidad me encantaría que tuvieras razón? Pero no vas a sacar nada. Es más, te voy a acompañar a filmar. De chiquito siempre quise que los fantasmas y todas esas cosas existieran en la realidad. A ver si nos decepcionamos juntos.

–Bienvenido a bordo.

## II. A LAS SOMBRAS

Dolor en las entrañas: ardor, puntadas, retorcijones, hinchazones, hambre. Mientras el estómago se le revuelve de sufrimiento, las manos débiles tantean en la oscuridad y la nariz no para de tomar aire, al tiempo que una secreción inmundada se le escurre por las fosas nasales hasta el piso.

Una luz se enciende en el pasillo y corre hasta el hueco de la escalera. Baja al entrepiso y aguarda. Unos pasos atraviesan el pasillo, se oye una llave, una puerta que se abre y se cierra, y luego el silencio. Aguarda a que se apague el plafón y sale otra vez al corredor. Camina despacio hasta el ascensor y mira el reloj en la penumbra: las dos y cuarto de la mañana.

La calle ya le es conocida. La estudió en anteriores salidas. Avanza con cautela, observa a todos lados espionando a través del hueco que dejan su gorro y su abrigo. Dolor y más dolor. Hambre. Camina velozmente y el sobretodo se hincha como la capa de un héroe. No hace mucho frío, la noche es calma.

Siente demasiado dolor, el sufrimiento es excesivo. Y el hambre, sí, eso ayuda a que todo sea peor. Y alguien aparece. Dobla la esquina acurrucado en un overol viejo y engrasado, con un cigarrillo en los labios. Eso es todo lo que ve: una luciérnaga roja señalando el rumbo de una silueta alargada. Se oculta tras un árbol y espera. La sombra se acerca. Dolor y hambre. Le parece un *dejá-vu*, una escena repetida. Sabe que no puede detenerse. Y el hombre de overol ya está muy cerca.

El cigarrillo vuela a metros de distancia. El puñetazo voltea al hombre, lo deja confundido, mareado. Entonces puede abalanzarse sobre él. Cae como una araña sobre su presa, como resbalando por un hilo invisible. El sobretodo se vuelve a hinchar y el cuadro es de completo terror. Sus manos, peludas por doquier, sujetan al hombre de overol. La boca babea, y las secreciones nasales se confunden con el torrente inmundado de sus labios y caen sobre el cuerpo tendido en la vereda. El hombre, aún atontado, puede apenas ver a su atacante. Es suficiente. Da un grito de horror. Ve las manos, cubiertas de vello, con las puntas de los dedos destruidas, como atacadas por ácido; ve el rostro desgarrado, con dos enormes huecos en el centro de los que no cesa de brotar una pasta asquerosa; ve las manchas en la piel irregulares y los labios hinchados; ve, por último, la horrible dentadura, compuesta de dientes rojizos, sin encías, sangrienta. Y muere.

Sufrimiento, hambre. El fuego quema las tripas. El cadáver tendido es una pesadilla. Otra más. La mente se confunde, se marea. Entra en trance.

Un ruido. Tal vez pasos, pies que se arrastran. Algo está mal, no debería haber nadie. Se oculta bajo su abrigo y trata de cubrir también a su víctima. Los oye mejor. Son dos. Van juntos. Es demasiado. Perderá el efecto sorpresa.

Las dos siluetas cruzan la calle a mitad de cuadra, en diagonal. Se aproximan a él sin saberlo. No tiene más remedio que echar a correr. Oye el grito de sorpresa, sabe que el cuerpo ha sido descubierto.

Al menos, se ha mitigado el dolor.

### III. *ON THE RECORD*

-¿Lo viste?

-¡Sí! ¿Adónde fue?

-Salió corriendo. Por allá.

-Quedémonos acá. Me parece que se asustó.

-Yo no me muevo. A ver si está emboscado.

-¿Lo grabaste?

-Creo que sí. Espero.

-¿Y con esto que hacemos?

-Lo hizo pomada... Pobre tipo.

-¿No deberíamos llamar a la policía?

-Dejáme fijarme si grabó algo. Si no, ¿cómo probamos que no fuimos nosotros?

-Que prueben ellos que sí fuimos.

-Ellos pueden probar lo que quieran. Dejame ver.

-¿Y?

-¡Esperá! Mientras rebobino vigilá que no vuelva.

-¿Y si vuelve?

-Corramos. No te olvides que es un vampiro, y que es mil veces más fuerte que nosotros.

-Ah, sí, ¿y entonces por qué se asustó?

-Esperá... a ver... ¡Sí, grabó! Pero... no se ve muy claro. ¿Ves esa figura negra?

-Salió muy movido.

–Pero al menos se ve que había alguien ahí. Podemos llamar a la policía tranquilos.

–Pero uno tendría que quedarse acá, mirá si mientras vamos a llamar vuelve y se lleva el cuerpo: quedamos como unos mentirosos.

–No te olvides que lo tenemos grabado.

–Es verdad...

–¿Viste que la cámara graba a los vampiros?

–Por ahora, graba asesinos.

–Me tenés podrido. Vamos a llamar.

#### IV. ESCENA DEL CRIMEN

Comenzaba a amanecer y la policía tomaba muestras del terreno. Fotos del cuerpo destrozado, cubierto de marcas y laceraciones. El cuello estaba completamente desgarrado, y faltaban considerable cantidad de músculos y venas y demás. La sangre bañaba la vereda alrededor del cadáver. Algunos reporteros gráficos trataron de llegar a la escena del crimen, pero sólo uno consiguió la foto para la primera plana.

Los jóvenes eran interrogados y la cámara de video les fue momentáneamente secuestrada como prueba de un homicidio. Los policías estaban muy intrigados por conocer cómo habían sabido que se iba a cometer un asesinato. El menor de ellos, apenado por la pérdida temporal de su cámara, permanecía en silencio. El mayor hablaba y trataba de explicarse. Comentó que salían a tomar imágenes de la noche, con permiso de sus padres, porque querían hacer una película de terror casera. De casualidad, llegaron a esa calle y vieron la escena. Inmediatamente el menor decidió grabar, y ninguno se animó a detener al asesino.

El muchacho evitó cuidadosamente hablar de vampiros.

Las pesquisas duraron hasta las diez de la mañana. Los vecinos preferían no hablar. Algunos vivían en casas ocupadas ilegalmente, otros no querían problemas y la mayoría realmente no había sentido nada.

La mujer del muerto reconoció a su marido e irrumpió en un llanto interminable. Sus parientes y amigos alzaron un grito de justicia y dijeron ante las cámaras de televisión lo bueno y trabajador que había sido el hombre de overol.

V. LOS POLICÍAS

En una salita en semipenumbra, donde se amontonaban videocaseteras viejas, monitores blanco y negro, televisores de los años ochenta, cintas y proyectores, el policía y su compañero miraban la pálida luminiscencia de los rayos catódicos.

El policía arrimaba la cara a la pantalla, sin saber que cuanto más cerca, peor se ve. El compañero se mantenía a una distancia prudente, de pie, eriguido. El resplandor no alcanzaba su rostro, que permanecía en sombras.

-Acá no se ve nada -dijo el policía.

-Rebobiná -ordenó el compañero.

-¿Qué pasa?

-A ver... ¡Ahí! ¡Pará ahí!

-¿Qué, qué hay?

-¿La podés pasar cuadro por cuadro?

-No se va a ver muy bien... pero sí.

-La toma salió muy movida, pero si la pasamos de a poco te voy a poder mostrar algo.

-Ahí va...

-¿Ves esto?

-¿Qué, el charco de agua?

-Sí.

-¿Qué hay?

-Nada, no hay nada.

-¿Y entonces?

-Eso, que no hay nada.

-¿Me estás cargando?

-No, porque si te fijás bien, tendría que haber algo.

-No me estarás diciendo que...

-No se refleja. El tipo no se refleja.

-No lo puedo creer.

-Mirá bien: acá está el poste de luz, acá el árbol, y siguiendo tendría que estar la cabeza del tipo. Es simétrico en todo excepto en eso.

-No lo puedo creer...

-Bueno, pero dejémoslo así. Voy a llamar a la señorita Pérez Nogal y que se encargue ella. Nosotros ya no tenemos nada más que hacer.

–¿Te parece llamarla? No son más que un par de cuadros en los que no se refleja la cabeza del tipo. ¿Qué hacemos si llega a resultar que no hay nada raro, que es un error en la imagen, y la Nogal se nos tira encima?

–La llamo. Esta tipa sabe. Por lo menos va a mirar bien el video, le va a hacer análisis, qué sé yo. Escucháme, tampoco es normal que a un tipo le coman el cuello como a éste.

–Tenés razón. Un problema menos para nosotros.

## VI. PORFIRIAS

–Me parece que tengo que reconsiderar lo que dije acerca de los *nerds* que ponen páginas de internet. Escuchá lo que encontré en la “Web del Vampiro”.

–¿Te metiste en internet para ver la “Web del Vampiro”?

–Sí, sí, pero escuchá...

–Escuchame vos: yo me quedé sin mi cámara, anteanoche vi un vampiro y no puedo probarlo, estoy durmiendo mal ¿y vos me decís que perdiste tiempo y plata del teléfono en la “Web del Vampiro”?

–Sólo porque dicen esto. Vienen hablando de los “bebedores de sangre” y de pronto sueltan: “Según algunos investigadores consultados por los profesores Edwards y Sterning, una moderna teoría médica explicaría el fenómeno; ciertos individuos padecen una enfermedad hereditaria llamada *porfiria*, cuyos síntomas son la imperiosa necesidad de beber sangre, una permanente y severa anemia, extrema sensibilidad a la luz solar y una retracción de las encías que produce la impresión de que los dientes aumentan de tamaño, especialmente los colmillos. Este mal puede ser combatido si se le proporcionan al enfermo cantidades adecuadas de ácido fólico y se vigila, por medio de análisis de laboratorio, el nivel de hierro en la sangre. En ciertos lugares del Mediterráneo se presenta una enfermedad genética llamada talasemia, que también produce anemia crónica. Los glóbulos rojos de las personas que la padecen son muy pequeños y acarrearán menor cantidad de oxígeno que en los individuos sanos, lo cual les confiere una palidez muy acentuada. Algunos investigadores médicos han sugerido que la porfiria, que ya casi desapareció, es una afección de ese tipo con un área de difusión muy reducida en la zona de los Balcanes

donde, en diez años, se detectaron sólo tres casos, él último en 1989.”  
¿Qué me contás?

–¿De qué?

–Acá te están explicando qué son los vampiros: unos pobres enfermos de porfiria. “Fotosensibles”, es decir que les molesta la luz, por eso salen de noche. “Imperiosa necesidad de beber sangre” y “anemia”, por lo que chupan y chupan, nomás. La “retracción de las encías” hace parecer que le crecen los colmillos... Todo cuadra.

–Msé... puede ser... Pero...

–Nada, hermanito, nada. Si por casualidad lo que nosotros vimos es un chupasangre, seguro que se trata de un rarísimo caso de porfiria; tal vez un inmigrante yugoslavo que escapó de la guerra de los Balcanes y está penando sin tratamiento, ni plata, ni comida ni pasaporte que lo habilite a mostrarse en un hospital argentino sin que lo deporten.

–Será. Al final, vos siempre tenés razón.

–Por algo soy el hermano mayor.

## VII. PAPÁ Y MAMÁ

Mamá atendió la puerta y descubrió a un amable agente de la Policía Federal que le hacía entrega en mano de un paquete y le pedía que llenara unos formularios de devolución. El agente le explicó que se trataba de la cámara que les habían secuestrado a los chicos en la escena del crimen y agregó, a pesar de que en las planillas y notas estaba diez veces aclarado, que el *cassette* permanecería bajo custodia policial, como prueba de un delito. Mamá agradeció y, sin salir de su asombro (no esperaba que la policía le devolviera algo a domicilio) se introdujo en la casa y llamó a su marido, que miraba televisión en el living. Le comentó lo de la entrega y él respondió con un “no lo puedo creer”. Mamá agregó que a Tomásito, su hijo menor, ya se le había pasado el fanatismo por los vampiros. Papá contestó con “es así, le agarra un berretín y después se les pasa. El problema es que vos lo consentís mucho”. Mamá le contestó que si no le dejaba darse algunos gustos después iba a salir un adulto traumatado y papá le contestó que ese argumento lo tenía cansado. Después cada uno volvió a lo suyo.

VIII. BUSCANDO UN VIEJO PEINADO

Oculto en las penumbras de su departamento, mira un punto fijo en ningún lugar de la habitación. La mente relajada le dice que aún falta para lo peor. Sin embargo, los síntomas comienzan a hacerse presentes. A un costado, en lo que supo ser un sillón, descansan un gorro de lana y un sobretodo negros. Los mira, siente que tendrá que volver a usarlos esta noche. Se para, camina por la habitación. Acaricia con sus manos la cabellera, y empieza a sentir que los miembros se aflojan, no responden a su voluntad como quisiera. Camina hasta un viejo grabador y aprieta el *play*. Deja que la música de una cinta gastada corra. Un tema viejo, muy viejo, muy querido. Le recuerda los tiempos felices, cuando todo era diferente. Entonces hubiera podido ser cualquier cosa. Ya no.

Da otros pasos más y adviene la primera puntada. Aun es temprano. Las persianas destartadas todavía dejan colar rayos de sol. No puede salir. Pronto le seguirá otra puntada y el ardor. Tiene que aguantar.

Disfruta los últimos segundos de la canción recordando su juventud. Las salidas, los bares, los romances fugaces. Se para ante el espejo. Intenta otra vez acomodar su melena, como en aquellos tiempos, pero ya no puede peinarse a la antigua: los brazos apenas si le responden con movimientos secos, y luego se apagan; la cabeza está cubierta de pelos y no puede distinguir su peinado; y el espejo, fríamente cruel, no devuelve ninguna imagen.



## Y OTROS ASESINOS

Y vendrán otros asesinos. El asesinato existe desde que el primer humano se irguió sobre la superficie terrestre; existe en nuestros días con la cotidianeidad del dormir, del comer o del respirar; y existirá sin duda en el futuro, cuando en medio de tanta televisión, *realities*, internet, mundos virtuales, trabajos alienantes, vínculos falsos y remedos de amor y amistad, la destrucción del prójimo sea el único acto capaz de devolvernos a nuestra triste realidad de criaturas mortales.

Todos fuimos, somos y seremos capaces de matar. Todos cobijamos escondido el instinto primigenio que aguarda la palabra clave, la llave mágica, el conjuro preciso que lo libere como al genio de la lámpara. Puede matar el hombre salvaje y violento, la dama refinada de la alta sociedad o el sistema impersonal en manos de gente gris. Puede matar el niño cruel e inconsciente, la joven despechada o el viejo carcamán. Vivimos rodeados de asesinos. El peligro de muerte es inminente, a cada paso, en cada esquina. Porque todos somos asesinos en potencia.

### I. LO INEXPLICABLE

Esta triste verdad es difícil de asimilar. Pero lo más duro de afrontar es la muerte sin sentido; la pérdida de nuestro bien más preciado (la vida), de todo cuanto existe para nosotros, de nuestro ser, sin una razón que lo aclare o justifique. Porque es esta clase de muerte violenta la que corrobora, sin lugar a objeciones, la penosa certeza de que jamás cesará el derrotero de sangre iniciado por Caín, o por aquel homínido que tocó el monolito. Si se puede matar porque sí, se matará. Y punto.

El crimen inexplicable es aquel que, como su propio nombre indica, no tiene explicación. En todos los manuales de detective se enseña que la mejor manera de identificar a un asesino desconocido consiste en especular acerca de quién tenía un móvil y la oportunidad para matar. Ello da por supuesto que todo homicidio debe tener una causa. ¿Pero qué ocurre cuando no existe motivo, tan sólo una ocasión?

Pongamos un ejemplo reciente y cercano (aunque el sumario judicial impida citar nombres).

El *sujeto X* estaba un domingo de invierno al anochecer mirando televisión con esas publicidades de cremas faciales, baba de caracol, perfumes ridículos y comida sana, y de golpe salió de su departamento vestido como estaba (en paños menores), bajó a la calle, agarró una vara de hierro que había junto a unas bolsas de basura y le rompió el cráneo a un transeúnte que volvía alcoholizado de una fiesta de casamiento.

Fue fácil, pues lo encontró completamente borracho a la vuelta de la esquina, vestido con un pantalón negro sobre el que había una mancha de vómito; tenía la camisa blanca, un solo zapato (pie derecho), sin saco ni corbata, a pesar de que todo indicaba que en algún momento había llevado tales prendas. El transeúnte estaba tirado en el piso después de haberse tropezado, pero seguía gritando y riéndose de todo. Cuando el borracho vio aparecer al *sujeto X* en calzoncillos y camiseta empezó a soltar fuertes carcajadas. No se dio cuenta de que el *sujeto X* estaba *armado*.

El hombre intentó pararse mientras balbuceaba incoherencias que sólo le hacían gracia a sí mismo. Pero *X* no se lo permitió. Se arrimó a él y lo empujó de nuevo al suelo. No tuvo que hacer mucha fuerza, bastó apenas un impulso con la izquierda para que el borracho perdiese nuevamente el equilibrio. Y cuando lo tuvo ahí, indefenso y sometido, sostuvo su arma improvisada con ambas manos y empezó a tirar golpes.

El primero dio contra el brazo izquierdo del borracho, que apenas tuvo tiempo de ensayar un intento de defensa. Con probabilidad le lesionó gravemente el cúbito, quizás lo fracturó. Eso hizo que el tipo sacara el brazo izquierdo y dejara abierto el camino al segundo golpe, que cayó debajo de la clavícula derecha, provocándole un espantoso dolor en el pecho. El impacto cortó incluso la piel debajo de la camisa blanca, manchándola de sangre. El borracho se inclinó sobre su costado derecho pero, sin darle

tiempo a más, sobrevino el tercer golpe, que fue a dar de lleno en la sien izquierda. Entonces quedó inconsciente, completamente inmóvil en el piso.

El *sujeto X* no reparó en el detalle, y arrojó un cuarto y un quinto y un sexto y un séptimo golpe... Todos a la cabeza que, ahora quieta, era un blanco fácil. La sangre empezó a brotar por las fracturas de la nariz, pómulo, frente y mandíbula. Los siguientes cuatro impactos fueron hacia las costillas y luego el *sujeto X* se cansó. Quedó respirando agitado el aire fresco de la noche y, aún con furia y sin premeditación, arrojó el objeto contundente hacia el baldío de enfrente.

¿Hay causa para este crimen? ¿Acaso la estupidez de los anuncios sobre la baba de caracol es un factor explicativo suficiente para justificar una conducta tan impulsiva? ¿O es quizás la locura una buena razón? ¿Qué sentiríamos si una noche de borrachera nos llueven golpes de cualquier parte sin que sepamos por qué? ¿Y seríamos nosotros capaces de apalear a un imbécil para compensar el tedio de una noche de domingo en invierno?

## II. EL GÉNERO

En cualquiera pueda aflorar de un momento a otro la pulsión criminal. Hay que desmentir por tanto la falsa creencia de que el homicidio es patrimonio casi exclusivo de los hombres, brutos y salvajes. Quizás sea nuestro idioma, con su confusa ambigüedad, sus mezclas de dialectos y lenguas muertas, sus frases hechas y sus figuras retóricas, el que haya promovido la injusta equivocación. Ya el nombre (homicidio: del latín *homo*, hombre, y *caedēre*, matar) parece apuntar a los hombres como únicas víctimas. ¿Y si la muerta es una mujer? ¿Deberíamos hablar de *mulicidio*?

Nótese qué curioso: el sustantivo *homicida* semeja a una palabra del género femenino. ¿Quiere decir esto que el homicidio sólo acontece cuando una mujer mata a un hombre? Es evidente que no, pero es menester realizar algunas precisiones para que nuestra lengua no nos haga decir cosas que no queremos.

Eso nos lleva al problema del género. Debemos aclarar que, *strictu sensu*, el crimen de género es aquel que se comete sobre un paño de gran vistosidad, óptima calidad, refinado gusto, exquisita textura y profunda belle-

za, cuando cae en manos de un modista con delirios de artista, o de una inconsciente provista de tijeras. También es aquel que se produce cuando alguien subvierte (con premeditación y alevosía) las reglas o normas del policial negro, de la *road movie*, del *punk rock* o de la comedia clásica, entre otros ejemplos. Pero jamás de los jamases se hablará de crimen de género (o asesinato de género) cuando un hombre mate a una mujer, o cuando una mujer mate a un hombre, o cuando un bisexual mate a un transexual.

Cuando un ser humano mata a otro, sea quien fuere el (o la) homicida, sea quien fuere el (o la) víctima, hablaremos sencillamente de *asesinato*. Porque ¿qué diferencia hay entre una vida arrebatada y otra? ¿Qué importa si el ejecutor (o ejecutora) es un (o una) militar, un (o una) civil, un (o una) demente? La muerte nos hace a todos (y todas) iguales. Como hemos comprobado en el apartado anterior, lo importante no es quién, si no por qué.

Así es que, cuando la señorita Pérez Nogal entra en el bar, nadie sabe que está a punto de cometerse un asesinato, porque el hecho de ser mujer y entrar en un boliche de mala muerte no la hace víctima ni victimario. Hasta este momento, cualquiera puede ser el futuro criminal, o el próximo cadáver. Las probabilidades de ser uno u otro no tienen que ver tanto con la condición de la persona como con las circunstancias que pueden llevarla a convertirse en alguno de los dos.

La mujer atraviesa la puerta como uno (o una) más. Los parroquianos (y parroquianas) la sienten, pero no la miran. Saben que está ahí, pero aún no llama su atención. Los tacos de sus botas hacen temblar el suelo de tablones. Algún hombre, entonces, ya le mira el culo, moldeado por unos vaqueros azules ajustados. Está algo mayor, pero las maduritas son las mejores, según se comenta en una de las mesas con voz baja. Pérez Nogal camina despacio, atrayendo la curiosidad. Parece el *sheriff* de un *western* que altera la juerga del *saloon*.

Llega al mostrador. El barman la mira sin hablarle, ojea rápidamente los pechos de la mujer y ahora le pregunta si va a tomar algo. Ella le contesta que sí, una cerveza *light*. Sin alcohol no, una *light*. Una *light* entonces. ¿Y usted qué mira?, le dice ella a un tipo que está sentado en un taburete, a su izquierda. El hombre desvía la vista y apura el café. Deja monedas en la barra, se despide desde lejos y abandona el local. La gente empieza a susurrar,

algunos (y algunas) se callan, casi todos (y todas) la observan de reojo, simulan otra cosa, pero la están vigilando. Ella parece saberlo y disfruta con eso.

Pero no dura mucho. Porque entra el señor Randazzi, su novio o pareja de hecho, vociferando groserías, amenazándola con cosas horribles. Te voy a matar, puta. Está alcoholizado o drogado. El bar permanece en silencio absoluto, expectante. El novio o pareja camina tambaleándose hasta el mostrador y arroja puñetazos sin sentido, como un boxeador grogui. Ella los esquiva con habilidad y retrocede unos pasos. El barman está marcando el teléfono de emergencias.

Nadie sabe de dónde sale la navaja, pero de pronto la hoja brilla con la intensidad de las cosas nuevas. Randazzi se abalanza sobre Pérez Nogal. El filo atraviesa un abdomen. Y luego un espacio intercostal. Hasta cuatro, cinco o seis veces, nadie está seguro de haber contado bien.

El novio o pareja se desploma escupiendo la sangre que le llena los pulmones. La mujer suelta el filo, se arrodilla junto a él y llora.

La posibilidad de ser ejecutado o de ser el verdugo camina sobre el filo de una navaja.

### III. LA JUSTICIA

Todos los humanos (y humanas, aunque agradecería que en adelante me excusasen el tormento de género a fin de hacer más amena la lectura) somos iguales ante la muerte. Como lo somos ante la justicia. O deberíamos serlo. Pero dice la sabiduría popular, la incuestionable sabiduría popular, que la injusticia es tan vieja como la ley, si no más, y que por ello es que se viven diariamente incontables situaciones de agravio, desigualdad y arbitrariedad, situaciones en las que sólo el deseo inquebrantable de verdad, justicia y libertad bastarán para conducir al asesinato.

Por eso puede vaticinarse que Rodolfo lo hará. Un día se cansará de todo y lo hará. Primero destruirá el teclado contra el escritorio, y después arremeterá contra el monitor que, cara visible de un ordenador que se colgará por enésima vez en el día, se llevará la peor parte. Después arrojará el ratón a un lugar indefinido, derribará uno de los frágiles tabiques que delimitarán su miserable puesto de trabajo y convocará así la atención de toda la oficina. Alguno le dirá que se calme, otro le preguntará que qué

le pasa, vendrán los de seguridad, el supervisor y hasta es posible que el jefe de sección. Le recomendarán que se siente, que respire, que tome aire, que beba agua, que hable, que lo suelte y que se vaya a casa. Pero él no escuchará, porque él no está ahora mismo estudiando seis años de carrera (más otros dos de postgrados que le seguirán, más el doctorado y los cursos de capacitación que hará con mucho sacrificio) para que un semianalfabeto *hijo-de*, bestia ignorante, orgulloso de ser un nuevo-rico superficial, le vaya a dar órdenes. Pues lo obligará a trabajar como un idiota, a llevarle el café, a hacerle recados personales y estúpidos; se limpiará el trasero con sus diplomas, disfrutará tomándole el pelo, se mofará de que nada de lo aprendido en la academia habrá de servirle en “la vida real” y le hará saber que (oh, terrible insulto de nuestros tiempos y los venideros) será considerado un fracasado. Y Rodolfo pensará que sus padres no están sacrificando años de ahorros y malvivir para que su hijo acabe siendo un mandado de poca monta al servicio de un nene de papá quien jamás tendrá que sudar una gota para conseguir el Porsche.

Así que se arrojará al cuello del supervisor y lo sujetará con tanta fuerza que ni los guardias de seguridad, ni el gordo Martínez ni nadie conseguirán separarle las manos de aquella tráquea. Incluso cuando el supervisor haya dejado de respirar, los dedos seguirán enroscados al cogote, solidificados como el gesto de una estatua. Los ojos de Rodolfo seguirán abiertos, secos y desorbitados por horas.

Para Rodolfo, y para muchos como él, se habrá hecho justicia.

Así que considerémoslo bien. Sea por desquicio, defensa propia o ira; por azar, necesidad o impulso; por rencor, miedo o impotencia, seres humanos del montón están esperando el llamado de la naturaleza, destinados a cometer el supremo acto de destrucción, a engrosar las filas de quienes han quebrantado el primer mandamiento del Libro, la primera prohibición tribal, el crimen más horrendo que ninguna sociedad del mundo, pasada, presente o futura, tolerará jamás. Cargarán por siempre con el estigma de haber sido declarados enemigos de la Especie, malditos para la eternidad. Lamentablemente, el porvenir nos depara nuevas víctimas y otros asesinos.

## DOLORES

### I. LUCES Y SOMBRAS

Le gustaba empezar siempre igual, hablando de cualquier cosa, desviando la cuestión. Su compañero lo miraba y se preguntaba si no estaría cansado de hacer siempre lo mismo. Parecía que no.

El policía sacaba un cigarrillo, lo prendía, exhalaba el humo placenteramente y le comentaba al interrogado que hacía muuuucho tiempo había dejado los negros por los rubios. “Pero no puedo dejar el cigarrillo”, solía decir.

En un rincón de la habitación oscura, tratando de pasar desapercibido, casi invisible, su compañero contemplaba los ademanes repetidos. Sólo la certeza de que las respuestas de los interrogados iban a ser diferentes le hacía tolerable la insoportable reiteración de frases.

“Presiento que hoy va a llover”, decía el inspector, como siempre. “Claro que puedo equivocarme, pero nunca me equivoqué”, y sonreía como un idiota, mostrando todos los dientes amarillentos, sabiendo que el interrogado no podía contestarle nada. Los prisioneros, en realidad, nunca querían contestar nada: preferían meterle un puñetazo y borrarle la sonrisa en un solo gesto; pero las obvias circunstancias, lamentablemente, lo impedían.

Luego de otras frases y risas estúpidas, el policía prolongaba un silencio hasta que finalmente decía: “¿Y bien?”. A su compañero le parecía estar viendo una mala escena de una película peor. No le gustaban las vueltas ni las actuaciones estelares. ¿Por qué no ir al grano y ya? No, había que hacer toda esa parafernalia.

El interrogado se llamaba Manuel. Era un muchacho joven, de unos 18 años. Tenía el pelo oscuro y despeinado, la cara pálida de terror aunque con una expresión de odio terrible. Sus ojos negros eran profundos y vidriosos, acostumbrados a la oscuridad y sensibles a la lamparita que colgaba del techo. Su vista aguzada, no obstante, era incapaz de imaginar el rostro del segundo oficial: adivinaba su postura de brazos cruzados, apoyado apenas contra el marco de una ventana cerrada de persianas bajas, con las sombras cubriéndole la cara como una capucha de verdugo.

La bombita de luz apenas alcanzaba para dar cuerpo al humo del cigarrillo. La entera habitación parecía ambientada en los años '50, con hileras de archivos metálicos en las paredes, muebles de madera y dos policías de camisa y corbata. El único elemento discordante era Manuel, con sus vestidos oscuros, sus uñas pintadas de negro y una pequeña cruz invertida de plata colgando en la oreja derecha.

—A ver si me hago entender, nenito. Empezá a contar lo que sepas ya, porque si no mi compañero va a tener que hacerte hablar.

A su compañero no le gustaba tener que ser el malo de la película. Oía cansado otra vez la amenaza y rogaba que no fuera necesario golpear al chico.

El muchacho permanecía inmóvil, con la vista fija en la mesa que lo separaba del policía. Los ojos negros, petrificados, no parpadeaban.

—¿Vas a contarme lo que pasó? ¿Querés que te ayude? —decía el policía—. Quisiera saber, en primer lugar, cómo llegaste al edificio —preguntó mirando a los ojos del chico.

Repentinamente, el joven movió los labios y dijo: “Caminando”. El policía soltó una carcajada mientras su compañero se aburría de los clichés. La risa se apagó abruptamente, el clima se hizo tenso. El humo tironeaba el cigarrillo hasta deshacerlo en la mano del policía. El tiempo transcurría sin sonidos. El joven parecía dopado, el compañero se limitaba a esperar que ocurriera algo. El policía observaba los zapatos de su colega, pensando qué podía decir.

—Me estoy hartando de los pibitos como vos, borreguitos malcriados, nenes de mamá con ganas de hacerse los rebeldes. Por algún motivo estabas en el edificio viejo, aun cuando sabías y sabés que no podés entrar —el

policía parecía realmente fatigado—. ¿Me querés contar rápido qué hacías ahí, así te dejo volver con tu mamita?

El chico levantó la mirada por primera vez. Movi6 sólo los ojos, la cabeza seguía ligeramente hundida entre sus hombros. El policia vio en el gesto una buena seña y se acomodó dispuesto a oír alguna respuesta. El compaño también interpretó que algo iba a pasar y, sin mover un músculo que lo delatara, prestó atención.

—Dolores —dijo el muchacho, y sostuvo la vista clavada en el entrecejo del policia.

—¿Cómo? —preguntó el inspector.

—Dolores —repitió el muchacho.

—¿Acaso sos autista? ¡Hablá claro, carajo! ¿Te dolía algo?

—Dolores García —amplió el chico.

Una sonrisa brotó en los labios del policia mientras su compaño se preguntaba si alguien había visto alguna vez “brotar” una sonrisa.

—Con que una chica, ¿eh? —dijo el policia y parecía satisfecho—. Así que buscaron un lugar alejado de los papis, donde nadie pudiera verlos y ahí... ¡zácate! Mirá que pollito resultaste ser.

El compaño miraba la escena, aunque (otra vez) había perdido todo interés. El chico pudo ver que la sombra bebía un sorbo de algo en un vaso de whisky.

—¿Y qué edad tiene esa Dolores, eh? ¿Sabías que ya sos mayor y que es delito andar con menores? Esto va a estar divertido.

El joven mantuvo su expresión de desprecio y contestó: “No cometí ningún delito”.

—Ah, ah, porque nosotros llegamos antes. Pero de todos modos es tentativa de delito —contestó ofuscado el policia.

El joven volvió a repetir: “No cometí ningún delito”.

La sombra bebió otro sorbo.

## II. FANTASMAS Y MONSTRUOS

La ciudad de Buenos Aires, oscura, se llenaba de almas extrañas cuando caía la noche y se hacía todavía más oscura. En un barrio que tiempo

atrás supo ser espléndido, ahora se amontonaban edificios a punto de convertirse en escombros. Muchas casonas antiguas devenidas en tristes hoteles familiares, casas tomadas, algunas completamente abandonadas. Las fábricas y depósitos eran enormes agujeros negros para el transeúnte normal.

Manuel conocía algunos de sus secretos. Luego de noches enteras de deambular por calles en penumbra, se decidió a explorar los monstruos dormidos de piedra, hierro y cemento. Había algo en el aire, algo macabro, algo triste y algo intrigante que lo arrastraba hacia sus interiores.

El primero que visitó había sido un depósito de vino. Ahora era un depósito de polvo. Estaba vacío, era un enorme espacio hueco y oscuro. Algunos ventanales de vidrios rotos dejaban entrar la luz artificial de la calle, o la luna, aunque no llegaba hasta el piso, donde Manuel caminaba a tientas.

Así había otros edificios, muchos, algunos como laberintos intrincados, con subidas, bajadas y desniveles, uno más oscuro que el otro. Manuel les adjudicaba un poder inmenso, el de reemplazar los sueños que no tenía por imágenes oníricas *reales*. Los veía como lugares mágicos, y su negrura intrínseca lo sumían en un limbo, un ligero mareo, similar al que produce el alcohol. Parecían un conjuro ideal contra el insomnio.

Manuel solía pasar mucho tiempo en uno de ellos. Se trataba de una vieja planta de tratamiento de aluminio, o algo por el estilo. Eso había oído y no le interesaba saber más. Era el lugar perfecto para pasar la noche: enorme, enredado y negro. Manuel se decía que nunca iba a terminar de conocerlo por completo aunque, por si acaso, dosificaba sus visitas para prolongar el descubrimiento final. Saberse solo en él, imaginar cómo habría sido en sus épocas de gloria, adivinar a ciegas el paisaje, le proporcionaban miles de fantasías.

Ese edificio poseía la virtud de tener uno de los mejores juegos de luces y sombras que ofrecía toda la zona. Ventanucos, puertas, codos y elementos metálicos brillantes desparramaban haces tenues que generaban una atmósfera inigualable. Los rayos ámbar de la iluminación artificial callejera se mezclaban con los blancos de la luna y recreaban un espectro fantasmagórico. El polvillo que Manuel levantaba al andar irrumpía en los haces de luz para crear efímeras ánimas que acompañaban brevemente sus

pasos. Si el viento soplaba, los vaivenes de las lámparas sujetas a cables dotaban al fantasma de una singular danza que terminaba casi siempre cuando alguien, fuera del edificio, arrojaba piedras contra el farol.

Pero (siempre hay un *pero*) una noche, mientras recorría el segundo o tercer nivel, Manuel escuchó un grito. En medio del silencio sepulcral de la fábrica abandonada, el grito fue claro, potente, imposible de confundir con otra cosa. Un grito desgarrador, apenas una vocal de auxilio.

Venía de los pisos inferiores. Manuel quedó detenido donde estaba. La curiosidad le invadió el pecho casi tan rápido como el miedo. ¿Y ahora qué? Podía bajar a ver qué pasaba, pero se exponía a un peligro desconocido, completamente desconocido. La otra opción era huir corriendo, pero no podía: era probablemente el único que había oído la voz y su conciencia no lo dejaría tranquilo hasta saber qué había pasado.

De modo que, en realidad, no tenía opción. Comenzó a recorrer los pasillos conocidos. Mientras descendía, Manuel sentía aún el grito retumbando fresco en sus oídos. Un chillido agudo, prolongado, acabado en un lamento desgarrador que se apagaba lentamente hasta el silencio absoluto del abandono. Después, el eco del enorme espacio vacío. Y luego nada.

Llegó a la planta baja, cerca de la fachada donde, a través de unos ventanales, entraba la luz de un farol amarillo colocado en medio de la calle de empedrado. Manuel temió que fuera la última vez que viera algo de luz. Junto coraje y, con su vista acostumbrada a la negrura, casi como un gato, bajó por las escaleras.

Deambuló durante cinco minutos por los lugares conocidos pero no halló nada. Entonces decidió explorar zonas ignotas. Sintió deseos de escuchar otra vez el grito, saber de dónde provenía, aunque a su vez temía que eso fuera malo. O quizás era peor no volver a oírlo.

Continuó por lo que parecía ser un pasillo angosto y húmedo. El corredor desembocaba en una escalera que descendía a un amplio ¿depósito? El piso estaba cubierto por unos diez centímetros de agua, pero Manuel no podía verlos. Se sentía como en una profunda caverna, un hueco excavado en la roca luego de miles de años de erosión, un agujero al que nunca había llegado la luz del sol ni el alma humana. Pero era simplemente otra construcción del hombre.

Manuel tuvo un presentimiento, una sensación de pánico, la espalda se le erizó y sus movimientos fueron lentos y cautelosos. El ruido de sus pies al pisar el inesperado colchón de agua ya habrían alertado de su presencia intrusa a cualquier ser que compartiera la estancia. De un momento a otro algo podía caerle encima y terminar allí con la historia.

Los pies se arrastraban lentamente y el agua se desplazaba y retumbaba en la enorme cavidad. Al otro extremo de la habitación se oía una gotera, muy lenta. Manuel caminó instintivamente hacia ella.

Entonces se fue de boca contra el piso. Sus manos cayeron contra le agua y chapotearon ruidosamente. Manuel soltó un grito seco y enseguida trató de contenerse. Había tropezado con algo.

Después de aguardar unos breves instantes, agachado, esperando un golpe mortal, distinguió el bulto contra el que se había topado. Era grande, y cuanto más palpaba su superficie, más se confirmaban sus peores sospechas: un cuerpo humano.

El tacto le devolvió la silueta de una mujer, probablemente joven. Estaba tendida sobre la superficie húmeda. Manuel buscó su rostro con las manos y luego descendió lentamente. A la altura del cuello, sintió que el agua estaba más caliente y, con un poco de paciencia, descubrió que el líquido cálido brotaba suavemente de la yugular.

Manuel quedó inmóvil y el corazón se aceleró hasta casi estallar: otros pasos sacudieron el charco y ascendieron velozmente por las escaleras. Oyó dos tacos golpear el piso sobre su cabeza. Y otra escalera. Finalmente se perdieron. Cuando ya no sintió nada, pensó guiado por el pánico: lo habían estado observando. No veía cómo, pero tampoco podía meditar con claridad. Los nervios lo hacían moverse con desorden. Sin querer se topó con una cartera empapada, pesada por el agua. La tomó. Aún no sabía por qué ni para qué.

En su cabeza había ahora sólo sonidos: los tacos, el grito. El sueño ya se había hecho pesadilla, ingresaba en un terreno irreversible.

Manuel caminó hacia las escaleras, con la cartera en la mano, y subió. Se juró volver con una linterna y un arma, aunque la linterna fuese una profanación demoníaca de sus templos oscuros y aunque no tuviera ar-

mas; aunque no supiera si creer en sus promesas... Todo había cambiado: ya no estaba más solo en el mundo de las cavernas.

Arriba, Manuel rehuyó a la luz del farol en medio de la calle de empedrado. Corrió a casa, a la sombra de los árboles, por las calles más oscuras, mirando atrás para cuidar sus huellas. Saltó la verja con la llave en la mano; abrir y cerrar la puerta fue un mismo acto. En la seguridad del hogar, la respiración agitada se hizo, lentamente, más pausada. Con sigilo, avanzó hasta su cuarto. Cerró la puerta. Con sus manos húmedas y ensangrentadas, hurgó entre las pertenencias de la cartera. Halló un documento: Dolores García.

### III. INOCENTE Y CULPABLE

El inspector tomó aire, cansado, molesto, y miró al chico. Su compañero notó que por fin se había disipado el aire de intimidación, casi junto con los últimos jirones de tabaco. Cuando el policía sabe que no va a sacar nada de un interrogado, prima el agotamiento a la necesidad de mantener una imagen.

–Dolores García –dijo apagando lo que quedaba del cigarrillo.

Manuel soltó otra de sus miradas iracundas y posó sus ojos negros en el compañero, que no se asomaba de su rincón sombrío.

–El problema es que no había ninguna Dolores García en la fábrica. El problema es que en el piso de arriba encontramos cien kilos de cocaína, y el problema es que no encontramos al dueño.

“¿Cien kilos?”, se preguntó risueño el compañero. Había por lo menos doscientos. Estaba visto que ya había empezado la repartija.

–El *antidopin* te dio negativo, así que supongo que no estabas ahí por la *falopa* –se explicó el policía, queriendo informar al joven de que no lo consideraban drogadicto, aunque ésta hubiese sido su primera hipótesis–. Pero lo peor, lo que es un verdadero y real problema –continuó el policía–, es que no te creo, ninguna de tus condenadas palabras.

“¿Condenadas palabras?”, pensó el compañero. “¿No serían *putas* palabras? O, a lo sumo, *pedorras* palabras”. Una mancha más al tigre de los clichés cinematográficos.

Manuel escuchaba como si lo que dijera el policía fuera el cuento de *Capercucita Roja* o una clase de Química. Nada de lo que oía tenía importancia. Ya había dicho la verdad, todo cuanto sabía. Sólo le quedaba aguardar que el interrogatorio terminara.

—A mí me parece que estás inventando todo para que te consideremos la gran cosa, o para reírte de nosotros mientras buscamos un cadáver que no existe. Y ¿sabés qué? Te vas a ir de acá a tu casita a contarle cuentitos a tu gatito, a tu abuelita o a... ¡la puta madre que te parió, pendejo! —concluyó el policía. Estaba molesto, decepcionado, y lo que había creído una pista firme había acabado en un fraude escandaloso. El pibe no tenía nada que ver—. Llévatelo —ordenó a su colega.

El compañero dejó el vaso sobre un archivo y se acercó lentamente a la mesa. El haz de luz no llegaba a su cabeza, sumida aún en una niebla negra. Manuel se puso de pie, pesadamente. Mirando el piso, caminó despacio, seguido por el compañero.

Salieron del sucucho a un pasillo iluminado y Manuel tardó en acostumbrar su vista, quemada por el resplandor blanquecino de los tubos fluorescentes. El compañero lo llevaba del brazo por los corredores y finalmente lo soltó en la puerta. Manuel no volteó, simplemente se alejó cabizbajo, sumido en sus pensamientos, olvidando rápidamente el episodio policial, con un nombre de mujer dando vueltas por la cabeza: Dolores García.

El compañero lo vio alejarse y respiró aliviado. Le parecía un pobre pibe, un joven rebelde con una adolescencia difícil, un solitario y un depresivo. Pero no era mala gente, ni un mentiroso. El chico había dicho la verdad, por suerte era todo lo que sabía. De no haberse llevado el cadáver a tiempo, el compañero podría haberse metido en un problema gordo.



*"Adivinaba su postura de brazos cruzados, apoyado apenas contra el marco de una ventana cerrada de persianas bajas, con las sombras cubriéndole la cara como una capucha de verdugo"*



## ***SERIAL KILLER***

Un asesino en serie meticuloso y organizado logró escapar de la policía durante más de diez años. En ese tiempo, cumplió rigurosamente con sus macabros sacrificios cada solsticio y cada equinoccio.

La policía estaba desesperada: sabía cuándo, pero no dónde, a quién ni por qué. Jamás pudo establecerse un vínculo entre las diversas víctimas, ni la fantasía o móvil que impulsaban al asesino, cuya firma en cada escena del crimen era inconfundible. Los principales expertos en conducta criminal del país y del extranjero, aunque tenaces, comenzaban a darse por vencidos.

Sin embargo, repentinamente, a finales de junio de 1998 no se produjo ningún homicidio. Al menos ninguno de los crímenes cometidos en las fechas habituales podía adjudicarse al asesino serial. Se trabajó con varias hipótesis (cambio de firma, alteración en el patrón del calendario, entre otras), pero una a una se fueron descartando. La conclusión más razonable fue que el asesino, simplemente, dejó de matar.

Pasó el tiempo y, aunque sin nuevas víctimas, el caso siguió abierto, inconcluso. Actualmente ha sido archivado en el apartado de “crímenes sin resolver” porque la policía no sabe que el asesino fue muerto por otro psicópata que, casualidades, lo eligió como víctima al azar.



## YA HABÍA UNA VEZ

La transpiración brota por todos los poros, chorrea por la frente, le moja los ojos. Corre por el desierto desesperado, mirando constantemente atrás, donde alcanza a distinguir la silueta del cazador, deformada por las ondas del aire caliente que suben desde la tierra reseca, la arena y las piedras.

El sol lo parte en dos, lo marea, lo encandila, lo evapora. Las piernas cansadas se niegan a seguir, los pies descalzos sangran y las heridas se cubren de polvo; las rodillas duelen de tanto caer, arrastrarse y volverse a levantar. Pero corre, porque él viene ahí atrás, esa figura incierta sobre el horizonte plano y ardiente.

Cada vez más grande, la sombra de su perseguidor parece desconocer el calor y el tormento de los guijarros incrustándose en la piel. ¿Corre, camina, vuela? ¿Cómo saberlo? Sólo se acerca, es todo lo que sabe, es todo lo que necesita saber.

Es terror lo que corre por sus venas, el miedo que lo obliga a seguir. Avanza como puede, gatea, reptar, se incorpora y ordena a sus muslos tirar del resto, adelantarse, seguir. Es el horror, nacido en el recuerdo atroz de lo que ha visto y en la certeza de lo que verá.

La piel de las palmas desaparece. No hay tacto, ahora sólo siente un interminable ardor. No tiene tiempo de pensar en eso. Él está allí. Ya puede oír sus pasos. Está cerca, implacablemente cerca. Lo intenta otra vez. Se pone de pie, se lanza a la carrera, una carrera desesperada hacia la nada. La boca reseca, los labios quebrados y, de pronto, un vómito de sangre.

Cae nuevamente. Intenta tomar aire, pero la bocanada le quema los bronquios y los pulmones. El corazón bombea con fuerza, como si toda

la energía de su cuerpo se concentrara en su pecho, en un desesperado esfuerzo por inyectarse vida. Una gota de sudor salada le arde en su ojo izquierdo, que se cierra. Los brazos se esmeran por empujar el torso hacia arriba, pero están débiles, exhaustos, y ceden. El codo derecho se pliega, seguido del izquierdo, y caen a tierra. El golpe duele. La cabeza se apoya en el suelo, la frente húmeda se cubre de barro. La nariz exhala y se levanta una polvareda. El polvo se adhiere a la sangre y juntos forman una espesa costra ennegrecida que no acaba nunca de caer. El diafragma se expande y se contrae velozmente, la caja torácica se ensancha cuanto puede, pero nada es suficiente para atraer el oxígeno necesario, que se escapa hacia el cielo con la serpenteante cortina transparente que deforma la sombra, cada vez más grande, de él.

Cae de lado y se choca la cadera con un pedrusco afilado. Es un pinchazo más para sus terminaciones nerviosas, que superponen sus mensajes de dolor en una cacofonía incoherente que apenas puede asimilar. Se tiende boca arriba. El sol le da de lleno en la vista nublada, todo es luz. La cabeza late, y su corteza cerebral se queja como si una garra trepara por la nuca y le comprimiera el cráneo. Tiene náuseas, no puede respirar, las palpitaciones se agitan y toda su piel es una llaga.

Entonces la sombra. Él ha llegado. Camina despacio, pues lo ve tendido en el suelo, agotado, vulnerable. Huele a pánico. Lo rodea con parsimonia, lentamente, saboreando el aroma de la sangre oxidada. Sonríe.

Desde el piso, el cazador parece más gigante aún, sus dientes más blancos, sus ojos más amenazantes. No habla. Ninguno de los dos habla. No hace falta que se diga nada. Ya se sabe lo que va a pasar.

El cazador toma una piedra grande y pesada con su mano derecha. Cualquier hombre habría necesitado ambas manos, pero él no. Da otra vuelta. Se acuclilla a los pies de su presa, sujeta un tobillo con la izquierda y luego deja caer la piedra sobre la tibia. El hueso se parte y de pronto no hay otra sensación, por un momento se apagan todas las señales y sólo existe la pierna rota, el peso de la piedra, los ojos en blanco, las lágrimas, el grito afónico, el oxígeno que se escapa. Pero no se desmaya. Habría sido mejor.

La piedra vuelve a estar en el aire, colgando de la mano derecha. El cazador da otra vuelta. La deposita suavemente junto a la cabeza de su

presa. Se inclina y examina con atención. El hombre tendido gimotea, sólo piensa en el final de este tormento. Y él lo observa, ve cómo las lágrimas se mezclan con la transpiración y se funden con la sangre sucia y se arrastran hacia la grava sedienta que absorbe todo sin dejar rastro.

Despacio, sin prestar atención a los chillidos de angustia por lo que va a venir (o quizás debido a ellos), el cazador desliza su dedo índice por las mejillas de la presa, sube hacia un ojo, lo clava en él, revuelve, arranca el órgano de su órbita y, con deleite, se lo come.

Ahora sí, el dolor cesa. El hombre indefenso se desmaya, queda inconsciente sobre la tierra reseca del desierto, de espaldas, apenas respirando, apenas latiendo.

El cazador ríe, disfruta con la expresión de horror disecada, la mueca de locura eternizada, los ecos (aún resonantes) de los alaridos de desesperación, los espasmos involuntarios de sufrimiento... Pero todo eso se ha acabado. La presa ya no se mueve, no gime, no implora, no opone resistencia. Así que toma la piedra pesada, la eleva más allá de sus hombros y aplasta la frente del desdichado, sólo una vez. Luego contempla la órbita vacía, sonrío y se aleja.

Veinte mil trescientos cuarenta y tres años, dos meses, cuatro días y cinco horas después, los arqueólogos acaban de desenterrar el cráneo fracturado y se preguntan cómo habrá muerto aquel hombre. Jamás imaginarán que fue víctima de un asesino en serie.



## EL ARCHIVO

### I. MISTERIOS COTIDIANOS

¿Sabemos dónde vivimos? ¿De verdad conocemos nuestro bloque, nuestro barrio, nuestra ciudad? ¿Tenemos idea de quién es nuestro vecino? ¿Cuántas veces pasamos por el mismo lugar y ni siquiera podemos imaginarnos lo que ocurre ahí dentro? ¿Cuántos edificios guardarán secretos misteriosos? Un portal, una puerta, un portón, una ventana, un respiradero, una cortina... son velos para nosotros, la capa de un mago que oculta el truco. En las grandes ciudades, el fenómeno se eleva a la enésima potencia: son tantos, pero tantos los sitios que desconocemos; tantos los paisajes que sólo vemos desde arriba de un tren, o desde la vereda, o desde un balcón...

A plena luz del día, un miércoles del montón, en alguna piecita insignificante, podría estar gestándose un plan macabro: un conjuro de magia negra, una venganza siniestra, un golpe de Estado, una quiebra fraudulenta, una estafa millonaria, un magnicidio, el fin de la humanidad.

También allí, en esa habitación poco importante, detrás de esa ventana donde malvive una flor raquítica, podrían esconderse cosas tan fantásticas o terribles como la estatuilla de un dios primigenio, los diálogos perdidos de Platón, la fórmula secreta de la fusión en frío, los trofeos de un psicópata, la poción de la eterna juventud, el monstruo de Frankenstein, el Santo Grial, un agujero espacio-temporal, o la propia y solitaria Muerte.

Tomemos un ejemplo. Un edificio de oficinas, moderno, con sus cristales pulidos, diez o veinte pisos, ascensores de última generación, cámaras

de video en todos los pasillos y vigilantes de seguridad. Diríamos que, si algo extraño ocurriese ahí, alguien ya lo habría notado. Falacia.

En primer lugar, las cámaras y los guardias sólo son efectivos en dos circunstancias: o bien ante una flagrante interrupción de la *rutina* ordinaria; o bien *post mortem*, es decir, cuando todo ya ha pasado y se intenta reconstruir cómo pasó. Pero ningún guardia de seguridad, ni ninguna cámara, podrá sospechar jamás del señor Rivas, que todas las mañanas atraviesa la puerta principal a las nueve en punto, saluda al custodio Ramírez, avanza hacia el ascensor, sube al noveno piso, recorre el pasillo hasta la puerta 23, introduce su tarjeta de seguridad y las dos llaves, abre la puerta, ingresa a la oficina y luego cierra.

Lo que hace el señor Rivas una vez dentro es un misterio.

Podría dedicarse a tareas que consideramos “normales”. Quizás es un abogado que asesora a empresas en materia de comercio exterior, tramitaciones ante Aduana, litigios en el extranjero, etcétera, etcétera. Sólo necesita su escritorio, papeles, teléfono, conexión a internet, sus libros de leyes y poca cosa más. Podría incluso prescindir de secretaria. Toda la oficina para él solo. No recibe visitas, arregla todo por teléfono o fax o correo electrónico.

Pero también podría ser un pedófilo que comercia pornografía infantil a través de la red de redes. En este caso, también necesita sólo su escritorio, fotos, teléfono, conexión a internet y algún que otro detalle. O podría ser un traficante de droga, que tuviera ahí una guarida ideal para almacenar ingentes cantidades de estupefacientes, transportadas lentamente, poco a poco, en su discreto maletín: todas las mañanas podría llevar las sustancias en paquetes de un kilo, fraccionarlas tranquilamente en la oficina y, al final del día, transportarlas en cómodos *packs* individuales hasta los puntos de distribución.

O podría ser las tres cosas a la vez.

Y nadie notaría nunca nada. Hasta que un día, por un descuido, por una traición o por eficacia policial, el señor Rivas resulta descubierto y la policía allana su oficina. Entonces todos se preguntarán cómo pudo suceder aquello, si parecía un buen tipo, tranquilo, normal, no molestaba a nadie... ¿Te das cuenta? Lo teníamos en el piso de arriba, lo más pancho, vendiendo fotos de pibes en bolas mientras preparaba paquetes de diez gramos. No, si hoy en día no te podés fiar de nadie, eh, lo que son las cosas...

Efectivamente, son tantos los sitios donde podría guarecerse el Mal, que aterra pensar lo que ocurriría si en todos ellos hubiera algo como la oficina del señor Rivas.

## II. TORRES

No me atrevería a decir que *El Archivo* era uno de esos lugares por lo macabro o perverso que encierra. Pero sí por lo extraño o sorprendente.

Llegué a él una tarde de invierno, casi por azar, aunque ahora me resulta difícil pensar que no hubo alguna conjura cósmica detrás de este hallazgo. No, no soy tan soberbio de imaginar que estoy en el centro de algún ominoso plan para controlar al Universo; pero quizás fui un buen actor secundario. En cualquier caso, creo que nunca sabré exactamente cuál fue mi papel en esta maquinación de voluntades superiores.

Yo sólo estaba buscando la confirmación de una teoría: tenía la sensación de que en Buenos Aires existía un asesino serial. No cualquiera, sino uno en particular, uno que se hacía pasar por vampiro. El *Vampiro de Villa Soldati*, el asesinato y exanguinación de un pobre mecánico en junio de 2000, no era un caso aislado. Sé que parece raro, pero tenía la certeza de que no era el único que lo creía, y eso me animaba a perseverar. Cuando apareció el otro cuerpo un mes más tarde, en la Torre de los Ingleses, vi algunas caras familiares rondando por la escena del crimen.

Pensé que la mejor manera de probar mi teoría era encontrar a sus primeras víctimas: yo sabía tan sólo de dos casos, los más recientes, los que me habían puesto sobre su pista; pero tenía la corazonada de que ya había matado antes y que, quizás, nadie había logrado poner todos los crímenes dentro de una serie. No era extraño que los investigadores hubieran omitido cualquier lazo de unión: entre el primer y el segundo asesinato, a decir verdad, había muy pocas cosas en común... En fin, a lo que iba, ya contaré los detalles de cada caso en otro lugar.

Yo tenía muchos sitios donde emprender mis averiguaciones, aunque no todos igual de útiles o accesibles. En Buenos Aires había cientos de hemerotecas, pero ¿por dónde empezar? Para consultar diarios y revistas necesitaba un rango de fechas preciso. No podía revisar todas y cada una

de las publicaciones de los últimos cinco, diez, veinte o cincuenta años. Me hacía falta un intervalo de fechas, un punto de inicio, el primer homicidio de la serie. Debía descartar las hemerotecas hasta tanto consiguiera ese dato vital.

Tampoco podía ir a la policía. Ellos no iban a colaborar, mucho menos conmigo. Desde que trabajaba para el *periodista-estrella* Gonzalo Gruchnuk, me la tenían jurada.

Gruchnuk era inescrupuloso, trepador, narcisista (está mal que yo use este término) y algunas cosas más. Para ganarse un lugar en el mundillo, había inventado su propio secuestro (en la época en que los secuestros no eran cosa de todos los días): acusó a la policía de estar implicada en un grave caso de corrupción, e hizo pasar su captura ficticia por un intento mafioso para silenciarlo. Hasta se hizo golpear y drogar con auténtico realismo. También simuló su heroica fuga, una fantochada de la peor clase. Su vil maniobra contó con el apoyo del grupo multimedios para el que trabajaba y lo catapultó a la cima del periodismo de investigación. Un par de cabos de la Bonaerense fueron a parar a la cárcel (prisión preventiva, nada definitivo) y Gruchnuk quedó como el rey de la noticia. Y el enemigo número uno de los uniformados.

Me fui por las ramas. La policía me conocía y no iba a darme ni la hora. Nada que hacer en ese frente.

Los archivos de los diarios, por su lado, son más útiles, pues cuentan con información agrupada por temas. Pero son algo inaccesible para quienes no trabajan en ellos. Hace falta tener buenas relaciones con el encargado para que la puerta se abra a foráneos. Gruchnuk conseguía (personalmente) permisos para sus empleados, pero sólo por temas de trabajo. Yo todavía no tenía confianza con mi jefe ni con los encargados, y no me daba la cara para pedirles ningún favor.

Entonces decidí probar suerte con los colegas de profesión, algo más informal, de amigo. Buena onda. Solidaridad periodística, si es que existe tal cosa. Y qué mejor para intentarlo que el veterano Ernesto Torres, viejo periodista de prensa y televisión, especializado en policiales. Supo tener una de las mejores agendas en la materia: comisarios de la Federal y de todas las provincias, investigadores privados, agentes de inteligencia

(nacionales y extranjeros), otros periodistas, políticos, soplones, mafiosos y muchísimos más. Claro, el tiempo no pasa en vano y algunos de esos teléfonos se habían retirado, otros habían muerto de viejos y a los demás los mataron en cumplimiento del deber... o con las manos en la masa.

Torres conservó, eso sí, su prestigio, su sagacidad, su capacidad de análisis. En ese aspecto estaba como el primer día: no pegaba una. Siempre que tenía alguna intuición sobre un caso, la investigación se resolvía en sentido contrario: "Hay que mirar al entorno familiar", dijo una vez, y después acabaron encarcelando a un completo desconocido atiborrado de pruebas en su contra. Otras veces sentenciaba: "Este es un claro caso de celos", y al final se sabía que al tipo lo habían matado para robarle un peso y cuarenta y cinco centavos. Pero nunca fallaba en su consabida frase: "¡Esto se sabía!" exclamaba cada vez que llegaba a su fin una larga y complicada investigación. Esto se sabía. O sea.

Ernesto Torres, con todo, tenía memoria y fama de buen tipo, y podía darme algunas pistas, aunque fuera un par de referencias, algo con lo que empezar una pesquisa. Me bastaba con que recordara someramente algún caso sin resolver, algún suceso misterioso, algún crimen que se pareciera en algo a los presentes. Lo llamé a su redacción y quedamos para la semana siguiente en un café del centro. Al teléfono, lo noté emocionado. Me dijo que estaba encantado de que hubiese pensado en él y, con algo de nostalgia, me confesó que la gente ya no lo respetaba; incluso se rumoreaba en los pasillos que iban a jubilarlo a la fuerza, que chocheaba, que su tiempo había pasado. Yo también pensaba que debían jubilarlo, pero al oírlo tan compungido me dio un poco de pena.

"¿Para qué quiere verme?", preguntó. Temí que la verdad no le gustara. Tendría que haber sido sincero y decirle: "Voy a escribir un libro de vampiros que no sé si alguien publicará, y tampoco sé quién lo va a leer. Un capricho personal". Pero no. Quería su ayuda y estaba dispuesto a conseguirla como fuera. Mentí descaradamente: "Gruchnuk está interesado en investigar la conexión entre algunos crímenes recientes y su experiencia en esto nos puede venir muy bien".

—¿En serio? —preguntó ilusionado.

—Sí, sí. Todavía no hay nada firme, estamos en la fase preliminar, ya sabe... —maticé yo, para atenuar un poco la magnitud de la mentira.

–Qué bien. ¿Y podré participar en su programa? ¿Voy a salir en alguna entrevista? –la voz de Torres estaba llena de ansiedad.

–Bueno... O sea... Puede ser... –yo no sabía cómo salir del lío donde me había metido, así que intenté cerrar el asunto– Depende de la información que nos dé. Si no es muy relevante, imagine, no tiene mucho sentido sacarlo en cámara.

Debo confesar que me sentí una mierda. Por mentirle al pobre viejo. Por hablarle con ese tono de empleado de geriátrico, como si el viejo fuese un nene de cinco años o un retrasado mental. Por darle una falsa alegría a alguien que se creía desahuciado del mundo. Estuve mal.

Pero fue peor.

Cuando colgué el teléfono me olvidé del asunto. Luego siguieron unos días de mucho trabajo, llamando a políticos de aquí y corruptos de allá, haciendo contactos y encargos extraños (Gruchnuk me pidió que le consiguiera una llama amaestrada para hacer no sé que boludez y... en fin, no viene al caso). No tuve ocasión de pensar en mi novela-investigación ni en el vampiro ni en nada más. No vi televisión, no leí los diarios, no escuché la radio. Hubo un día entero (bueno, creo que fueron 22 horas y 34 minutos, exactamente) que lo pasé encerrado en una isla de edición junto al Flaco, revisando cintas del año ochenta y pico, buscando declaraciones de Sourruille, Guillermo Patricio Kelly y otro que no me acuerdo. Sacamos, como mucho, cinco minutos útiles. De los que Gruchnuk, por supuesto, sólo emitió 30 ó 40 segundos.

Llegó por fin el martes a la mañana. El programa de Gruchnuk se televisa los lunes, así que el martes es mi día “libre”. Me desperté a las nueve y me llevé un susto de aquellos. Había quedado con Torres a las diez, y el colectivo tardaba al menos media hora. Y me tenía que duchar.

Hice todo en tiempo récord y el taxi (al final no arriesgué con el colectivo) me dejó en la puerta del boliche a las diez menos tres; también me dejó con el corazón en la garganta, después de pasar cinco semáforos en rojo, rozar un bondi y hacer tambalear a un motoquero imprudente. Y además me dejó seco, con apenas cinco pesos en el bolsillo.

Entre al café, que estaba medio vacío (o medio lleno), y busqué en las mesas ocupadas. Torres no estaba. Me senté visible, cerca de la puerta. El

viejo no me conocía la cara, y era mejor que yo estuviese atento y le hiciera señas apenas apareciera.

Ernesto Torres tenía fama de puntual, de respetuoso con los horarios, me extrañó mucho que no viniera a la hora prevista. Eran y cinco. Luego y diez. Y cuarto. Me empecé a preocupar. “¿Se acordará, este viejo pelotudo?”, pensé. Cuando llegamos a y veinte se me ocurrió creer que Torres había descubierto mi mentira (el primer crimen que resolvía en su vida) y que había preferido dejarme plantado. Estaba en su derecho, pero igual no pegaba con su carácter, tan bonachón y entrañable.

Y media. Empecé a dudar de mí mismo: “¿Seguro que era a las diez? ¿No le habré dicho a las once? ¿O a las nueve y media?”. No me pude aguantar, tenía que sacarme la duda. Llamé al mozo, un morocho con expresión aburrida que parecía tener una mala mañana.

–Un peso –me dijo automáticamente. Hablaba de mi café.

–No, todavía no me voy, estoy esperando a alguien –contesté rápido. Al ver su cara de fastidio, opté por pedir otro café. Después le pregunté: –Disculpe, ¿lo ubica a Ernesto Torres?

–Por supuesto –dijo, como si le hubiera preguntado por el Papa.

–Ah, ¿y no lo vio por acá?

–Mucho. Venía seguido –me dijo, y sonaba algo cansado, como si estuviera podrido de responder siempre a lo mismo.

–No, no. Yo me refiero a si *hoy* vino por acá.

–¿Hoy? –dijo sorprendido.

–Sí, *hoy* –repliqué, haciéndole burla. No me caía bien.

–¿Usted es gracioso? –explotó indignado. Yo no entendí el enfado.

–No, qué gracioso ni ocho cuartos. “Viene siempre”, me dice... yo quiero saber si vino *hoy*. ¿Cuál es el problema?

–¿Usted no lee los diarios? –me dijo agrandado, tratándome como a un ignorante.

–Soy periodista –le contesté con mi mejor tono altanero, refregándole la palabra por las narices... Qué error.

–¿Ah sí? Flor de periodista. Torres se murió el domingo.

Al principio me quedé sin palabras. El mozo estaba muy serio. No tenía pinta de mentir. No obstante, busqué instintivamente la cámara oculta en

algún sitio de la habitación. Tenía que ser broma. Los de las mesas cercanas, que habían escuchado nuestro intercambio de soberbia, me miraban, algunos riéndose, otros muy cejijuntos. El mozo se quedó clavado junto a mi lado, esperando una respuesta.

No sabía qué decir. Efectivamente, no había leído los diarios. Había estado tan atareado *generando* noticias que no me preocupé por *ver* las noticias. ¿Y si era cierto?

–¿Cuándo... cómo...? –balbuceé.

–El domingo, ¿no le dije...? –replicó el mozo, más agrandado que antes. Estaba claro que mi cara de imbécil lo envalentonaba.

–¿Pero qué le pasó? Si estaba lo más bien... –dije, mientras mi cabeza, con su pragmatismo clásico, se preguntaba qué cuernos iba a hacer ahora con mi corazonada, mis asesinos seriales y mi estúpida novela de investigación, o investigación novelada, o...

–No, la verdad es que estaba jodido, el viejo –contestó el mozo en la cúspide de su agrande. Y se explayó: –Tenía ochenta mil años, y hace poquito le habían detectado un cáncer de próstata. Además, en los últimos tiempos se agarró una depresión, por temas del laburo, ya sabe... Pero, oiga, ¿y usted quién es? –dijo de pronto, cuando se dio cuenta de que hablaba con un Don Nadie.

–Yo... un amigo... Quedamos hoy... él... –me fui de la realidad. La vista se me nubló y perdí por un momento la noción del tiempo. Tenía una confusa mezcla de sensaciones: vacío, culpa, bronca, pena, desorientación general...

Aterrícé en mi mesa. Alcé la mirada y vi al mozo destrozarme con los ojos. Seguro que pensó: “Este tarado es otro cholulo que vino al bar del viejo para hacerse notar. ¿Quién le va a creer que es amigo de Torres? Hay gente pa’ todo”.

–Deje, no me traiga el otro café. Mejor me voy –dije, y salí corriendo. No dejé propina.

### III. LA VIUDA

Figuraba en la guía. Es raro en estas épocas que un famoso figure en la guía. Pero Torres estaba chapado a la antigua. Había vivido toda su vida en el barrio de Boedo y no lo quiso dejar nunca. Tenía el teléfono a su

nombre y no estaba dispuesto a ponerlo a nombre de su mujer ni a pagar para que lo sacaran del listado.

Llegué a la puerta de la casa, una casita sencilla, con un pequeño jardín al frente, estatuas de enanos, rosales, jazmines sin flor, una manguera enrollada y un auto chico estacionado a un lado. Unas rejas verdes separaban el jardín de la calle. Había un buzón y el timbre.

Me detuve. De repente no sabía por qué estaba ahí. ¿Era buen momento para pulsar ese botón? ¿Qué iba a ganar? La pobre viuda iba a estar destrozada, los hijos se iban a estar repartiendo la herencia, los amigos se estarían tomando el whisky del difunto y...

Por reflejo involuntario, toqué el timbre.

Se oyó un grito:

–¡Salí de acá, Ramírez! –dijo la voz de una anciana. Tragué saliva. Temí tensión. Conflicto. Pelea. Estuve a punto de saltar la reja y acudir en socorro de la mujer. Hasta que escuché la voz de Ramírez.

–¡Guau! –ladró.

Entonces se abrió la puerta y asomó una viejecita muy de entrecasa, con un perro salchicha que se le enroscaba en las piernas y saltaba descontrolado. También asomó la nariz un gato muy cansino, a rayas, que se sentó en el felpudo a lavarse las patas.

–Ramírez, dejame en paz –le gritó la viejita a su perro–. Buenos días, joven –me dijo luego, muy dicharachera.

–¿Señora Torres? –pregunté tímido.

–Sí, dígame joven –debo confesar que me esperaba otra cosa, algo así como una pasa de uva enfundada en negro, con los ojos llenos de lágrimas y ninguna voluntad de vivir. No imaginaba esos ruleros en las canas teñidas de amarillo, ni ese delantal florido, ni esa camisa de colores vivos.

–Buenos días. Mire, yo... –no sabía qué decirle. Ella oía con atención, sin abrir la reja y a una distancia prudente–. Yo había quedado hoy con el señor Torres y... bueno, me... O sea, me contaron que... En fin, yo no sabía que...

La señora Torres sonrió, adelantó unos pasos y me abrió la verja.

–Pase, pase, joven.

–Gracias, yo...

–Usted es periodista, ¿no? –sentenció sin dudar.

–Sí, sí –le contesté, sin saber muy bien a qué venía eso.

–Vinieron casi todos ayer, pero bueno, siempre podemos recibir a uno más –dijo sonriendo. De pronto se puso seria y explotó: –¡Camine cucha, Ramírez!

Entramos a la casa. Estaba todo muy ordenado. Me hacía acordar a la casa de mis abuelos. Solitaria y silenciosa, con un reloj de pared que delataba sus movimientos por el leve y mecánico *tic-tac*.

–¿Quiere tomar algo? ¿Café, té? Me estaba haciendo unos mates amargos, si quiere...

Acepté el mate gustoso. No sé por qué, puesto que no tenía planes de quedarme mucho tiempo. La verdad es que no tenía planes. Había ido ahí por instinto, o por acto reflejo. O por la culpa.

Permanecimos unos minutos callados, mientras ella probaba la temperatura del agua. Yo no sabía qué decirle. Ella se dio cuenta y, cuando todo estuvo listo, rompió el hielo:

–Y bueno, se nos fue el viejo, nomás.

–Una lástima –respondí de compromiso.

–No, m’hijo. A todos nos toca. Menos mal que fue así, no sufrió. No tenía ganas de hacer el tratamiento ¿vio? Total, ¿para qué? ¿Para vivir un año más en el hospital?

–Sí, claro –seguí diciendo de compromiso.

–Por eso digo. Se murió tranquilo, en su casa, durmiendo en su cama. ¿Qué más se puede pedir? Es para estar agradecidos, ¿no? –continuó con resignación, pero sin tristeza.

–Sí, da un poco de envidia –dije yo, y al instante sentí que había dicho la idiotéz más grande del mundo. La señora Torres, por suerte, no prestó atención a mis palabras.

–¿Quiere comer algo? –me ofreció unas galletitas.

–Eh... no, gracias.

Se hizo otra vez el silencio mientras ella tomaba su mate. Pensé una pregunta tonta, para pasar el tiempo, pero dije otra:

–¿Usted lo quería mucho a don Ernesto?

–Todos lo queríamos. Cómo no lo iba a querer –dijo con naturalidad.

–¿Y cómo se siente ahora? –mis palabras estaban guiadas por la incredulidad. No parecía que la viejita acabara de enviudar.

–¿Cómo quiere que me sienta? Lloré el domingo entero, m’hijo. Pero bueno, “*esto se sabía*” –soltó con un suspiro.

La famosa frase de Torres en boca de la anciana lo cambió todo. Se me escapó una carcajada contenida. Pero ella rió también. Primero tímidamente. Después se soltó un poco más y encadenó dos o tres risitas. Yo me contagié de ella y no pude contener las contracciones de mi abdomen. La señora Torres tenía una risa muy graciosa. La cosa fue que ella se contagió de mis carcajadas contenidas y ya no pudimos parar. Estuvimos así cinco minutos completos hasta soltar lágrimas de risa.

Cuando nos calmamos fue como si nos conociéramos de toda la vida. Ella me cebaba mate y yo comía sus galletitas con la pasión de un nieto. Me contó entonces que ella también se había sentido un poco extrañada el lunes, cuando todo ya había pasado. Pero que, a su edad, la muerte es algo que se espera con naturalidad. Al culminar el día, sólo pensó: “Ya está”. También me dijo que Torres había estado más preocupado por su posible jubilación que por morir, y que la noticia del cáncer no lo había afectado en lo más mínimo, no tanto como quedarse sin trabajo.

Yo, por mi parte, confesé que no lo conocía personalmente, que había hablado con él la semana anterior por “asuntos de trabajo” y que había fijado cita con él para pedirle algunos datos.

–¿Qué datos? –se interesó ella.

–Sobre crímenes. ¿Vio lo del *Vampiro de Villa Soldati*? Quería saber si alguna vez hubo casos parecidos –expliqué escuetamente, sin entrar en detalles.

–Ah, veo, veo... –me dijo intrigada, esperando que le ampliase algo. Seguí hablando.

–Y bueno, como Torres tenía una memoria prodigiosa, pensé que...

–¿Qué memoria? –me interrumpió sonriente– Si éste no se acordaba ni de vestirse a la mañana.

Admito que me sorprendió un poco, pero continué con mi discurso:

–Bueno, yo me refiero a los casos policiales. Siempre sacaba a relucir casos de años inmemoriales, que la mayoría de la gente había olvidado. Si para lo demás era olvidadizo, yo ya no lo sé... –conluí con mi cara de idiota.

–No, no, m’hijo. Es al revés. Torres no se acordaba de nada. A lo sumo, había cosas que le sonaban conocidas, pero casi siempre se equivocaba.

No, era muy malo con eso. En cambio, de nuestro aniversario no se olvidaba nunca, siempre me traía un ramo de flores precioso –recordó con los ojos perdidos.

–Pero... ¿cómo hacía entonces? En sus artículos, o en la televisión, siempre mencionaba un antecedente, un... –tanteé totalmente desorientado.

–Iba al archivo y ahí siempre encontraba lo que quería. Después venía a la noche y me contaba todo lo que había encontrado. A veces eran tonterías, y otras me dejaban asombrada. Pero la mayoría de las veces eran tonterías –me explicó, otra vez con su sonrisa.

–El archivo del diario... –afirmé preguntando.

–No, no –respondió ella muy segura.

–¿En el canal? –inquirí algo sorprendido.

–No, no, querido. El archivo, el que queda ahí en Reconquista...

–¿En Santa Fé? –dije, y quedé como un pelotudo.

–¡Pero no sea tonto, joven! –exclamó ella maternalmente– En la calle Reconquista al 400, o al 600. ¿No lo conoce?

–Si le soy sincero, no. ¿De quién es?

–No sé. Nunca me metí mucho en las cosas de trabajo. Lo que él me contaba y punto. Pero supongo que es un archivo que usan mucho los periodistas. Claro, usted es joven, recién empieza, y por ahí no lo conoce todavía.

Se quedó pensativa. Pasó una ronda de mates en la que yo trataba de buscar en mi memoria algún dato referente a un archivo en la calle Reconquista, mientras ella miraba el piso, la pava, la heladera, y de nuevo el piso. De pronto, se puso de pie lentamente y, con la vista aún perdida, me indicó:

–Creo que tal vez tenga una tarjeta... Dónde la habré metido... Una vez la encontré lavando unos pantalones y, ahora que hablo con usted, me parece que no se la devolví. Dónde la habré dejado... A ver, acompañeme a la habitación.

Y fuimos los dos hasta la pieza del matrimonio. La señora Torres abrió una cajonera y removió costureros, ovillos y agujas, hasta que encontró una cajita de bizcochitos que tenía más años que la injusticia. La abrió y aparecieron fotos antiguas, recetas médicas, recibos amarillentos y otra serie de papeles indefinidos. Entonces la encontró.

–Mire, acá está –me dijo feliz–. Yo sabía que la tenía en alguna parte. Tome, quédesela.

–Bueno, yo... –la curiosidad me decía sí; el pudor me lo impedía–. No puedo, déjeme que tomo nota y...

–No sea tonto, joven, que a mí no me sirve para nada. Ni de recuerdo. Total, para el tiempo que me queda, tampoco vale la pena juntar porque-ría.

Para mí fue muy convincente. Agarré la tarjeta y la metí al bolsillo, casi sin mirarla.

De golpe, con ese gesto, se acabó la conversación. Sin hablarnos, nos dimos cuenta de que nuestra charla había terminado. La viejita no sabía cómo echarme y yo no sabía cómo despedirme. Empezamos a probar varias fórmulas.

–Bueno, vamos a tomarnos los *últimos* mates –convidió ella.

–Bueno, sí, este... Yo me *tendría* que ir yendo... –contesté yo.

–Uno más. Total, ya debe estar medio lavado.

Tomé, efectivamente, un mate más. Di las gracias y empecé a caminar despacio hacia la puerta, mientras ella devolvía la pava a la hornalla y tiraba la yerba en el tacho de basura. Luego me acompañó hasta la reja.

Cuando salimos al jardín, vimos a Ramírez saltando como un idiota detrás de una mariposa y a un enano de yeso descabezado. El gato a rayas seguía lavándose las patas en el felpudo.

–¡Ramírez! –gritó la señora Torres. El perro se metió en la casa como una bala.

–Ha sido un gusto, señora Torres –dije yo, y tendí la mano para el saludo.

–Dígame Tota. Todos me dicen Tota, señor...

No me había presentado.

–Narciso. Narciso Sánchez Durán –me disculpé.

–Muy bien, Narciso. Pase cuando quiera a tomar unos mates –invitó Tota, aunque un poco de compromiso.

–Me gustaría, pero vivo un poco lejos, en Villa del Parque –me excusé–. De todos modos, si algún día paso por acá le toco el timbre.

Nos saludamos cordialmente y me fui.

#### IV. DISCRECIÓN

Salí de la casa de la viuda y, a mitad de cuadra, busqué la tarjeta en el bolsillo. Ponía la dirección, un teléfono y, al centro, con tipografía simple y clara, el siguiente texto:

EL ARCHIVO  
24 HORAS  
MÁXIMA DISCRECIÓN

“¡Esto es un puti-club!”, pensé para mí, en broma. Aunque después sentí que había tenido una iluminación y mi cabeza empezó a maquinarse.

“¿Y si de verdad es un puti-club? Con razón Tota había guardado la tarjeta. Quizás, en su momento, la señora llamó al número y descubrió la verdad. Después, por algún extraño mecanismo psicológico de auto-defensa, negó los hechos, olvidó el episodio y volvió a creer en la historia oficial de su marido. ¿Cuántas horas de juerga habrá justificado Torres diciendo que estaba enterrado bajo los papeles del *archivo*? Nunca el nombre de un local de putas había servido una coartada tan perfecta”.

De este modo se comprendía también que yo no conociera el tugurio. “Así que El Archivo... qué pirata resultó ser este Torres”, concluí.

Pasé por un cajero automático y saqué cien pesos. Cambié los cuatro que tenía de antes por monedas, fui a un teléfono público, saqué la tarjeta de El Archivo y llamé. Ya que había perdido toda la mañana sin conseguir un solo dato útil, al menos podía pasar un buen rato. Si no encontraba al vampiro, al menos iba a dar con las *vampiresas*... (y reí para mis adentros como un imbécil).

Pero algo estaba mal. Me atendió un hombre muy poco sensual:

–Diga –ordenó seco.

–¿El Archivo? –pregunté con mi mejor voz de idiota.

–¿Quién habla? –dijo el hombre, muy serio.

–Mire, tengo una tarjeta suya y...

–¿Qué quiere? –preguntó sin dejarme acabar.

–Quería ver si me podía dar una vuelta por ahí, y...

–¿Cómo consiguió este número? –ya sonaba enojado.

–La... tarjeta...

–¿De dónde sacó la tarjeta?

–Me... me la dio Torres. Ernesto Torres, el periodista.

–No lo conozco –dijo fríamente.

–Esta mañana... –casi meto la pata– ¿Cómo que no lo conoce? Si él... Torres me dijo que fuera ahí. Hablé con él la semana pasada, antes de que... Ya sabe. Y entonces me dio la tarjeta y me dijo que... que esta mañana pasara por ahí, que ahí... bueno, que fuera...

–¿Para qué va a venir acá? –inquirió con suspicacia.

No sabía qué responder. Unos segundos antes había estado convencido de que El Archivo era un prostíbulo. Pero entonces dudaba. ¿Le hablaba de minas o de asesinatos? Opté por una solución de compromiso:

–Para qué va a ser... –dije, dando por sobreentendido mi cometido con un tono altanero.

–Usted dirá –contestó, poniéndome a prueba.

–No se haga el tonto. ¿Qué se puede hacer en El Archivo? –repliqué, aún más altanero que antes.

Hubo unos segundos de silencio casi eternos. Por fin, más sereno, el hombre volvió a hablar.

–Está bien. Venga en veinte minutos que lo vamos a atender –y me colgó.

## V. EN EL ARCHIVO

El subte no tardó ni quince minutos. Atravesé la Plaza de Mayo y me hundí en Reconquista. El corazón me latía fuerte, mis pasos eran nerviosos. Estaba *excitado*, fuera lo que fuese El Archivo.

Llegué al edificio. Típico mastodonte del siglo XX. Macizo, poderoso, plagado de bancos, financieras y afines. Gris, con sus paredes estriadas, sus ventanas cuadradas, sus puertas de hierro. En la tarjeta ponía sólo un timbre; no indicaba piso ni nada. Sólo el timbre, un número.

Pulsé el botón correspondiente y no atendió nadie. Sólo se oyó la vibración eléctrica del portero automático y abrí la puerta. Ingresé al hall del edificio. El suelo era de mármol y, detrás de un reluciente mostrador de madera, había un personaje regordete que jugaba a portero y guardia

de seguridad. A espaldas del gordo había un panel con las empresas que ocupaban cada oficina. Hurgué velozmente: seguros, *investments*, comunicación y *marketing*, diseño, abogados, escribano, inversiones, agente de aduana... Pero nada de putas ni de archivos.

El gordito me vio, dejó a un lado la revista que estaba ojeando y me preguntó de mala gana: "¿Lo puedo ayudar en algo?"

–Estoy buscando el archivo –dije con tono neutro, aunque nervioso.

–Segundo subsuelo a la derecha, la puerta que no tiene nada –me contestó distraído, volviendo a su revista.

Fue entonces cuando lo descubrí, en el ángulo inferior izquierdo del panel, sin logotipos estridentes ni tipografías sofisticadas: "Archivo, 2° Sub".

Me encaminé al ascensor, pero el gordo me frenó en seco. Sin mirarme, vociferó: "Por las escaleras. El ascensor no llega". Así que bajé las escaleras.

Si el hall de entrada era de por sí bastante oscuro (las calles angostas y los edificios altos daban sombra todo el día), la iluminación se hacía amarillenta y más tenue a medida que descendía, hasta que la luz artificial se volvía imprescindible. El edificio, por otra parte, tenía los techos de cada planta muy altos, por lo que el descenso se me hizo eterno. Una vez abajo, vi un pasillo largo que se extendía a ambos lados. La escalera no bajaba más. Torcí hacia la derecha, siguiendo las indicaciones del portero, y miré con atención todas y cada una de las puertas. La mayoría no decían nada, aunque tenían un número; pero llegando casi al final encontré una que no tenía nada de nada, tan sólo una leve marca de que alguna vez hubo algo clavado ahí, y una pequeña mirilla. Busqué el timbre, pero no lo había. Golpeé con timidez la puerta de madera y luego con más énfasis. Esperé.

Sentí los pasos sigilosos acercarse por el otro lado. Se detuvieron, y seguramente algún ojo me examinó con detenimiento. No se lo puse difícil: permanecí quieto, visible. Luego oí el giro de una llave y la puerta se entreabrió un poco. Apenas asomó una gran nariz y se oyó una voz:

–¿Quién es? –dijo, y reconocí al hombre del teléfono. Ahora, sin embargo, me parecía más viejo.

–Soy yo... el que llamó hace un rato... El de la tarjeta de Torres... –intenté presentarme.

–Ah, sí –dijo la voz, y cerró la puerta.

Se abrió de nuevo, esta vez para dejarme pasar. No vi a nadie. Ingresé. Sentí la voz detrás mío, mientras oía cómo la llave clausuraba la salida.  
–Pase, a la derecha, por favor.

Hice caso sin mirar atrás. El palier de entrada estaba oscuro y me guíé por la luz de la habitación que me había indicado el hombre. Cuando atravesé el umbral descubrí una estancia gigantesca, plagada de archivadores y estanterías de biblioteca. Había llegado a El Archivo.

## VI. PETICIONES

No avancé más. En la sala no había ventanas. Eso sí, había rejillas de ventilación muy altas o muy bajas. El techo era, efectivamente, insondable. Las lámparas colgaban uniformes desde el cielo a través de largos cables, y todo lo que había por encima de ellas era negrura.

Los archivadores eran intemporales. Metálicos, a prueba de incendios, escuetos. No había forma de estimar su antigüedad. Tenían inscripciones en código, como “AG4-00H9” o cosas por el estilo, hechas con máquina de escribir. No tenían sentido para mí.

Percibí una conversación que provenía desde algún punto incierto de la enorme sala. Las filas de muebles metálicos me impedían ver.

–La idea causa un profundo estremecimiento con tan sólo imaginarla –decía una voz de varón, algo engolada–: miles de enfermos mentales formando un silencioso ejército de obreros a las órdenes de un megalómano, produciendo día y noche su propia dominación...

–¿Y eso en qué se diferencia del mundo real y actual? –le respondió una joven voz de mujer.

–¡Usted no entiende! No estoy hablando de una metáfora, de una imagen para sentirnos miserables. ¡Estoy hablando de hechos! ¡Esas fábricas del terror existen! –dijo el otro exaltado, aunque sin levantar la voz.

–Pero... ¡Por favor! Las teorías conspirativas quedan muy bien para las novelas de misterio, pero es imposible que exista algo como lo que usted propone. Simplemente no hay forma de reclutar un ejército de mogólicos, encerrarlo en una nave industrial, y ponerlo a fabricar fusiles y bombas. Lo niego –contestó la chica con determinación.

–¿Y usted qué cree que son las asociaciones de caridad, de empleo de discapacitados, los internados...? Son fachadas, engaños. La gente entrega con gusto sus hijos retrasados a estas instituciones, sin pensar que acaban de convertirlos en sus peores enemigos. ¿De verdad cree que existen almas caritativas? ¿De verdad cree que las órdenes religiosas promotoras de estas acciones responden a su *amor al prójimo*? ¡Por favor, qué ingenua! No responden ni al Papa –sostuvo el hombre, muy convencido de sus argumentos.

–No olvide mencionar a los templarios... –ironizó la joven.

–No juegue con fuego, señorita Betty. No mezcle templarios con nazis. Son éstos los que me preocupan, están en todas partes y pronto culminarán su obra. Cuando eso ocurra, espero que usted y yo podamos volver a vernos las caras –amenazó el hombre con retórica teatral.

–¿Pero cómo quiere usted que yo crea en semejante idiotez? –se impacientó la muchacha– Los nazis buscaban una raza superior y eliminaban, repito: *eliminaban* a los débiles. Los discapacitados fueron las primeras víctimas de su programa de eugenesia. No me venga ahora con que los usaban para fabricar cohetes.

–De los errores se aprende, señorita Betty. Sírvete del débil para alcanzar la fuerza. No olvide usted que los judíos y demás prisioneros de los campos de concentración fueron obligados a trabajar para el *Reich* antes de decidirse su ejecución final. No le quepa la menor duda de que, cuando ya no encuentren utilidad para los deficientes, los *eliminarán* a todos.

Una mano en el hombro me distrajo de la disputa dialéctica. El hombre de la puerta volvía a hablarme:

–Sígueme, por favor –indicó.

Una sombra pasó a mi lado y se colocó por delante. Así descubrí una figura pequeñita, muy avejentada; un señor calvo, con la típica coronilla de canas, una nariz muy grande y el mentón algo salido. Estaba prolijamente afeitado y vestía muy clásico, con una camisa blanca, una corbata rayada negra y blanca, un pantalón gris y un chaleco que le hacía juego. Seguramente un saco gris completaba el conjunto, pero no lo llevaba puesto.

Un detalle anacrónico me llamó la atención: desde el chaleco nacía una cadenita que subía hacia el rostro del anciano; cuando volteó para hablarme descubrí el monóculo, apresado sobre su ojo derecho.

–Tome asiento un momento –ordenó mientras señalaba una silla y una mesa perdidas en el medio de la sala, que aparecieron al doblar un pasillo de archivos–. Ya estoy con usted –explicó, y se marchó.

Ya no se oían conversaciones. Traté de adivinar dónde estarían la muchacha y el de la voz engolada. Sentí un leve y lejano rumor de páginas que pasaban. Yo todavía estaba parado, y me puse en puntas de pie para tratar de saltar con la vista la altura de los archivadores hasta ese ruido de papel. Me abrumó comprobar la longitud de la habitación. Supuse que, un poco más adelante, había otra mesa como la mía, y que allí estarían la “señorita Betty” y el de las teorías conspirativas.

Entonces vi la calva del anfitrión doblar un recodo al final de la sala y aproximarse recorriendo el pasillo de mi derecha. Instintivamente, me senté lo más rápido que pude. El hombrecito había ordenado que tomara asiento y tenía que encontrarme sentado.

–Disculpe usted. Hoy tenemos mucha gente –se excusó. Me miraba raro, pero debía de ser por el monóculo. El brillo de la lente casi no dejaba ver su ojo derecho. Su ojo izquierdo, en cambio, parecía negro y diminuto, enterrado en la cavidad ocular. Las espesas cejas blancas dibujaban una expresión intrincada: la derecha bajaba maliciosamente para ayudar a sostener el monóculo; la izquierda, en cambio, se arqueaba hacia arriba para ampliar el campo visual del otro ojo. Me dio miedo. Prosiguió: –¿Qué desea de nosotros?

–Bien... –dije para ganar tiempo, mientras sacaba la tarjeta del bolsillo– Verá, Ernesto Torres me dio esta tarjeta antes de morir. Yo estaba buscando cierta información y lo había ido a consultar a él... Bueno, ya sabe, cosas de crímenes. Entonces él me dijo que, cuando necesitara algo de eso, viniera para acá... No me explicó más, se tenía que ir... Era un hombre ocupado, vio. Así que no sé bien qué puede ofrecerme usted –intenté explicarme, con las obvias mentiras del caso.

–Lo que usted me pida –respondió el vejito sin cambiar la expresión. Dudé un poco. Pensé bien lo que iba a decirle y formulé mi petición, tal como había previsto hacer con Torres:

–Estoy investigando la posible existencia de un asesino serial en Buenos Aires. Tengo constancia de, al menos, dos asesinatos que pueden adjudicarse. También tengo la impresión de que puede haber casos anteriores.

No sé cuándo empezó a actuar este criminal y eso es, en primer lugar, lo que intento averiguar. ¿Cómo podría hacer?

–Muy bien, señor... –dijo el anciano. Creí que había hecho una pausa para que me presentase, y me lancé:

–Sánchez Durán, me llamo N... –comencé, pero él me interrumpió.

–Oh, no, no hace falta. Ya nos conocemos la voz, la cara, ¿para qué más? –dijo pausado. Sin darme tiempo a contestar, reanudó su frase– Necesitaría saber algo más sobre estos crímenes que usted refiere.

–Eh... le sonará un poco tonto, pero... creo que el asesino intenta hacerse pasar por un... un *vampiro* –respondí con algo de vergüenza.

–Ah, interesante –dijo él, y vi un chispazo iluminar el renegrido ojo izquierdo. Acto seguido, se esfumó.

## VII. LOS NAZIS DE HURLINGHAM

–¡Acá está, señorita Betty! ¡Acá está! –se oyó la voz exaltada del hombre, que hacía esfuerzos para no subir el volumen en medio de su entusiasmo.

–Shhh... No grite, que hay más gente en la sala –dijo ella. Me sentí un intruso por escuchar la conversación, pero lo cierto es que llamaba mi atención. Y el silencio que me rodeaba era tan grande que, aunque hubiesen susurrado, no podría haber evitado oírlos.

El de las teorías conspirativas bajó el tono, se calmó y explicó en voz baja:

–Observe, contemple, admire mi hallazgo: “Desarticulan una red de explotación infantil en Hurlingham”. Y preste particular atención a lo que pone más abajo: “La mayoría de los niños eran deficientes mentales”. Qué le dije, qué le dije.

–Eso no significa nada, señor Gorriarena –respondió Betty displicente–. ¿Vio la fecha?

–Sí, 4 de febrero de 1985. ¿Qué problema hay?

–Eso es muy viejo. Y además no se menciona a los nazis en ninguna parte –la voz de la joven sonaba apagada, cansada, aburrida.

–“El engaño y la estrategia mejores del Diablo consisten en persuadir a la gente de que él no existe” –citó Gorriarena de memoria–. Los nazis han cuidado muy mucho de encubrir su identidad. Han creado una trama de ocultamiento tan densa que es imposible llegar a saber que son ellos quie-

nes están detrás de todo. Han recubierto sus viejas vidas con muchas pantallas y biombos, como las hojas de una alcachofa revisten su corazón.

–Se dice alcaucil... –espetó Betty con su mejor acento porteño.

–Pueden descubrirse actividades superficiales, pero nunca el *Plan Maestro* –continuaba Gorriarena, enajenado.

–¿Y usted cómo hizo? –interrogó casi con inocencia la muchacha.

–¿Perdón? –Gorriarena salía de su trance.

–¡Claro! ¿Cómo sabe usted que los nazis están en todos lados si es imposible detectarlos? No será usted un nazi... –Betty dijo esto último conteniendo una risita bromista y, también, algo irrespetuosa.

–¡Por favor! Sólo es imposible para la policía, para los aficionados y para las mentes simples... como la suya –dijo el hombre ofendido.

–Bueno, bueno, no se enoje –respondió Betty mientras seguía conteniendo su risa-. Lo cierto es que una noticia aislada, sin más indicios que la acompañen, difícilmente sea la prueba que usted necesita.

Gorriarena no respondió. Estuvo en silencio unos segundos, como si pensara mientras revolvía papeles en busca de apoyo material a su tesis. De hecho, pude oír los recortes de diario viejos moviéndose frenéticamente bajo las manos del hombre. Aunque podrían haber sido los dedos de Betty, que habría vuelto a sus propios asuntos dando por concluida la conversación.

–Hm, ejem... –se oyó de pronto-. El terror deja trazas allí donde va, y un buen sabueso sabrá encontrarlas –dijo Gorriarena recuperando su pausado tono engolado.

–A ver... –replicó Betty. Volvía a sonar aburrida.

–Lea este párrafo –dijo él, con aire triunfante.

–Veamos: “El conocido superviviente del Holocausto y antiguo colaborador del Centro Simon Wiesenthal visitó ayer el país para sumarse de *motu proprio* a los actos de homenaje a las víctimas del atentado a la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), a dos años de la tragedia” –leyó Betty con desgano. Pero entonces se detuvo. Tomó aire. Gorriarena empezó a soltar una risita nerviosa y le pidió a la señorita que continuase-. “Por la mañana, Perelman visitó familiares argentinos afincados en Hurlingham antes de sumarse al acto central de la calle Pasteur...”

Betty no acabó de leer. Gorriarena, envalentonado, sabía que no necesitaba oír más.

–¿Está pensando lo mismo que yo, señorita Betty? –dijo burlón.

La joven intentó defenderse: –Es una coincidencia. No es para nada extraño que dos noticias ocurran... mejor dicho, *mencionen* el mismo lugar. Además, la diferencia de tiempo es abismal. Lo que acabo de leer es del 19 de julio de 1995, diez años y pico después de lo del...

–Usted y yo lo sabemos, señorita. No es casualidad que un cazador de nazis visite a “unos familiares” en la base de operaciones del nazismo en Argentina. Perelman fue a Hurlingham a buscar a un nazi. O a todos. Lo sabe, señorita Betty –concluyó serio y victorioso el hombre de las teorías conspirativas.

–Bueno, otra vez exagerando... ¿Base de operaciones del...? ¿Pero qué hago yo discutiendo esto con usted? ¡Déjeme en paz! –espetó la muchacha y, ahora sí, dio por concluidas las conversaciones.

El sonido de recortes de diario manipulados con violencia se hizo perfectamente audible. Gorriarena reía y canturreaba suavemente.

### VIII. NOTICIAS

Pasaron unos minutos (pocos, dos o tres) en los que apenas si se oía algo. No había más conversaciones en toda la enorme sala, pero pude comprobar que había más papeles siendo hojeados en varios rincones: los de la ofuscada mano de la señorita Betty, quizás los complacidos del señor Gorriarena, además de otros lejanos, algunos como hojas de libro, otros como desenroscados (planos o carteles, quién sabe). Hice un amago de levantarme de la silla para intentar ver quiénes estaban más allá, pero el sonido de un andar enérgico me detuvo. El archivero apareció de repente con una carpeta en las manos.

–Sírvase –me dijo amablemente–. Espero que le sea de utilidad.

Y se volvió a ir.

Abrí la carpeta, una de esas de cartulina, de oficina, con renglones en la carátula para describir su contenido. No decía nada. En su interior, unos cinco recortes de diarios y revistas, y un par de hojas escritas a máquina, como si fuesen informes de policía o actas de un juzgado.

Empecé a hojear (u ojear) uno por uno. No parecían tener mucho que ver con lo que había pedido. O lo que había esperado. Claro que, a decir

verdad, no sé qué esperaba. Era ingenuo creer que aparecerían recortes del año ochenta y pico que dijese textualmente “Un posible caso de vampirismo en la Capital” o “Encuentran un cadáver sin una gota de sangre”. Quizás me hubiese gustado ver páginas de sucesos con asesinatos dudosos y la exanguinación como factor común. Algo más obvio. En cambio, encontré noticias sobre otros asuntos, algunas muy breves, todas inconexas a excepción de dos, que hablaban de un mismo secuestro y homicidio. La primera de éstas era de abril del '97. Decía así:

*La Patria. Sociedad*

*No hay pistas firmes*

***Continúa desaparecida la joven de Paternal***

*Dolores García continúa en paradero desconocido. Su familia organizó ayer una concentración frente a la municipalidad para exigir que se amplíe la búsqueda. Fuentes de la Secretaría de Seguridad manifestaron el compromiso de las policías Federal y Bonaerense para que se esclarezca el caso.*

*El abogado de la familia, Rogelio Bottoni, explicó que “existe gran descoordinación y desidia en este caso” y añadió que “sólo la presión mediática ha promovido avances en la investigación”, como la detención del chofer que manejaba el último colectivo que tomó Dolores antes de extraviarse.*

*La joven de 20 años desapareció el pasado 6 de abril, luego de asistir a un cumpleaños con otras amigas en una discoteca del Centro. Según las amigas, Dolores tomó el colectivo 105 frente a Plaza de Mayo a las dos y cuarto de la madrugada.*

*Ramón Parrondo, chofer de la línea, asegura que la joven bajó antes del puente de Avenida San Martín. Sin embargo, la policía lo detuvo el martes pasado acusado de **secuestro**. Parrondo afirma desconocer el paradero de Dolores.*

*Los investigadores aún están buscando a un segundo pasajero que podría confirmar la historia del chofer, pero sospechan que pueda tratarse de un invento del acusado.*

La segunda era bastante posterior y aún más escueta. Daba por sentado muchas cosas, como si el caso hubiese sido tan famoso que no hacía falta dar más detalles. Yo, sin embargo, no recordaba el episodio. Claro que entonces estaba en la facultad y leía prensa “alternativa”, las noticias de

fútbol y poca cosa más... Según el recorte, de junio de 1998 (ya había empezado el Mundial de Francia), la tal Dolores estaba muerta:

*La Gaceta. Sucesos*

***La familia de Dolores pide justicia***

*Los familiares y vecinos de Dolores García se manifestaron ayer en Tribunales para pedir que se esclarezca el asesinato de la joven, ocurrido en abril del año pasado.*

*Tras conocerse la excarcelación del principal sospechoso, Ramón Parrondo, un centenar de personas se congregó frente al Palacio de Justicia para exigir responsabilidades a jueces y policías.*

*"Nunca se nos explicó lo sucedido", declaró Irma García, tía de la víctima. "Nunca encontraron al segundo pasajero. La policía encubre a alguien y queremos llegar hasta el fondo", añadió.*

*Por su parte, Parrondo señaló al salir en libertad que fue "el chivo expiatorio de la ineficacia policial" y que "haré lo posible por ayudar en el caso, caiga quien caiga".*

Nada más.

Los otros tres recortes eran aún más extraños. Uno pertenecía a la sección "Espectáculos", fechado en diciembre de 1996, y era de esos breves risueñamente chismosos donde se contaba que una conocida actriz de telenovelas había faltado dos días a la grabación de su última serie por sentirse "espiada y hostigada" por un posible admirador. El redactor se mofaba de las paranoias de la artista, a las que calificaba como "una mancha más en su excéntrica conducta diaria".

Otro, de la sección "Deportes" de un semanario, contaba la curiosa leyenda del "Guardián de Argentinos": según los vecinos, un "espíritu" ahuyentaba desde hacía algunas semanas a todo aquel que se acercaba al viejo estadio de Argentinos Juniors. El texto era de febrero de 1997, casi diez años antes de que volvieran a utilizar la cancha en competición oficial. El periodista intentaba imprimir racionalidad a la leyenda y atribuía los episodios relatados por los vecinos a las tropelías de un grupo de delincuentes afincados en la zona, amparados por los viejos tablones. Y concluía con alguna sandez acerca de cómo se construyen las leyendas urbanas.

El último de los recortes correspondía a un suplemento sobre ufología de un diario sensacionalista. Se trataba simplemente de un calendario de eventos en el que venía resaltado con un círculo la conferencia acerca de “Espectros, posesiones y vampirismo” que un tal Sir William Sterning iba a dar en marzo de 1999, como una actividad paralela desarrollada en el marco de un congreso de parapsicología en Ituzaingó. El resto del calendario sólo contenía talleres de tarot o numerología, y proyecciones de documentales en la Avenida Corrientes.

Los dos documentos mecanografiados eran más raros que los recortes periodísticos. El primero era la fotocopia de un informe policial donde se daba cuenta de la detención de un indigente en el barrio de La Boca, el 3 de noviembre de 1995, por intento de agresión contra una transeúnte. Masculino, de unos 30 años, indocumentado, posiblemente extranjero, se negó a declarar y no opuso mucha resistencia al arresto. No había nombres ni apellidos. Su estado de salud parecía delicado, porque fue derivado al Hospital Fernández para curarle unas infecciones en pies y manos.

El segundo expediente era la página de un contrato inmobiliario de 1941, por el cual un tal Amadeo Eustaquio Pérez-Nogal adquiría una propiedad en el municipio bonaerense de Hurlingham. El nombre, la dirección y la fecha eran los únicos datos completos que aportaba ese fragmento de documento. Por otro lado, no pude evitar pensar en los nazis del señor Gorriarena: ¿encontraría, gracias a esta *pista*, alguna relación entre mi vampiro y sus criminales de guerra exiliados? Sonreí antes de caer en la desesperanza.

Cerré la carpeta decepcionado. Poca cosa y poco útil. Esa fue mi primera impresión.

El archivero apareció entonces como si hubiese estado espiando mis movimientos, como esos camareros solícitos de los restaurantes caros que vienen a llenarte la copa de vino en cuanto se vacía.

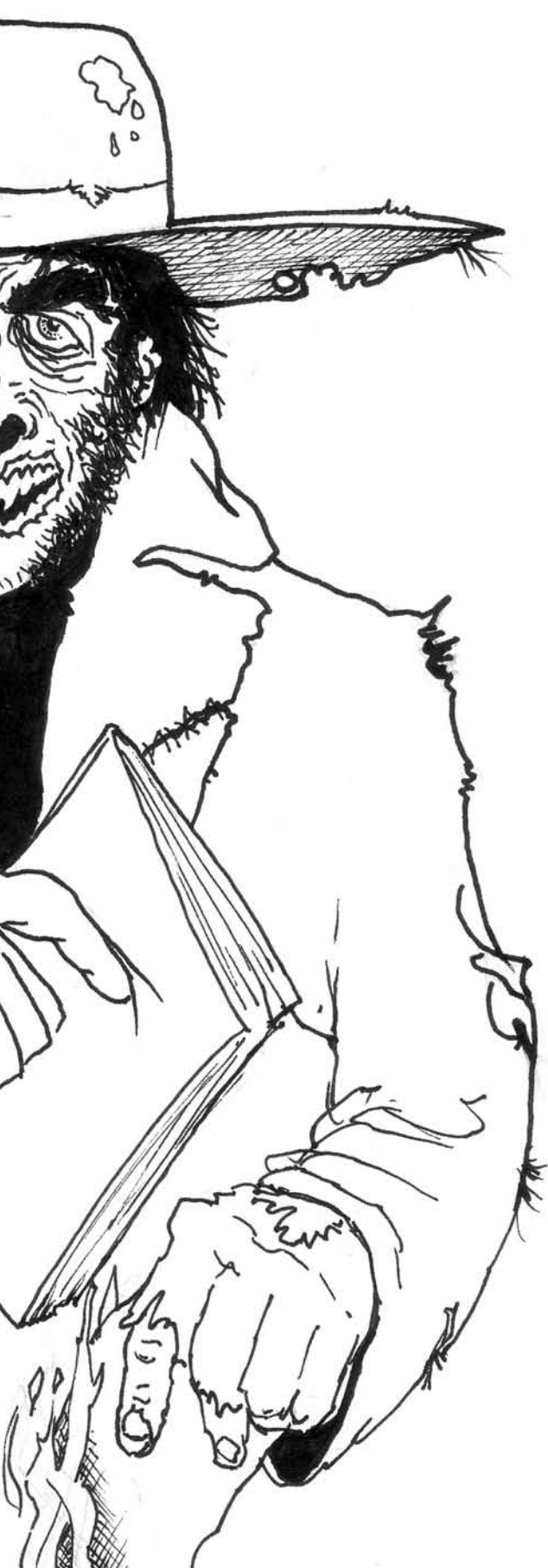
–¿Ha sido fructífera la pesquisa? –me preguntó.

–A decir verdad... no lo sé –respondí tratando de no herir sus sentimientos.

–¿A qué se refiere? –dijo ligeramente preocupado.



*"Tenía la sensación de que en Buenos Aires existía un asesino serial. No cualquiera, sino uno en particular, uno que se hacía pasar por vampiro"*



*“Cerré la carpeta decepcionado. Poca cosa y poco útil. Esa fue mi primera impresión”*

–Esperaba encontrar casos antiguos sin resolver, o algo así –me sinceré.

–Bueno, en esos papeles está el caso de Dolores García –dijo él algo ofuscado.

–Claro, sí, pero no se sabe cómo acabó la investigación oficial... –mi tono de voz transmitía cierta desilusión.

–No acabó, por decirlo así. La última noticia que se publicó sobre aquel episodio la tiene usted en esa carpeta –dijo señalando hacia la mesa.

–¿O sea que no se cerró el caso?

–No que conste en el archivo. Y créame, si no está en estos archivadores, es que no se ha publicado nada sobre ello –respondió con la voz llena de orgullo.

Me quedé un rato mirando la carpeta, como si de ahí fuese a brotar alguna idea. El archivero seguía de pie a mi lado, como si esperara algo. Entonces se me vino una pregunta a la cabeza.

–Ya que lo tengo acá, quisiera saber quién señaló este recorte –le dije enseñándole el calendario del suplemento ufológico.

–Así estaba en el archivo. No tenemos por costumbre adulterar los documentos que nos llegan –explicó.

–O sea que el círculo escrito con birome en torno a la conferencia de Sir William Stening no ha sido hecho por usted ni nadie del archivo –traduje con una lógica digna de *Scooby-Doo*.

–Efectivamente. La marca corresponde a algún lector anterior a usted –acompañó el archivero como si yo fuese un alumno de primaria.

–Igual no entiendo. Además del título de la conferencia, ¿qué relación puede tener esto con lo que yo le solicité? –y en mi pregunta había mitad curiosidad y mitad queja.

–Usted sabrá –dijo él.

–¿Perdón? –me ofendí.

–Según los parámetros que usted me ha dado, he obtenido estos recortes. Ahora es tarea suya establecer la vinculación –dijo inclinándose ligeramente hacia mí. El monóculo brilló una fracción de segundo–. Todo es construcción. Aquí tiene sólo unas piezas de su rompecabezas. Las que pueden conseguirse con las claves que usted aporta.

–¿Y este contrato de compra-venta? –seguí yo con insistencia– No me dirá que tiene algo que ver con nada.

–Quizás no ahora. Pero todo, puesto en su debido contexto, está vinculado a todo.

Entonces sentí que el hombre bajito me tomaba el pelo. Que me había dado lo primero que vio a mano y que ahora quería embaucarme haciéndome creer que la respuesta a todos mis interrogantes estaban en siete papeles roñosos metidos en una carpeta de cartulina. Pero no tuve el valor de enfrentarme a él.

–Explíquese mejor –dije parco.

Su pequeño y renegrido ojo izquierdo me atravesó con afán intimidatorio. El monóculo era sólo una mancha de luz redonda que, de a ratos, me encandilaba. El anciano apoyó una mano sobre la mesa y se inclinó aun más sobre mí.

–Usted me ha pedido el inicio de unos asesinatos en serie vinculados a un vampiro, o a alguien que se hace pasar por él. Y aquí tiene datos útiles en ese sentido. Aproveche esta información, tome notas o guárdela en su memoria. Investigue, consiga más datos y vuelva. Quizás entonces podamos encontrar algo más –me dijo, y sonó a orden, como si fuera un profesor de colegio encargándome tarea para el hogar.

“¡Váyase a la mierda!”, pensé.

–Gracias –dije.

## IX. ILUMINACIÓN

Salí de El Archivo confuso, enojado, molesto, con la sensación de haber perdido el tiempo. Había llegado a creer que el pobre Torres me iba a ayudar desde la tumba, pero al final no había sacado nada. El anciano del monóculo me pareció entonces un viejo choto y gagá. Probablemente las chocheras de Torres y de él se habían unido en una confabulación del más allá para boicotear mi libro.

¿Cómo no le iba a pifiar siempre Torres si la información con la que contaba era de esta índole descabellada, inconexa, fragmentaria, desordenada, *irrelevante*? Está bien, no es que yo hubiera ido con una petición demasiado clara ni específica, pero habría preferido que el archivero me contestase que no, que con esos datos no podía hacer nada, que mejor me buscara la vida en otra parte...

Eso era lo que más me molestaba. Que me hubieran hecho perder el tiempo. No es que yo lo hubiera aprovechado mejor (estuve a punto de desperdiciarlo en un prostíbulo, para qué negarlo), pero el engaño, la mentira, el artilugio de un vendedor que dice que tiene lo que le pedís pero te trae cualquier otra cosa... Estafado. Esa era la palabra. Me sentía estafado.

Aunque no tuve que pagar nada. Era extraño, pero no lo pensé entonces. Tampoco pensé en quién sería el dueño de todo eso, cómo se financiaba o con qué fines había sido creado. Iba tan concentrado en lo mío, en mis vampiros, mis investigaciones, mis sueños de novelista, que pasé por alto la obligación periodística de sentir curiosidad, de preguntar, de saber, de indagar hasta el límite de lo saludable o de lo conveniente. Me falló el instinto.

Ese día no hice nada más. Llegué a casa a media tarde, deprimido. Comí algo (unos fideos que habían sobrado de la cena anterior) y me dormí como hasta las ocho de la noche. Me desperté para cenar, mirar la tele y volver a dormirme.

Al día siguiente volví al trabajo. La rutina me absorbió, los encargos inverosímiles consumieron mi tiempo y mi cabeza, y empezaba a creer que lo mejor era abandonar mis investigaciones particulares. Entonces, a la semana más o menos, escuché a Gruchnuk pronunciar un nombre que me resultó familiar: Rogelio Bottoni.

Llegué a la productora y me comentaron que teníamos un reportaje nuevo. Al parecer, un concejal de la provincia había sido acusado de corrupción en la concesión de obras para el asfaltado de calles. El tal Bottoni era su abogado defensor. Gruchnuk hablaba con él por teléfono.

–A ver, Bottoni, o me da la entrevista o no me la da. Esto es muy simple –explicaba Gruchnuk con suficiencia–. Acá tengo una denuncia muy grave sobre irregularidades en los presupuestos y facturas del asfaltado. ¿Y a qué no sabe quién es el concejal que firma la documentación? –Los que mirábamos desde lejos vimos a Gruchnuk apartando brevemente el aparato de su oído, y oímos un ruidito saliendo del teléfono, como en los dibujitos animados; después, Gruchnuk volvió a hablar– Si él no quiere hablar, me parece bien. Pero alguien tiene que dar la cara. Se la hago fácil:

usted puede rectificar *antes* del reportaje o *después*, pero después puede ser *muy tarde*. ¿Cómo anda de tiempo hoy?

Al otro lado de la línea, Bottoni vociferaba y emitía improperios. Al menos eso se deducía de los sonidos chirriantes y de la cara satisfecha de Gruchnuk.

–¿Entonces cuándo nos vemos? –dijo Gruchnuk al cesar los ruidos–  
Media hora. Perfecto. Ordene el escritorio para que salga bien en la tele  
–concluyó risueño.

Bottoni, de qué me sonaba... Entonces vino Gruchnuk y me dijo:

–A ver, Naso. ¿Ya te dijeron algo?

–Sí, algo, lo del concejal corrupto... –dije yo.

–Agarrá a Manu y andate a tomar imágenes. Hablá con los vecinos de las calles, que te cuenten lo que vieron de las obras, si el trabajo es berreta, si los materiales son truchos... Algo malo, quiero algo feo. Yo me voy a entrevistar con el abogado y cuando vuelva quiero imágenes, quiero una truchada en primer plano, ¿tamos? –Gruchnuk siempre daba órdenes.

–¿Adónde hay que ir? –pregunté yo.

–A Hurlingham.

Me sentí un poco mareado y la mente se me disparó a mil por hora: Bottoni, Hurlingham, El Archivo... *Dolores García*. ¡Ahí lo había visto! Bottoni era el abogado que patrocinaba a la familia de la chica asesinada en Paternal. Iba a decir algo, no sé qué, pero un grito me arrancó de mi estupidez sonámbula.

–¡Dale, boludo, que no llegamos! –me conminó desde la puerta Manu, el *cameraman*.

Manu es de esos tipos simpáticos, que nunca están de mal humor, que te siguen la corriente y tienen siempre una respuesta para no dejarte hablando solo; que escuchan y participan en la conversación como buena-mente pueden, desde lo que saben, desde lo que conocen, sin darse aires y sin meterse en lo que no les compete. Un tipo sensato, sencillo, nacido para su profesión. Él se sentía a gusto con la cámara al hombro, tomando imágenes, buscando planos, metiéndose en el medio del despelote para captar la acción. Curioso, intrépido, desvergonzado, podría haber sido

periodista si se hubiera preocupado por mejorar su redacción, o su dicción: el periodista total. También habría sido un excelente corresponsal de guerra si su mujer no se lo hubiera impedido. Ella era lo único que Manu quería más que a la cámara.

Mientras el remis se habría paso hacia nuestro destino, comentamos un poco el plan de acción. Manu se iba a poner a grabar panorámicas de las calles mientras yo buscaba a algún vecino con ganas de hablar. En cuanto lo tuviera, hacíamos la entrevista y seguíamos las pistas que nos diera. El objetivo era encontrar grietas en calles nuevas, o baches, o trabajos a medio hacer. Una vez definida la cuestión, Manu se puso a revisar las cintas y a comprobar la batería de una digital que había manoteado a las apuradas antes de salir.

Yo, mientras, me puse a darle vueltas a la coincidencia. Rogelio Bottoni, ¿cómo se pasa de apoyar a una familia de pobre gente que perdió a su hija, a defender a políticos corruptos? Quizás eso sea el día a día de un abogado, como el de un periodista. Al fin y al cabo, vas saltando de un caso a otro, de una noticia a otra, algunas te dan satisfacciones, otras simplemente te dan de comer. Es lo que hay.

¿Sabría Bottoni algo más del caso de Dolores García? Seguro que sí. Al menos tenía que saber más de lo que se publicó. Sin embargo, supiera o no, ahora lo iba entrevistar Gruchnuk quien, sin quererlo (sin saberlo) me iba a cerrar las puertas de Bottoni para toda la eternidad. Lancé un suspiro como de enamorado. Manu me miró sonriendo. “¿Qué pasa, campeón?”, me dijo amable. Manu es de esos tipos que invita a hablar, que no te juzga ni prejuzga, aunque digas la idiotez más grande del universo. Así que se me ocurrió preguntarle a Manu por el caso de Dolores García.

—¿Te suena el caso de una piba que mataron en La Paternal? Dolores García se llamaba. Los familiares hicieron quilombo, manifestaciones y esas cosas... —le dije.

—Sí, claro que me acuerdo —contestó para mi sorpresa—. Yo fui a cubrir un par de marchas que organizó la familia. Ahora que lo decís, ¿sabés quién estaba? El abogado este, el Bottoni. Mirá vos lo que son las casualidades.

—¿Qué se comentaba entonces? —quise saber más.

—No mucho. Había mucha desinformación, o desinterés, qué sé yo. Al final no sé en qué quedó la cosa. Viste como es esto, un tema tapa al otro...

–¿Así que no tenés idea de si agarraron al asesino?

–No, la verdad que no. ¿Sabés qué jodió la noticia? El Mundial. Justo para el Mundial dejaron de darle bola. No me acuerdo si era el de Francia o el de Estados Unidos... –dudó Manu.

–El de Francia, seguro –corroboré.

–Sí, el de Francia '98. Una lástima, porque había algo raro ahí –Manu despertaba mi curiosidad.

–¿Raro? ¿Cómo qué?

–Todo. En teoría, la piba iba en el bondi con un “misterioso” segundo pasajero, que nunca encontraron, y el chofer –y al decir *misterioso*, Manu puso tono de broma, mientras hacía con las manos el gesto de las comillas–. Nadie más. Según el colectivo, la piba se bajó en el puente de Avenida San Martín y, a la parada siguiente, se bajó el otro. Después dijo que no levantó más pasajeros hasta la terminal. Raro, ¿no? La verdad es que no le creyeron al chofer y pensaron que se había llevado a la piba por ahí para violarla –Manu se entusiasmaba con su relato.

–Bueno, era de madrugada... La versión del colectivo podía ser cierta. Al fin y al cabo, lo soltaron...

–Sí, pero el 105 sigue un tramo largo después del puente, es raro que no lo pare nadie de nadie. Igual, me parece que el colectivo no fue, porque cuando encontraron a la chica, al menos oficialmente, no la habían violado –dijo Manu regulando el *suspense*.

–¿Cuándo apareció el cadáver?

–No me acuerdo. Pero no tardaron mucho. No sé cómo lo descubrieron. Estaba en un galpón abandonado, o algo así, cerca de donde se había bajado la piba.

No pude evitar la pregunta. Tenía que disimular un poco, pero también tenía que saber si mi vampiro estaba involucrado.

–¿Y tenía algo... raro o... extraño el cadáver? –dije.

–¿Cómo qué? Era un cadáver muerto, qué querés –Manu se reía de mí sanamente.

–No, quiero decir... no sé... alguna *marca*, qué sé yo... Algo, una seña, un mensaje... Podría ser obra de un asesino serial...

–¿Lo qué? Como no fuera el Petiso Orejudo resucitado... –se mofó Manu.

–En serio, boludo, ¿no te acordás de nada así?

–No, la verdad es que no. Pasa que no trascendió mucho, viste. En seguida la policía tapó todo. Eso sí que fue raro. Tardaron como tres días en avisarle a la familia. Y después no daban detalles. Al principio pensamos que era porque la piba estaba hecha mierda, o porque la habían violado entre cuatro, viste. Eso es muy fuerte para contar así nomás. Pero después dijeron que estaba casi intacta, así que no sé... Todo muy raro...

–¿Y no te acordás de quién llevaba la investigación?

–Mirá, eso sí. Porque fue otra cosa rara. Era una mina. Una concheta, así muy señorita, con dos apellidos y todo. Pérez-Pícaro, Pérez-Reverte, Pérez-Companc... No me acuerdo exactamente, pero... ¿y vos qué te picó con esta noticia? –Manu me puso en un aprieto.

–No, es que... Como pasó cerca de casa, en Paternal... El otro día oí a dos viejitas comentando el asunto, viste, y yo no tenía ni idea... –mentí.

–A veces pasa. No vemos lo que tenemos al lado –concluyó Manu.

El remisero, que había estado escuchando, se metió en la conversación porque hacía poco habían matado a un vecino de su cuñada, en Chacarita, y ya se sabe, esto se va al carajo, ya no se respeta nada, un muchacho trabajador, por veinte pesos, podés creer, hoy te matan por veinte pesos y nadie hace nada, hasta que no nos cansemos y salgamos a matar chorros esto no se arregla. Manu, cordial como siempre, le dio cabida y se pusieron a analizar la inseguridad ciudadana mano a mano, mientras yo colaba bocadillos para no ser descortés (y porque me encanta pinchar a los taxistas y remiseros para que pidan la pena de muerte, la castración química –o física–, la deportación de los extranjeros y la guerra contra Chile o Uruguay). Así se prolongó la charla hasta que llegamos a destino, hicimos nuestro trabajo (por el que Gruchnuk nos felicitaría, cosa poco habitual en él) y listo. A la vuelta comentamos las incidencias del reportaje.

#### X. LOCURA

Cuando La Tana me lo contó no podía creerlo. A la actriz Lucrecia Pastorini la había estado siguiendo un vampiro.

La Tana era una vieja amiga de la facultad y trabajaba en la prensa rosa. Era una tipa con muy buen sentido del humor, extremadamente curiosa, metiche, memoriosa... Había nacido para el periodismo, creía yo, y era un

desperdicio que se dedicara a las huevadas de los famosos; pero a ella le gustaba divertirse a costa de los otros y toleraba mal las noticias tristes y horrendas del “mundo real”, como solía decir. Prefería dinamitar esa ilusión de que los ricos y famosos son felices por el hecho de ser ricos y famosos, burlarse de la condición humana encarnada por los personajes públicos y hacer ver a los demás el lado oscuro de la vida sin necesidad de tener que angustiarse con fotos de niños desnutridos, cuerpos mutilados o políticos sonrientes que acaban de recibir un sobre por debajo de la mesa.

Así que La Tana estaba al tanto de todas las boberías del mundillo artístico. Y si ella decía que a Lucrecia Pastorini la había seguido un vampiro, había que creerle.

A los cuatro o cinco días de mi viaje a Hurlingham nos encontramos por casualidad en la puerta del canal de televisión. Nos alegramos de vernos y, como los dos teníamos un rato libre, nos fuimos a tomar un café.

Hablamos de lo típico: qué tal te va, bien, no me quejo, mucho trabajo, el sueldo no está mal pero no me queda mucho tiempo para mí. Seguimos con un repaso por las viejas amistades de las aulas, que si a tal lo veo poco, que si cual se borró de la faz de la Tierra, que menganita se casó por fin. Hasta que desembocamos en el apartado “otros”. Primero le pregunté si seguía colaborando con un portal de internert que había montado con otros dos conocidos de ella (desconocidos para mí), una página para que la gente dejara sus rumores, o algo así. Sí y no, me dijo, el portal seguía pero ella había dejado de participar y estaba a punto de vender su parte, o cerrarlo. “¿Y vos?”, me preguntó, “¿Algún proyecto personal?”. Así que le conté mis investigaciones sobre el *Vampiro de Villa Soldati*. Someramente.

La Tana se rió y me dijo que podía darme más datos. Hablaba en broma, claro. Ella se tomaba todo en broma. Me lo contó como una curiosidad, como un asunto ridículo e irrelevante, pero gracioso. Al principio, yo le seguí el juego (no había razones para no hacerlo). Pero luego sentí un *click* en la cabeza y mi estado de ánimo cambió por completo.

Según La Tana, hacía varios años, la famosa actriz y productora de telenovelas Lucrecia Pastorini faltó algunos días a la grabación de un programa. (La historia empezaba a sonarme conocida). La mujer está loca, me dijo La Tana, tiene cada raye, cada manía, que es casi imposible tratar con

ella. A veces se agarra depresiones insufribles que alterna con estados de euforia extremos. Trastorno bipolar, que le dicen. Se obsesiona con detalles ridículos, sólo bebe agua mineral de una marca específica, no deja que se fume en cien metros a la redonda de donde está ella, se niega a grabar después de las siete de la tarde, no come productos congelados... En fin, que está del tomate.

Pero un día fue el colmo. La historia completa no trascendió a los medios, pero circuló entre los periodistas del ramo. Lucrecia Pastorini llamó a la policía para denunciar que un vampiro la acosaba y se negó a salir de su casa hasta que lo detuvieran. Todo el mundo se cagó de risa con la historieta que había montado esa loca de mierda (La Tana es un poquito malhablada), pero tuvo que ir un patrullero hasta la casa, comprobar el barrio y detener a un par de masculinos en actitud sospechosa. El primero era un vecino que andaba por ahí, y el otro era un *paparazzo* haciendo su trabajo. Nadie más.

La loca no quedó satisfecha y, por hacerle un favor, la policía le asignó custodia durante una semana (el canal también intercedió para que la mujer no faltase más a las grabaciones) hasta que se le pasó el ataque de paranoia. Final del cuento.

Yo quise saber de dónde había sacado la actriz que la seguía un vampiro y no cualquier otro monstruo, como un hombre-lobo o el *golem*. Entonces La Tana me contó que, al parecer, la locura le había venido porque un día, volviendo a casa, la abordó un indigente en la puerta de entrada. La mujer se asustó y creyó ver que el pobre tipo tenía colmillos gigantes y parecía mirarle el cuello con cariño. Y como está completamente rayada, después decía verlo en la vereda de enfrente, mirando fijo a su ventana.

El Archivo volvía a aparecer en mi cabeza.

“¿Sabías, Tana, que hay más casos de gente que dijo ser atacada por un indigente?”, le dije sin estar muy seguro de mis palabras, pero con acento convincente. La Tana me miró como si le hablara en chino mandarín y esperó una aclaración mía. Entonces le conté lo que había visto en El Archivo (aunque sin decirle que lo había visto en El Archivo). Le dije que en el año '95, uno antes del episodio de Lucrecia Pastorini, habían existido denuncias en el barrio de La Boca por el acoso de un linyera. “No me jo-

das”, dijo La Tana, “¿De verdad? A ver si la loca no está tan loca, después de todo”. Y se rió a carcajadas. Ella no veía la conexión. O pensaba que mi conexión le seguía el juego a su anécdota. La Tana estaba convencida de que yo no hablaba en serio.

Decidí no insistir. Para qué. Nos reímos un rato más y después volvimos cada uno a lo suyo.

## XI. CONEXIONES

El tiempo pasó volando. Una cosa lleva a la otra, y a otra, y no terminaba con algo que ya estaba metido en lo siguiente. El trabajo de las noticias es arduo, pero por suerte la televisión tiene sus propias reglas y, cuando llega enero, hay que transmitir playa, alegría, fiesta y sol. Durante el verano el programa de Gruchnuk dejaba de emitirse, así que todos nos tomamos unas vacaciones. La mayoría volvíamos enseguida, había que estar al tanto de todo lo que pasara, seguir los casos viejos y preparar una nueva temporada de investigaciones periodísticas. Pero nadie me sacaba mis buenos quince días de desconexión.

Entonces tuve tiempo para reflexionar. ¿Qué quiero hacer con mi vida? ¿De verdad quiero ser periodista? ¿Escritor? ¿Escritor y periodista?

Periodista, más o menos, ya era. Quizás no lo llevara en la sangre, pero podía crecer mucho con Gruchnuk. El periodismo es un oficio y, con un maestro así, tenía que aprender algo a la fuerza. Aunque sólo fuera que no quería (o no podía, o no debía) dedicarme al periodismo.

Pero para ser escritor había que escribir. ¿Y que tenía yo? ¿Dónde estaba mi novela? ¿Dónde estaba mi libro de investigación? No tenía nada. ¿O sí? Tenía la idea, las ganas y... algún que otro dato suelto.

Abrí mi libreta de notas, tomé papel limpio y, jugando, intenté establecer conexiones. Primero ordené los recortes de El Archivo en una serie cronológica, a saber:

1941 – El señor Pérez-Nogal compra una casa en Hurlingham

1995 – Detienen a un indigente en La Boca por agresión a una mujer

1996 – Acoso a Lucrecia Pastorini

1997 (febrero) – Aparece “El Guardián de Argentinos” en La Paternal

- 1997 (abril) – Desaparición de Dolores García en La Paternal
- 1998 – Se archiva el caso Dolores García
- 1999 – Conferencia sobre vampiros de Sir William Sterning en Ituzaingó

Suponía, gracias a la indiscreción de La Tana, que el indigente de La Boca podía ser el mismo que acosó a la actriz. ¿Cómo conectaba eso con Dolores García? ¿Acaso el indigente podía ser el famoso “segundo pasajero”? ¿O acaso era “El Guardián de Argentinos”?

Podía ser. No obstante, los extremos de la línea temporal no encajaban. Hurlingham sólo tenía relación con una conversación ajena: los recortes sobre los nazis no venían en mi carpeta. No obstante, como el archivero me había conminado a conseguir más información para sacar partido a su fondo documental, decidí introducir en mi listado todos aquellos datos que había obtenido por otros medios (los primeros casos, Betty, Gorriarena, Gruchnuk, Manu, La Tana) y que podían tener alguna vinculación remota con mi caso. Incluyendo a los nazis de Hurlingham, por qué no. La lista quedó así:

- 1941 – El señor Pérez-Nogal compra una casa en Hurlingham
- 1945-hoy - *¿Nazis en Argentina? ¿Sede en Hurlingham?*
- 1985 – *Desmantelan red de explotación infantil en Hurlingham*
- 1995 (julio) – *El cazador de nazis Perelman “visita familiares” en Hurlingham*
- 1995 (noviembre) – Detienen a un indigente en La Boca por agresión a una mujer
- 1996 – Acoso a Lucrecia Pastorini (*por indigente con colmillos*)
- 1997 (febrero) – Aparece “El Guardián de Argentinos” en La Paternal
- 1997 (abril) – Desaparición de Dolores García en La Paternal (*Abogado: Rogelio Bottoni*)
- ¿1997/8? – Aparece el cadáver de Dolores García sin marcas de violación*
- 1998 – Se archiva el caso Dolores García (*Encargada: mujer policía Pérez-¿?*)
- 1999 – Conferencia sobre vampiros de Sir William Sterning en Ituzaingó
- 2000 (junio) – *Asesinato del Vampiro de Villa Soldati*
- 2000 (julio) – *Asesinato en la Torre de los Ingleses (¿otra vez el vampiro?)*
- 2005 – *Rogelio Bottoni abogado de político corrupto de Hurlingham*

Seguía habiendo cuestiones inconexas. Al menos ya tenía a Hurlingham en ambos extremos del listado.

No obstante, me detuve en un detalle. La policía del caso Dolores García se llamaba “Pérez-*algo*”, según creía recordar Manu; y el comprador de la casa de Hurlingham era “Pérez-Nogal”. ¿Serían acaso familiares, padre e hija, abuelo y nieta? Supuse que la mujer se llamaba Pérez-Nogal. Ya unía así otros dos puntos de la lista.

¿Sería Pérez-Nogal un colaborador de los nazis? Y en ese caso, ¿qué cuernos tenían que ver los nazis con mi vampiro?

Volví a escribir sobre la lista. Esta vez, añadiendo también algo de mi fantasía:

1941 – El señor Pérez-Nogal compra una casa en Hurlingham

1945 – *Pérez-Nogal cobija a nazis en su casa*

1945-hoy - ¿Nazis en Argentina? ¿Sede en Hurlingham?

1985 – Desmantelan red de explotación infantil en Hurlingham

1985-1995 – *Los nazis deben ocuparse de ocultarse*

1995 (julio) – El cazador de nazis Perelman “visita familiares” en Hurlingham (*Perelman descubre que los nazis están allí y va a ¿matar, capturar, señalar?*)

1995 (noviembre) – Detienen a un indigente en La Boca por agresión a una mujer (*primer ataque registrado del vampiro*)

1996 – Acoso a Lucrecia Pastorini (por indigente con colmillos)

1997 (febrero) – Aparece “El Guardián de Argentinos” en La Paternal

1997 (abril) – Desaparición de Dolores García en La Paternal (Abogado: Rogelio Bottoni)

¿1997/8? – Aparece el cadáver de Dolores García sin marcas de violación. *Ocultación de pruebas a familiares y periodistas*

1998 – Se archiva el caso Dolores García (Encargada: mujer policía *Pérez-Nogal*)

1999 – Conferencia sobre vampiros de Sir William Stening en Ituzaingó

2000 (junio) – Asesinato del Vampiro de Villa Soldati

2000 (julio) – Asesinato en la Torre de los Ingleses (¿otra vez el vampiro?)

2005 – Rogelio Bottoni abogado de político corrupto de Hurlingham

Entre la visita de Perelman y el primer ataque del vampiro había escasos meses de diferencia. ¿Y si el indigente agresor era uno de los deficientes mentales que trabajaban esclavizados para los nazis? Quizás la llegada de Perelman lo había liberado. Una vez libre, y después de haber conocido solamente la disciplina fabril de los nazis, el pobre loco había quedado sin rumbo, desorientado, hambriento...

Y claro, llegó un momento en que su locura lo obligó a matar y ahí tenemos a la pobre Dolores García. Pero alguien se dio cuenta de quién era el asesino: la inspectora de policía Pérez-Nogal, hija o nieta del colaborador nazi, al tanto de las redes de explotación y posiblemente interesada en eliminar el cabo suelto. Me entusiasmé. Ya casi lo tenía.

Esta vez no escribí en la lista, sino que redacté los posibles hechos.

*El señor Pérez-Nogal acogió a criminales de guerra alemanes después de la Segunda Guerra Mundial. Los ayudó a reorganizarse en su ciudad, en Hurlingham. Allí prepararon una red de esclavitud en la que hacían trabajar a niños, especialmente a discapacitados mentales. En 1985 casi son descubiertos por la policía pero, si bien salen a la luz sus fábricas del terror (Gorriarena dixit) no salen a la luz sus dueños. No obstante, en el Centro Simon Wiesenthal sospechan de aquel incidente y envían a uno de sus hombres a investigar. Perelman llega así a Hurlingham y provoca el desmantelamiento de la red de nazis (probablemente éstos huyeran a ocultarse en otra parte al saber de su presencia). Ello provoca que un deficiente mental escape sin rumbo hacia la ciudad de Buenos Aires. Los nazis intentan encontrarlo, pero están ocupados en cubrirse las espaldas y el pobre loco les saca algo de ventaja. Acosado por su hambre, intenta agredir a una mujer en La Boca y es detenido. Como tenía heridas, se lo traslada al Hospital Fernández, de donde escapa con facilidad. El pobre hombre sigue malviviendo como indigente hasta que su locura lo lleva a intentar otro ataque, esta vez contra la actriz Lucrecia Pastorini. Quizás la reconociera de la televisión, o quizás se pareciera a alguien que él conocía. Pero la presencia de la policía, a la que ya conoce, lo obliga a trasladarse a otro lugar. El pobre tipo encuentra cobijo en la vieja cancha de Argentinos Juniors, en La Paternal. Un día, volviendo a casa en el 105, ve a una chica (que tal vez le recuerda a Lucrecia Pastorini) y la aborda. Es la pobre Dolores García. El asesino la lleva a un galpón abandonado y la mata para chuparle la sangre. Es quizás su primer asesinato. La policía encuentra el cadáver y la inspectora Pérez-Nogal (hija*

*o nieta del protector de criminales) comprende por algún motivo (un trozo de ropa, alguna prueba insignificante para los demás) que se trata del loco que los nazis andaban buscando, un cabo suelto que podría descubrirlos. Por eso tapa los detalles del horrendo crimen. Y para ello cuenta con la inestimable ayuda de Rogelio Bottoni, el abogado de la familia de Dolores, quien en realidad no está interesado en que se sepa la verdad, sino en ayudar a los intereses de ciertos ciudadanos de Hurlingham. Bottoni también es el abogado de un político corrupto de la zona, y probablemente estuviera al tanto, si no de todo, de al menos una parte de los ilícitos que se cometían en el municipio. Y siempre se necesita a los abogados para esconder los trapos sucios. Pero el "vampiro" se escapa (odia a la policía). Un cazavampiros inglés viene a seguirle la pista simulando que va a dar una conferencia. El monstruo, mientras, se refugia en Villa Soldati, donde mata a otro pobre tipo. La policía nuevamente lo obliga a huir y mata desesperadamente en pleno Retiro.*

Ya lo tenía. Había dado con lo que quería. Me quedaban cosas sueltas, unidas con alfileres (como el papel de Sir William Sterning, aunque confiaba en que lograría calzarlo bien en la historia). Tenía un guión, una hipótesis de trabajo, por más descabellada que fuera. Había hecho los deberes, estaba preparado para más. Era hora de buscar corroboraciones, nuevos datos y más pruebas. Volví a la calle Reconquista.

## XII. DE NUEVO EN EL ARCHIVO

Entré al edificio sin llamar. Como era verano, el calor ciudadano estaba insoportable y además no funcionaba bien el aire acondicionado, la puerta principal estaba abierta. El guarida/portero estaba tal como lo había dejado la última vez que nos habíamos visto, excepto por la camisa de mangas cortas y los torrentes de transpiración que bajaban por su cara regordeta y, a veces, goteaban sobre la revista que parecía leer. Aparentemente distraído, en cuanto puse un pie en el hall levantó una ceja y giró sus ojos (sólo los ojos) hacia mí, que ya me encaminaba para las escaleras. Levanté la mano derecha a modo de saludo, hice una mueca de sonrisa ridícula abriendo un poco la boca para dejar ver mis dientes, incliné un poco la cabeza hacia atrás y después miré fijo el hueco de bajada. No esperé respuesta alguna del portero, pero supongo que siguió ojeando la revista, porque no dijo ni hizo nada.

(Mientras bajaba pensé que el portero/guardia era un incompetente, que yo podría haber entrado disfrazado de mártir de Alá, con pañuelo palestino a la cabeza, un cinturón de dinamita y dando vítores al paraíso de vírgenes que me esperaba, y el guardia se habría comportado con la misma indiferencia que entonces. Después me daría cuenta de que no, de que me había reconocido y que por eso me había dejado bajar sin problemas.)

Descendí los interminables escalones, doblé a la derecha, busqué la puerta sin marcas y golpeé dos veces.

Otra vez.

Tres golpes seguidos. Dos nuevos golpes, el último más fuerte.

Tapa, tapita...

“¿Hola?”, dije pegado a la madera, mirando a los costados por si mi voz llamaba la atención a los de las otras puertas. Miré por la mirilla, no porque pensara que se pudiera ver algo, sino para adivinar si había luces encendidas al otro lado. Pero no noté nada.

Otros tres golpes sonoros. Alguien de una oficina cercana se aproximó a su puerta, corrió la tapa de su mirilla e investigó quién era el sujeto que daba semejantes porrazos ahí al lado. Me examinó unos segundos, volvió a cerrar la mirilla y se metió para adentro.

Subí. Me encaminé hacia el portero, que seguía mirando su revista. Me apoyé contra el mostrador, esperando a que me hiciera caso. Seguía mirando su revista. Carraspeé un poco. Ejem. Seguía mirando su revista. “Disculpe”, dije.

Con toda la parsimonia del universo, giró los ojos levemente, entrece rrando los párpados, con una expresión en la cara que decía: “¿Quién osa interrumpir el sueño de Su Majestad?”.

–Disculpe, buen día –intenté ser amable–. ¿No sabe si hay alguien en El Archivo?

–¿Probó llamar? –contestó con displicencia.

–Claro –le respondí. Seguro que el portero había oído los golpes, al menos los últimos y más fuertes. Era una mañana de verano tranquila, no había muchos autos en la calle, no había casi movimiento en el edificio... Fijo que me había escuchado pegar porrazos a la puerta. Le seguí el juego:– Probé varias veces, pero no atiende nadie.

–Entonces no hay nadie –dijo con fina lógica, y volvió a la revista.

–¿No sabe a qué hora llegan? –insistí.

–¿Quién? –contestó sin dejar la revista. Había fotos de modelos en bikini.

–Los de El Archivo –intenté no ser demasiado grosero.

–Yo qué sé –espetó (él sí) grosero.

Todos sabemos que es imposible que un portero no esté al tanto de los movimientos mínimos de su edificio (quién entra, quién sale, quien está, quién falta), así que supe que mentía. Lo corroboré a continuación:

–A mí no me pagan por controlar a la gente –sentenció, y se le escapó una sonrisita de lado.

Así que era eso. “A mí no me *pagan...*” Plata. Será caradura, pensé. A él qué cuernos le cuesta decirme lo que sabe, está al pedo todo el día... Claro, mucho tiempo libre, pocas emociones, el trasero se agranda, la barriga crece, las horas se pasan... Comprando y leyendo revistas descubre que la información vale dinero. Y unos mangos extra para la jubilación no le vienen mal a nadie. Gordo botón.

Metí la mano en el bolsillo y rebusqué entre los billetes. Saqué uno de veinte pesos y lo apoyé en el mostrador.

–¿Seguro que no vio a nadie? –le dije mientras señalaba el billete con la nariz, exagerando el gesto.

–Uh... Juan Manuel de Rosas –dijo mirando la efigie de El Restaurador-. No me caen bien los federales. Yo siempre fui más partidario de los salvajes unitarios –me soltó con desprecio, volviendo su mirada a los escotes de las modelos.

“¡Gordo hijo de puta!”, pensé, porque cacé al vuelo sus intenciones. Revolví otra vez los bolsillos y di con el único billete de cincuenta que tenía encima. Lo cambié por el de veinte, aplastándolo con firmeza sobre el mostrador.

–¿Qué le parece *este* unitario? –pregunté mientras clavaba el índice en la frente de Sarmiento.

–Este me cae mejor –me contestó, y con una maniobra velocísima, imposible de imaginar en alguien con su pachorra, me arrebató el billete y me miró a los ojos.

–Hace como tres meses que no viene nadie. Eso está cerrado.

–¿Nadie de nadie? ¿Ni siquiera el viejito del monóculo? –intentaba rentabilizar los cincuenta pesos.

El portero/guardia escuchó “culo” y fue como si la revista lo llamara de nuevo. Volviendo la vista a las páginas, me contestó sonriendo:

–No, ni ése.

–¿Quién es el dueño de esa oficina? –quise saber.

–No sé. Cuando yo empecé a trabajar acá el archivo ese ya estaba ahí.

–¿Pero es un local alquilado al dueño del edificio, es propiedad de una empresa, de un diario, de alguien...? –me desesperaba perder cincuenta mangos para no averiguar nada nuevo.

– Supongo que el dueño será el ancianito. Es el único que no falla ningún día... Hasta ahora –me contestó encogiendo los hombros. Parecía sincero.

–¿Nunca faltaba? –intenté confirmar.

–No, ni un día. Caía a las ocho todas la mañanas y cuando venía el guardia del turno noche, seguía ahí adentro.

– Entonces le habrá pasado algo... –especulé en voz alta.

–Ah, eso no me consta... Lo único que sé es que de golpe no vino más. Ya le digo, tres meses, más o menos... –giró una página, donde había más fotos de modelos en bikini, cada vez más sugerentes-. Era muy mayor, a esa edad se resfrían y...

–¿Y trabajaba sólo ahí? ¿No había nadie más? –insistí, viendo que la atención que el portero me prestaba era cada vez menor.

–Ni idea. Venía mucha gente, no sé cuáles trabajaban ahí y cuáles venían de visita, como usted –respondió. Y cuando volvía a centrar *todos* sus sentidos en las fotos (incluso su nariz parecía olfatear el perfume de las modelos), me echó un vistazo de reojo y añadió, como de yapa:– Hace poco vinieron algunos, preguntando lo mismo que usted; primero una chica joven, después un tipo barbudo, más tarde un flaco rubio y por último una mujer mayor, muy elegante. Cuando les dije que no había nadie se fueron. Nada más.

Entonces sí, todo él fue un mensaje de despedida. Giró la cabeza, acomodó su gordura en el asiento, se reclinó un poco, estiró las piernas y sacudió la revista para que no se doblaran las puntas.

### XIII. PUNTOS

Me encaminé hacia Retiro como un sonámbulo. Sentía como si me hubieran cortado las piernas, o robado la billetera (bueno, esto último no estaba muy alejado de los hechos), o como si hubiera perdido el mapa del tesoro, o me hubieran cobrado un penal inexistente... Una mezcla de impotencia, injusticia y desdicha. De golpe se me había cortado la inspiración. Yo, que venía tan embalado, que había recuperado la fe, que había depositado esperanzas en esa sala enorme y plagada de ficheros, ahora estaba otra vez solo frente al Vampiro.

Entonces comprendí que El Archivo, al final de cuentas, había significado más de lo que imaginaba. Me había dado los puntos para unir con trazos y descubrir el dibujo. Ya tenía una parte, un contorno, pero me faltaba más para completarlo. “¿Y de dónde saco yo ahora la información que necesito?”, me lamentaba amargamente.

“De la hemeroteca”, me respondí. “O de internet, si sabés buscar y no te dejás llevar por cualquier página poco fiable”. ¿Así de fácil? Claro. Por fin tenía lo que me faltaba, aquello cuya búsqueda me había puesto en marcha: un rango de fechas, nombres, temas, casos, localizaciones... Ahora podía revisar publicaciones antiguas con tranquilidad, llamar a gente, preguntar, averiguar, sonsacar, jugar a ser periodista de investigación. Ahora todo era más fácil, y eso gracias a El Archivo.

Llegué a la estación del San Martín, saqué boleto para Villa del Parque y me metí en el andén. Mientras esperaba a la sombra intenté imaginarme qué mecanismo, clave o fichas habría empleado el anciano del monóculo para dar con aquellos recortes. Cómo había sido posible que, con tres o cuatro imprecisiones más, hubiera podido extraer esos documentos tan dispersos y, sin embargo, susceptibles de ser vinculados. Lo que yo había juzgado una tomadura de pelo resultó ser el producto de una búsqueda misteriosa y compleja en unos archivadores aún más misteriosos y complejos.

Entonces dudé. ¿Y si, después de todo, los hechos no están conectados? ¿Y si sólo es cuestión de tiempo y paciencia hilar una cosa con otra, como si fuesen consecuencia lógica, a pesar de que pudieran no tener nada en común? ¿Y si el viejo contaba con que yo construyera esos puentes entre acontecimientos dispersos para convencerme de que él había acertado en

su búsqueda? ¿Y si el único nexo de unión entre todos esos documentos era sólo mi imaginación?

Había una única manera para salir de dudas: continuar la investigación. Sería largo de contar y difícil de exponer todo lo que hallé en mis indagaciones posteriores, pero baste decir que jamás encontré una prueba contundente de nada, aunque tampoco un desmentido rotundo. Sólo pequeñas menciones, coincidencias en fechas, o nombres, o lugares, algún dato mencionado al pasar, una noticia insignificante pero curiosa... Dejé de buscar en la superficie y empecé a leer entre líneas, no porque los periodistas, policías o escribanos incluyeran verdades ocultas en sus textos iniciáticos, sino porque quizás estaban proporcionándome información vital sin ser conscientes de ello.

Así logré construir un edificio sólido, cerrado, redondo, compacto, sin filtraciones ni vicios ocultos. El único problema es que no se asentaba sobre los cimientos de hechos indudables, sino que estaba pegado con el cemento de mis especulaciones. Por lo tanto, no tuve más remedio que presentarlo como ficción, como producto de mi imaginación, como una *novela*.

Ahora mismo, cuando estoy a punto de concluirlo, no hago más que alimentar mis temores pinchando recortes de diarios en la pared, uniendo lo inconexo en un mapa coherente de conjeturas. Conexiones entre hechos dispares, teorías alocadas pero probables, vínculos entre lo mundano y lo trascendente. Es por esta razón que a veces creo que soy una pieza más en un plan mayúsculo, un engranaje menor en una gran maquinaria, un extra más en la escena. ¿Y si yo, mi novela y El Archivo somos también puntos en un dibujo mayor, hechos aislados destinados a unirse para provocar algo distinto que escapa a mi comprensión?

He vuelto a la calle Reconquista varias veces. El portero gordo ya no está. Tal vez lo pescaron traficando indiscreciones, o se aburrió de la monotonía. El nuevo guardia no sabe de qué le hablo, y me di cuenta de que la sencilla mención a El Archivo que estaba en el ángulo inferior izquierdo del panel ha desaparecido.

Así, de golpe y porrazo, ya no hay rastro de aquella cámara misteriosa, de aquella fuente de información atípica, de aquel misterio de los misterios. Se esfumó como un vampiro en la noche oscura, sin que yo pudiese saber jamás quién me había mordido el cuello y qué extraño efecto acabaría produciendo en mí.

Por eso, cuando me pongo a pensar en que en la ciudad podrían existir miles de lugares tan extraños como El Archivo, un escalofrío me recorre la espalda e intento evadirme sin salir de casa, para no enfrentar el mundo de sorpresas que puede aguardarnos detrás de cada esquina. Simplemente me quedo mirando la confortable y predecible televisión.



## EL ASESINO QUE NUNCA MATÓ A NADIE

Déjeme que se lo explique.

Lo tenía todo planeado. Era un plan simple, con dos o tres pasos: sorprender, inmovilizar y herir. O atacar y herir. O acechar, sorprender y herir. O acechar y atacar. Conocía bien el barrio, así que tenía que apalancarme en un rincón poco transitado, oscuro, y esperar al primer incauto; después debía acercarme con cuidado por atrás y, con un golpe bien dado, voltear a la víctima; entonces le tenía que poner la rodilla con todo mi peso sobre la espalda y clavarle la aguja hasta el cerebro. Limpiaba la aguja en la ropa del difunto y me iba caminando.

Era simple pero parecía efectivo. Hubiera preferido que fuese aún más simple, pero no quería que me agarrara la policía. Así que me vi obligado a adornar el plan con precauciones. La aguja era, por eso, clave. Se trataba de una aguja de tejer metálica, con unos treinta centímetros o más de largo y tres milímetros de diámetro; yo mismo me había tomado la precaución de afilar bien la punta con un viejo afilador de bicicleta que tenía en el galpón de casa. Hice pruebas ensartando pollos enteros, sandías, una almohada, una cabeza de lechón y demás objetos inanimados que ayudaban a hacerme una idea de la resistencia que podían oponer los tejidos humanos. Así concluí que, si tenía la oportunidad, preferiría atravesar la cabeza entrando por los oídos; mi segunda opción era pinchar la base del cráneo por la nuca y que la aguja subiera hasta la frente; la última opción era entrar por la mandíbula, la nariz o los ojos. Aunque la punta de mi aguja, con un golpe seco y certero, podía atravesar sin problema cualquier hueso de la cabeza.

La aguja era fácil de llevar, de esconder, de limpiar y, llegado el caso, de eliminar. Sin embargo, tenía una contra: podía ocurrir que la punción no fuese mortal, que provocase sólo alguna lesión cerebral menor sin llegar a matar. Hay gente que recibió balazos en la cabeza y puede contarlos. Por ello debía tomar una segunda precaución, esto es, que el atacado no podía saber quién lo atacaba. Para eso contaba yo con tres grandes aliados: la oscuridad de la noche, la sorpresa y la propia candidez de la víctima. Desde luego, no pensaba arriesgarme con alguien que pareciera paranoico o desconfiado, alguien que mirara mucho sobre sus hombros o que estuviese pendiente del más mínimo ruido. Convenía que la presa estuviera aislada del sonido por unos auriculares, abstraída del mundo, pensando en sus cosas; así sería más fácil arrimarse desde atrás sin ser notado.

Pero podía delatarme una sombra inoportuna, un reflejo inesperado, así que tenía que elegir muy bien el rincón oscuro desde donde atacar. Cuanto menos, debía asegurarme que la luz viniera de frente y que no hubiera vidrieras que denunciaran mi figura.

Finalmente, tenía que dar un buen golpe, cosa complicada de hacer mientras se está caminando. Era el momento más delicado del ataque, puesto que si fallaba podía llevarme una paliza o acabar entre rejas. Confié en que una buena patada en las lumbares, dada con fuerza y a la carrera, debía voltear a casi todo el mundo. Entonces sí, rodilla a la espalda, entre los omóplatos, y aguja en acción. Era un plan simple. Y de tan simple me asustaba. “¿Cómo pude idear yo semejante cosa?”, pensaba mientras afilaba la aguja.

Le aseguro que es triste darse cuenta de que uno es un asesino. Y mire que nunca había matado a nadie. Como mucho le di un pisotón a alguna cucaracha o un manotazo a los mosquitos. Jamás maltraté a un mamífero, reptil, ave o pez vivo. Pero cuando me di cuenta de lo que disfrutaba con sólo imaginar la punción mortal, la aguja provocando un extremo dolor en el oído interno antes de apagar toda sensación posible, supe que no iba a parar hasta verlo realizado; e incluso entonces querría repetir.

Con cada preparativo (comprar la ropa oscura para el camuflaje nocturno, escoger localizaciones durante largos paseos insomnes, trazar itinerarios de fuga por si algo salía mal, ensayar golpes y estocadas) sentía que

la sangre me hervía, que el corazón palpitaba de ansiedad, se me ponía la piel de gallina y se me revolvían las tripas de los nervios. Supuse que la primera vez me iba a costar mantener el pulso firme, e incluso la segunda y la tercera, pero que con la práctica aprendería a disfrutar con serenidad.

Los planes, aunque sean sencillos, llevan su tiempo. Idearlos puede ser cosa de minutos, ejecutarlos ya es otro tema. Cada día me volvía más impaciente y daba vueltas como un gato enjaulado esperando a que todo estuviera listo, a que ya me sintiera preparado para salir a la caza como un búho. Hasta que por fin encontré el sitio idóneo para mi bautismo de sangre, la fecha ideal (el invierno, cuando los posibles testigos escapan del frío encerrándose en casa a cal y canto), y me sentí listo y con energía para acometer mi plan.

Me calcé las ropas negras y opacas, escondí la aguja en la manga izquierda de la campera y salí de casa con destino a mi primer escondite. Entonces me pregunté qué estaba haciendo; no se puede ir por la vida dejándose llevar por los impulsos y los deseos, así sin más, sin oponer resistencia. Eso me dije: “No podés”. Es malo, no está bien, por más que nunca me encuentren, no puedo salir por ahí a matar gente como quien se va al bar, o a comprar cigarrillos, o al bingo, o de levante. Me moría de ganas, ardía por poner en práctica mi plan, mis pasos no se habían detenido y mi destino estaba cerca. Pero luché conmigo mismo y me aguanté. Cuando llegué al oscuro y arbolado pasaje de casas en ruinas donde pensaba pasar la noche, seguí de largo. Caminé sin parar, cada vez más rápido, como si fuera a perder el tren, dando vueltas por avenidas y calles bien iluminadas, violando el plan a propósito hasta que, con los primeros rayos de sol, volví a casa. Me dormí después de revolverme en la cama como afiebrado. Tuve pesadillas, pero no las recuerdo.

La mañana siguiente fue la verdadera pesadilla. Me desperté como siempre, algo cansado, pero tranquilo, sereno. No pensaba en la noche anterior, y de haberlo hecho me habría parecido parte de un sueño, algo irreal, imaginado, ficticio. Desayuné, hojeé el diario, escuché los informativos de la radio y me fui a trabajar.

Entonces sí, en cuanto puse un pie en la calle, dejé de ser yo mismo (o fui yo mismo, según cómo se mire) y en lugar de ver gente, personas,

sólo vi potenciales víctimas. El día entero fue horrible. Únicamente podía pensar en si este sabe que lo sigo, o aquel sería ideal, o ella caería con un empujoncito, o con este gordo sería imposible. También me percaté de que, no sé cómo, llevaba la aguja conmigo, en el agujereado bolsillo interior del sobretodo.

Durante el día fui un asesino. Entregué (sin quererlo) cuerpo y alma a la búsqueda de mi primer cadáver, aunque no llegué a poner en práctica el plan (entre otras cosas, porque la luz del sol me lo impedía). Si fuera delito imaginar un asesinato, yo me había ganado (en una sola mañana) la cadena perpetua.

Así que no volví a casa. Sabía que ahí me esperaban mi afilador, mi ropa oscura, mis planos del barrio... Sabía que no iba a poder evitar vestirme y consultar los mapas, y salir otra vez en pos de la muerte de un desconocido. Quizás esa noche no pudiera seguir de largo, tal vez el deseo fuera más fuerte (la pasión aumenta cuanto más prohibido es su objeto) y me ocultara en las sombras a esperar, y viera a mi víctima ideal, y la sorprendiera, la inmovilizara y la matara. No quería eso, así que no volví a casa.

Deambulé otra vez sin rumbo, persiguiendo la luz, y me dejé llevar por una larga avenida que se alejaba de la ciudad hasta convertirse en ruta. Y seguí por la banquina, sin mirar a los autos (impersonales, pequeños, incómodos, no aptos para mi plan). Cuanto más me alejaba del contacto humano, más notaba disminuir mi instinto asesino.

De este modo descubrí que lo mejor para mí y para los demás era que me aislase, que rehuyera todo contacto con el mundo habitado, que me escondiera en el desierto. Vagué por mil caminos y fui sometido incontables veces a la tentación del homicidio: mochileros simpáticos, paisanos trasnochados, fugitivos de la ley, indigentes... posibles víctimas de mis impulsos que sobrevivieron gracias a mi autocontrol, a que en el último instante me recordaba por qué estaba ahí, errando en solitario, evitando a esa pobre gente, escapando del destino que una broma de la naturaleza había puesto en mí bajo la forma de pulsión asesina.

Fueron días, semanas, meses y años de vagar solitario, cambiando constantemente de refugio, ocupando ranchos abandonados, durmiendo en viejos camiones aherrumbrados al costado de un carril de conchilla... Pero el riesgo seguía existiendo, pues mientras hubiera vestigios de pre-

sencia humana (por más remota o antigua que pudiera resultar), existía la posibilidad de contacto.

Así que seguí los caminos más descuidados, menos transitados; luego las huellas de tierra, los senderos de animales salvajes; y por fin me interné en el bosque silvestre. Trepé la ladera de la montaña, entre arbustos y ramas espinosas, alejándome de todo rastro de hombre o bestia, buscando un agujero en el que desaparecer para siempre de la faz de la tierra.

Y lo encontré: entre la maleza tupida, casi invisible, una caverna descendía por la roca hasta el corazón de la montaña, con aguas cálidas ahí, cámaras frías allá, manantiales puros y suelos blandos acá... La acondicioné para mí, la convertí en mi hogar, en mi templo, en la salvación de mi alma. Rara vez la abandono, sólo cuando se acaban las provisiones o necesito respirar un poco de aire puro (o recordar cómo es el cielo azul).

Esta cueva, a cientos (¿miles?) de kilómetros de mi casa y de sus planos y de sus ropas negras y de sus afiladores, sola, aislada, oculta, es imposible de encontrar, es el último lugar donde me buscarían. Porque sabía que, durante un tiempo, iba a ser buscado; no se puede desaparecer así como así. ¿Quién podía pensar que me iba a esconder ahí? ¿Acaso alguien podía imaginar los motivos? ¿Significarían algo para los investigadores los rastros de mis preparativos? ¿Acaso no los despistarían y alejarían más de mí? Yo estaba seguro, era imposible que alguien me descubriera.

Y sin embargo acá estamos, usted y yo.

Usted dice que se perdió, que iba con tres compañeros explorando la zona, buscando restos de alguna civilización perdida ¿O eran animales prehistóricos? Es igual, dice que se extravió, que se largó a llover, que parecía que el mundo se venía abajo, que se encontró con la caverna de milagro y que no se lo pensó dos veces. Entró.

Yo dormía en el rincón más sombrío, así que usted no me vio. Intentó llamar por teléfono a sus colegas, y mientras lo hacía me dio la oportunidad. No oyó que me acercaba. Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que pasaba cuando mi rodilla lo comprimía contra el suelo de piedra y barro. El golpe en la cintura demostró ser ciertamente eficaz.

Y ahora estoy con la aguja en la mano, compañera de viaje inseparable en estos largos años de exilio, único vestigio de mi vida anterior, talismán

del que, pese a todos mis esfuerzos, no he logrado deshacerme. Miro a la aguja, a su punta afilada con esmero, y lo miro a usted. Me pregunto esta vez quién podrá más: si el impulso arduamente reprimido, deseoso de realizarse por fin; o si mi moral de buen ciudadano, la que me trajo hasta estas sombras en medio de ninguna parte. El caso es que nunca había llegado tan lejos en la ejecución del plan. (Y está ese oído, que su cabeza de lado propone como orificio de entrada...) Sólo resta el toque final, "herir", la punción mortal...

Quizás, pese a todos mis esfuerzos, en el último lugar donde hubiera pensado que ocurriría, haya llegado el momento para dejar de ser un asesino que nunca mató a nadie.



*“Miro a la aguja, a su punta afilada con esmero, y lo miro a usted.  
Me pregunto esta vez quién podrá más”*



## LEMMINGS

¿Qué puede convertir a un hombre en un asesino ciego y voraz, capaz de destruir todo a su paso hasta anularse como individuo y devenir un muerto en vida? Para el comisario Roberto Bogatti, quien, además de algunos años de experiencia en la policía, detentaba un título de abogado, la cuestión no resultaba relevante. Era un hombre de acción, de guiarse por las evidencias más que por las conjeturas. Poco le importaban los motivos, porque podían variar en múltiples combinaciones, incluso algunas veces podían ser buenas razones; pero los hechos eran los hechos, y el bien y el mal se plasmaban en los hechos. Al menos así pensaba él.

Bogatti acababa de recibir un caso poco usual: un hombre de mediana edad, mediana estatura, mediana contextura y de clase media, se había introducido en un establecimiento educativo de nivel básico. Había caminado sin que fuese advertido hasta las aulas de primer grado y, por fin, había ametrallado a los alumnos y maestras sin contemplaciones. El episodio había durado unos quince o veinte segundos, y su resultado había sido treinta y tres menores muertos, diecisiete heridos, dos maestras en coma grave y un solo niño ileso.

El agresor fue detenido por la policía muy poco después del incidente, sin que aquél opusiese resistencia. Los oficiales lo encontraron en el lugar del hecho, sentado en el patio de la escuela, con el arma humeante recostada a su izquierda y un cigarrillo por la mitad en la mano derecha. Sin decir palabra, el hombre cumplió con todas las exigencias de los uniformados y soportó algún que otro ¿injustificado? golpe en absoluto y estoico silencio.

Evidentemente, Bogatti no tenía mucho para hacer: “las evidencias eran evidentes”, como gustaba decir, y con seguridad el hombre sería condenado a cadena perpetua. Pero ese día, mientras contemplaba los cuerpiitos ensangrentados y los guardapolvos blancos mancillados con el rojo que llenaba de horror a las madres, el comisario sintió como nunca deseos de internarse en la naturaleza humana, descubrir qué podía llevar a una persona a cometer un acto que escapaba al entendimiento de cualquier hombre común.

Apesadumbrado, Bogatti comentó el caso a su mujer, Elvira, cuando habían terminado de cenar. El comisario le pidió su ayuda para resolver el enigma y ella le contestó que había muchos locos dando vueltas, más de los que él se imaginaba, porque ésa era una época de locos. Y los locos, como todos saben, hacen cualquier cosa, son impredecibles.

La explicación de Elvira era formalmente correcta, entendía Bogatti, pero no del todo satisfactoria. La locura tenía que tener raíces en algo concreto, un episodio, una conjunción desafortunada de factores, una sustancia química, un golpe, una descarga eléctrica, un trastorno psicológico provocado por traumas de la infancia... Existía una explicación puntual y tenía que hallarla.

Bogatti despertó por la mañana luego de un sueño espantoso, donde tenía lugar un suicidio masivo de roedores en un acantilado. En su pesadilla, las criaturitas se lanzaban en una carrera frenética hacia el vacío sin razón aparente, y en su loca acometida arrastraban a un individuo ajeno a su especie. El casual intruso no podía evitar ser empujado por la marea enloquecida que se arrojaba hacia su final. Se trataba de un animal pequeño y solitario, alguna criatura nocturna sorprendida por el día, un ser poco visto, indefinible, que se iba ahora para siempre en el tumulto desenfrenado y suicida. Justo cuando caía al abismo, el comisario se incorporó en la cama, sin entender bien de qué se trataba todo aquello.

Elvira le tironeó las sábanas para cubrirse del fresco matinal y lo dejó a la intemperie de su habitación. El comisario se vistió y partió rumbo al trabajo. Sus pensamientos daban vueltas en torno a la matanza de los niños y recibían recurrentes visitas de las imágenes de la pesadilla. Escolares baleados y *lemmings* se mezclaban en una cabeza inusualmente sumida en conjeturas.

Por la mañana se hizo con el expediente que la comisaría tenía sobre la masacre. El asesino se llamaba Juan Menéndez y eso no le decía nada. Hasta el momento, Menéndez no había abierto la boca, y sólo pudo ser identificado porque portaba su documento el día del arresto. El domicilio estaba actualizado y no fue difícil obtener una orden de allanamiento. El departamento de Menéndez se ubicaba en la calle Agüero, a pocas cuadras de Santa Fé. La policía no halló nada de interés entre todas las cosas que el detenido guardaba en sus dos ambientes: no había libros o videos de contenido violento, ni de prejuicio racial, ni pedófilo, ni de otro tipo políticamente incorrecto; no había armas de fuego ni municiones, ni ningún tipo de elemento bélico; simplemente había una pequeña biblioteca con libros de investigaciones periodísticas de toda clase, novelas clásicas y *best sellers*, algo de filosofía y sociología norteamericana; también había una computadora personal cuidadosamente enfundada, un equipo de música apagado y una pequeña pila de discos compactos de diversos géneros. En lo que hacía de dormitorio, había una cama de dos plazas prolijamente acomodada, una mesita de luz sin polvo y la ropa ordenada en un ropero. La cocina estaba limpia y restaban guardar un plato, un tenedor, un cuchillo de mesa y un vaso, que se escurrían al costado de la piletta. El tacho de basura contenía restos de yerba mate, un pote de dulce de leche vacío y algún paquete de arroz o fideos. La mesada estaba impecable. En la heladera aguardaban latas de cerveza común, cuatro huevos, algo de lechuga y tomate, mayonesa, milanesas preparadas, una jarra de agua, un cartón de jugo y otro de leche, dos o tres mermeladas y no mucho más.

La policía se hartó del lugar y volvió decepcionada a la comisaría. Pero Bogatti era a quien más incomodaba la situación, puesto que el sentido que buscaba parecía escapársele unos pasos más adelante.

Juan Menéndez no habló ni siquiera con el defensor oficial que le nombraron. El letrado había tratado de hacerse oír en vano: Menéndez ignoraba sistemáticamente la presencia humana, simulaba estar rodeado por el vacío y cerraba sus oídos a cualquier palabra que se le dirigía. Actuaba decididamente como alguien que permanece en soledad, como si estuviese en un mundo paralelo donde los demás pudieran verlo a él pero él no a los demás.

Bogatti habló con algunos psiquiatras y psicoanalistas amigos, y ninguno supo darle la respuesta concreta que necesitaba: teorías, especulaciones y la imperiosa necesidad de conversar con el acusado era todo lo que oía cuando los consultaba. De todas maneras, esas charlas sirvieron al comisario para construir un posible perfil de Menéndez, perfil cargado de prejuicios e influido por la teoría de la locura que enunciara su esposa Elvira.

Cuando los policías confirmaron que Menéndez ya estaba condenado antes del juicio, suspendieron automáticamente cualquier esfuerzo orientado a ampliar las evidencias del caso. Con o sin móvil, Menéndez era sin dudas quien había entrado a una escuela a dispararle indiscriminadamente a cualquier cuerpo que se le cruzara por delante. Su negativa a hablar le restaba la posibilidad de defensa y, conforme pasara el tiempo, ya nadie querría oírlo: los medios hacían lo suyo y los jueces tenían pocas posibilidades de, más allá de lo estrictamente jurídico, otorgar otra pena al asesino que no fuera la máxima. Es más, no tardó en volver a aflorar la vieja discusión sobre la pena de muerte.

Pero Bogatti, día tras día, se obsesionaba cada vez más con el caso y no podía dejar de divagar soluciones improbables. Hasta que una mañana, luego de volver a sufrir la extraña pesadilla de los *lemmings*, tuvo ante sí una respuesta lo suficientemente coherente y mundana como para intentar corroborarla en la realidad.

Pensó en la posibilidad de que Juan Menéndez hubiese enloquecido por una extraña mezcla de aburrimiento, aborrecimiento natural a los niños e instintos violentos reprimidos durante la infancia. Se lo imaginó leyendo una novela de Stephen King por segunda vez, recostado sobre su prolijo cubrecama, sin otra alternativa que repasar nuevamente las mismas frases conocidas, detestando a algún personaje menor de edad por caprichoso y malcriado, con ganas de gastar energías pero sin saber dónde. Y entonces ocurre: ¡clin!, y el hombre sale a comprar un arma en los bajos fondos, la carga de municiones y aniquila a los alumnos de 1º "A" y 1º "B".

La mayoría de los elementos que había enunciado en su hipótesis los conocía, sólo hacía falta la confirmación, y había una única manera de lograrla: interrogando a Menéndez.

Había pasado ya mucho tiempo desde la captura. La sentencia, apurada por una eficaz gestión de la prensa, estaba ya a punto de salir. Bogatti quería saber la verdad antes de que Menéndez fuera a la cárcel; necesitaba, por primera vez, que hubiese un motivo detrás de la acción que merecía castigo. Así que el último día, cuando la sentencia fue leída, se hizo presente con la esperanza de lograr los diez minutos de conversación que necesitaba para demostrar su versión.

Ese día, Menéndez vestía traje y corbata, estaba serio y bien peinado. Lampiño, pelo castaño, ninguna seña particular ni rasgos pronunciados. Gris. Podía decirse que era un hombre del montón y, sin embargo, era a los ojos de Bogatti extra-ordinario.

Obviamente, Menéndez fue sentenciado a perpetua y la defensa no apeló. Antes de que lo llevaran a su destierro intramuros, a un exilio en una sociedad dentro de la sociedad, Bogatti cruzó a Menéndez y sólo atinó a preguntarle:

—¿Por qué lo hizo?

Menéndez, fiel a sí mismo, no contestó. Estudió a Bogatti con ojos muertos, como de vidrio, brillantes y ciegos, fijos. No parpadeó, no hizo una mueca ni expresión reconocible. Su entero rostro era la ausencia de emociones. Luego de breves segundos, se alejó con su custodia al destino final.

Bogatti se quedó impotente, derrotado. Cuando reaccionó pensó que utilizaría sus influencias para obtener el derecho de visitar a Menéndez día tras día hasta que hablara. Y mientras meditaba si sería o no una buena idea, volvió a casa. No tenía ganas de regresar a la comisaría, donde cualquier caso era ahora un asunto secundario. Un hombre acababa de ser sentenciado por unos hechos claros, pero por causas desconocidas. Bogatti no se sentía con fuerzas para enfrentarse al expediente, sólo quería llegar a su dormitorio y dejarse caer sobre la cama que Elvira había tendido por la mañana. Y así lo hizo.

Se quedó dormido.

Soñó nuevamente con el ejército de roedores enardecidos, desbocados, en marcha inexorable hacia el fin de sus vidas. Un suicidio en masa sin precedentes, una maratón hacia la nada absoluta. Y en el medio del tu-

multo, atrapada, una criatura incalificable arrastrada contra su voluntad a una muerte segura, sin posibilidad de defenderse, sintiéndose la única consciente de lo que se avecinaba en medio de una horda ciega.

Elvira le pegó un grito desde la cocina para avisarle que pronto iba a tener listos los tallarines. Roberto Bogatti se secó la saliva que le chorreaba por un costado de la boca y se puso de pie. Con el arma reglamentaria en la mano, Bogatti caminó hasta la cocina, donde Elvira colaba los tallarines y una cacerola humeaba los vapores de una salsa de tomates. Bogatti apuntó a la nunca de su esposa que, de espaldas, no imaginaba lo que estaba ocurriendo. Y disparó. Luego de ello, se sentó cabizbajo en una silla con el arma humeante en la mano derecha. La amartilló por última vez.

## CÓMPLICES

### I. LOCURA PROPIA

No sé por qué la gente piensa que uno tiene que ser cómplice de sus estupideces. No va el otro día un padre pelotudo con el nene, y me quiere usar a mí para darle una lección al borrego. ¿Pero qué se cree que soy yo, este salame? ¿El maestro Ciruela? El tarado viene con el pibe, se acerca al mostrador y le dice: “Andá, preguntale al señor del Correo si se puede recuperar una carta que ya fue enviada. Una vez que la mandaste llega a destino, no la pueden interceptar para traértela de nuevo y que la corrijas. ¿O no, señor?”. Yo, la verdad, no sabía a qué venía esa taradez, pero siempre pasa que un pibe se manda una cagada y el padre quiere explicarle cómo son las cosas usando a los empleados públicos. Los que más sufren son los policías, los de calle, que tienen que andar diciéndole a miles de nenitos insoportables que no se pega, no se roba, no se tiran piedras a los gatos y no se comen los mocos. Pero a nosotros también nos hinchan las pelotas, y mucho.

Y claro, ¿qué le digo yo al borreguito? La verdad. “Esto funciona para el culo, nene. Si tenés suerte, la carta llega a destino; así que ni sueñes con que la interceptemos en el camino”. Se ve que al padre no le gustó mucho lo que dije, porque me miró con una cara de boludo increíble, y después le dije al pibito, que estaba al borde del llanto: “No, Pablito, tu carta va a llegar. La mandamos por correo certificado, esas llegan seguro, ¿no cierto, señor?”. Y encima me guiñaba el ojo, el tarado, como si yo no me hubiese dado cuenta de que le estaba mintiendo al pibe. Yo me hice el nabo y seguí en la mía. “Qué sé yo”, le dije, “yo acá mando cartas. Si des-

pués llegan es un problema suyo". Entonces el padre se arrimó un poco más al mostrador y me dijo en voz baja, como para avivarme: "Le dije al pibe que no puede cambiar la carta de los Reyes Magos. Les pidió una bicicleta y ya se la tengo comprada, pero ahora quiere cambiar el pedido por una *PlayStation*, ¿me entiende? Le intento explicar que se va a tener que conformar con el primer pedido, ¿lo pesca?".

Yo pensé: ¿y qué culpa tengo yo si tu pibe es un caprichoso de mierda que no sabe lo que quiere? ¡Arreglate, gil, problema tuyo! No le dije nada, pero lo miré con una cara de orto que se entendía hasta en Marte; y después lo miré al borreguito y le dije: "Oíme, pibe, ¿cuántos años tenés?". Diez años tenía el boludito. "¿Diez años?", le dije yo, "ya estás grandecito para creer en la pelotudez de los Reyes Magos, ¿no te parece? A ver si te avivás, que los Reyes son tus papás, gilún. No mandés más cartitas que nos llenás el buzón de mierda, ¿clarito?".

El viejo me quería matar. Que se joda, el pelotudo, para qué me vino a romper las pelotas con sus problemas familiares. Como si uno se estuviera rascando los huevos todo el día y no tuviera otra cosa en qué pensar. Se fue a las puteadas diciéndole no sé que cosa de mí al nene: que yo era ateo, o judío, o que no sé qué de mentiroso. Que se vaya a cagar.

Pero ahí no terminan los boludos, no. La cosa sigue. Porque después vienen esas viejitas desorientadas, que no saben para qué viven, y te preguntan mil estupideces por minuto. La cola se acumula, la gente se impacienta y las viejas, como tienen frío para ir a la plaza a darle de comer a las palomas, se meten a pasar el rato. Y todavía se creen que te hacen un favor, que te dan charla, como si uno estuviera aburrido esperándolas. Hijas de puta, te tienen media hora ahí, y después no te compran ni una estampilla.

O las otras, las que te cuentan la vida de toda la familia. Mando esta carta a Bahía Blanca, donde vive mi sobrina, que se casó con el hijo del primo del boxeador famoso, ése que se murió cuando la última inundación, y que se había encamado con la actriz de variedades, la que estuvo casada con el productor que después se peleó con su hermano y puso un teatro aparte, que se fundió cuando mi otro sobrino, que es empresario, compró los derechos del musical inglés que hizo furor. Después se separó,

mi sobrina, pero se quedó allá porque tiene negocio, que lo montó ella por su cuenta, porque el marido era un vago. La verdad que hizo bien en separarse, porque él se gastaba todo en las carreras de caballos y en la bebida, era muy mal marido. Y a ella le va muy bien, porque siempre fue una chica muy emprendedora, que no se asustaba de nada... ¿Y a mí que mierda me importa su sobrina? Por mí, como si se la come una salamandra, me da igual. Mande la carta y no me moleste más, señora. No, pero son así, no se contienen. Y después te sacan parecidos con cualquiera: que su nieto, que el ahijado de no sé quién... Una me dijo que me parecía mucho a su primer-marido-que-en-paz-descanse, que tenía los mismos ojos. Yo, que estaba en un buen día, le pregunté: “¿Ah sí, y cómo eran los ojos de su marido?” Y la vieja chota me dice: “Como los suyos, negros, como los de un espectro, y medio estrábico era Jacinto”. Son insufribles. Y esperan que vos les sonrías y les hables de algo. Yo las mando a cagar enseguida, qué se creen.

Hay otro tipo de cómplices. Son los que creen que están mandando un paquete bomba, o algo así. Tipo espionaje o guerrillero clandestino. Vienen serios, mirando de reojo para todos lados, y sacan una carta del bolsillo interior de un abrigo grueso. Hablan bajito, para que no los oigan los demás, y siempre contratan algún servicio caro, para garantizarse que llegue, y rápido. Normalmente mandan cartas o paquetes a la loma del culo: ciudades ignotas del interior, Europa, México, China... Incluso hubo un estúpido que me ofreció guita para que me “olvidara del asunto”. Yo agarré los billetes, obvio, pero retuve su cara por si acaso. Después no pasó nada, pero si hubiera salido algo en los diarios, o la cana me hubiese preguntado, lo habría mandado al frente sin dudar.

Hace poco vino otro que parecía salido de un raviol. Se ve que no mandó una carta en la puta vida. Pero también estaba jugando a los espías o algo de eso. Vino y me preguntó: “¿Cómo puedo mandar un paquete a Inglaterra, con garantías de que llegue pero sin que allá sepan quién lo envió?”. Daba perfectamente con el perfil de *cómplice*. Me hablaba recostado en el mostrador, casi susurrando. Un pelotudo.

Le expliqué las miles de formas que tenía, e incluso le tomé el pelo: “Puede poner un remitente falso, si quiere, total...”. El infeliz estaba asom-

brado, y como era un inútil de primera, decidí que iba a anotar su nombre para cagarlo. Por boludo, nomás. “Necesito su nombre, para el papeleo de la certificación *express*”, le dije. Como no entendía nada, dijo que sí, pero volvió a preguntar si eso iba a quedar registrado, si el destinatario podía averiguar quién lo había enviado. “Quédese tranquilo, esto es entre usted y nosotros”, le dije. Narciso Sánchez Durán, se llama el forro. Tengo acá un papel con su nombre, el DNI, la dirección, el teléfono, todo.

Mandó un paquete a Inglaterra, a nombre de un tal Sir William Sterning. Como para no levantar sospechas. El boludo envolvió todo mil quinientas veces, con papel y cinta a rolete. No pesaba nada, así que me imaginé que estaba enviando alguna cosa chiquitita y frágil, o bien que no quería que se notase la forma del contenido y le había agregado capa tras capa para disimular. La cuestión es que era un paquete fluorescente que llamaba la atención a todo el mundo. Lo mandé y punto. Pero ahí no terminó la cosa, porque la gente es muy pelotuda y uno tiene que pagar el precio de su pelotudez. No va y cae otra vez el Narciso éste, y me pregunta si ya llegó el paquete. Otra vez me hablaba susurrando. Se pensó que, como le había explicado la forma de enviarlo sin remitente, ya éramos amigos de toda la vida, compañeros de causa o algo por el estilo. Lo corté en seco: “Yo qué sé”, le dije, para que se dejara de hinchar. Entonces me sonrío y, con esa postura cómplice que me saca de las casillas, me dice “Pero me lo podrías averiguar, ¿no?”. Ahí le vi yo un poco pinta de maricón. Por un segundo dudé de que fuera puto y quisiera otra cosa. Estos trolos son así, no tienen sentido de la ubicación, y les da igual si están en un bar o esperando a su hermanita en la puerta del colegio: cuando quieren garchar no hay límites.

Pero no, este era boludo pero no trolo. Le dije que aguantara un cacho y pregunté a los que están con las máquinas que se fijaran en la base de datos y esas mierdas nuevas que pusieron ahora para sacarnos el laburo. Computadoras de mierda, buzones automáticos y la concha de su madre. Mirá si será injusta la vida que esos armatostes no sólo nos dejan sin trabajo, sino que además no tienen que aguantar a la fauna de forros que vienen por acá: total, como no entienden nada...

A lo que iba. Al nabo este del Narciso no le gustó mucho que metiera a otra gente en su película de espionaje, y cuando les fui a preguntar a los de las máquinas me empezó a mirar con cara de psicópata-asesino-

infernol. En su momento se me dio por pensar: a ver si se le ocurre “eliminar cabos sueltos” y me lo encuentro mañana esperándome a la salida del laburo para meterme en el baúl de un auto y tirarme en una zanja del Conurbano.

La cuestión es que le dije que sí, que su paquete ya había sido entregado sin problemas. Al menos no constaba devolución. Y se fue medio pensativo, mirándome de reojo. Después no lo volví a ver nunca más.

Pero como este ya hay un par. O más. La gente vuelca sus frustraciones en el primer imbécil que tiene adelante. Y como yo no les sigo la corriente, hay un montón de tarados que se la agarran conmigo. Además del espía de Inglaterra, creo que hay unas cuantas viejas chotas que no me pueden ni ver, y una loca que vive haciendo trámites y mandando cartas certificadas por cosas de divorcio, que también me odia. La conchuda se la toma conmigo porque soy hombre, y empieza con eso de que son todos iguales, que las mujeres ya se van a dar cuenta, que los vamos a matar a todos, y no sé cuántos delirios feministas más. La amazona, se cree. Está bien, el tipo la dejó varada y sin guita, se fue al Caribe con la secretaria y qué sé yo qué más, pero la culpa no es mía. Yo se lo dije: “A mí no me venga con esa. Usted se casó porque quiso. Ahora jódase”. Para qué. Algún día se me va a armar un quilombo acá...

Tengo ganas de mandar este trabajo a la mierda y dedicarme a barrer calles. Me pagarán menos y voy a tener que andar todo el día entre cagadas de paloma, soretes de perro y meadas de humano, pero no voy a tratar más con la gente. Hay cada ejemplar suelto, de manicomio, que en una de esas terminás siendo cómplice de la locura ajena.

## II. LOCURA AJENA

*Gran Diario Argentino. Policiales.*

*Inexplicable homicidio*

***Asesinan a martillazos a un empleado de Correo***

*Un hombre encolerizado irrumpió ayer por la mañana en la Oficina de Correo de la calle Helguera al 2900 y se dirigió hacia el empleado Rodolfo Ciccio. Des-*

pués de proferir insultos, **golpeó reiteradamente la cabeza** de Ciccio con un martillo. La policía intervino rápidamente pero no pudo salvar la vida del empleado.

El asesino, Juan Pérez, no opuso resistencia y fue conducido a la Comisaría N° 47 de esta capital. La esposa del detenido, Susana Pérez, declaró consternada a la prensa que el agresor estuvo todo el fin de semana sin hablar y ayer partió al trabajo como de costumbre. Pero en vez de concurrir a la oficina de banco donde estaba empleado, **desvió su trayectoria al correo y perpetró su asesinato**. La esposa desconoce los motivos que lo condujeron al homicidio.

Según la señora Pérez, el detenido podría haber entrado en estado de emoción violenta el pasado día de Reyes, cuando su hijo arrojó por el balcón la bicicleta que le habían regalado y dijo a su padre **“yo quería una PlayStation, boludo (sic)”**.

Juan Pérez no tiene antecedentes y según sus allegados nunca había demostrado ser un hombre violento. Fuentes policiales informaron que habría firmado su **confesión** ayer por la noche, sin añadir datos que esclarezcan su conducta.

## UNA BUENA NOCHE

Era una espléndida noche de verano, de esas en las que corre una brisa suave, en las que el resplandor del sol se demora en el horizonte y las estrellas brillan claras en un cielo limpio. La luna, pálida e incompleta, se alzaba antagonista irrumpiendo (primero amarillenta, luego grisácea) en la oscuridad creciente del espacio infinito.

Era de esas noches en las que el cosmos entero invade nuestro pequeño planeta, en las que el cielo se convierte en una ventana hacia la eternidad del universo, fotografía de tiempos distantes, de lugares lejanos que quizás ya no existan. De esas noches mágicas en las que uno piensa en cursilerías acerca de la propia insignificancia, sin más remedio que aceptarlas como verdades reveladas, entre resignado y fascinado, maravillado y melancólico.

*Vamos a ver, señor lector. No se salteé las líneas anteriores como si se tratara de una mera introducción, un relleno retórico previo a zambullirnos en el quid de la cuestión. Es altamente importante que retenga la naturaleza cautivadora y placentera de esa noche de verano y las demás descripciones de ambiente que voy a realizar. Si no, no va a entender el valor de esta historia. Sigamos.*

Una noche de verano así sólo puede apreciarse plenamente en el campo abierto, apartado de cualquier vestigio de aglomeración humana. En el campo, las estrellas se muestran en todo su esplendor, como millones de pecas en un rostro celeste, como una enorme caravana de deidades en procesión circular, como ejércitos de brillantes armaduras comandados por generales inquietos.

Y el aire fluye libremente. En la llanura no hay obstáculos que detengan el caprichoso deambular de las corrientes, no hay muros, puertas o ventanas, no hay callejones sin salida, no hay bloques de rascacielos. En la llanura no hay. Sólo hay aire, y el aire se mueve, es maleable, dócil y a la vez inasible, libre.

En una ciudad (especialmente en una gran urbe) el *smog* apenas permite ver la oscuridad de la noche, a la diosa Venus enfurecida y a una luna avergonzada que se oculta tras el primer edificio que encuentra. Aparte, en su encajonada geografía de calles y callejuelas se forman bolsones de aire estancado, recalentado por el sol, el asfalto y el cemento ardientes, que se llenan pronto de olores fétidos e insoportable humedad.

La ciudad no se hizo para el verano, la gente huye de la ciudad en verano. El calor convierte las casas en madrigueras ensombrecidas donde los humanos se recluyen como animalillos asustados, tratando de acaparar el poco fresco que la generosidad del clima (o de la técnica) les haya otorgado.

Y la ciudad parece ser enemiga de la noche, a la que combate furibunda; furia que expresa en forma de luz; luz que expande hacia todas las calles, casas, avenidas, portales, plazas, estaciones... Para la ciudad, el anochecer es una amenaza, un augurio de peligros, el instante en que las fuerzas diabólicas emergen a la superficie y acechan en la penumbra. Demonios que danzan con los vahos fétidos y pegajosos del aire ciudadano, que se cuelan en las habitaciones insomnes para alterar la paz de los inocentes, empapando de sudor las sábanas, agitando la respiración, hurtando el poco oxígeno en llamaradas de fiebre y náuseas.

No, las buenas noches de verano, las mejores, están siempre en el campo.

*Y ahora me va a decir que usted es un urbanita y que estas cosas del campo y la ciudad le parecen una sandez digna de ecologistas trasnochados o tradicionalistas nostálgicos. Permítame que le diga lo equivocado que está. En algún momento de su vida usted se fue de vacaciones (aunque solo fuese un fin de semana) a algún sitio particularmente tranquilo, agreste. Allí debió de conocer una noche como la que le digo, profundamente pacífica, musicalizada por los grillos, el silbido de las copas de los árboles, quizás algún arroyo, río o el mar, las ranitas, aves nocturnas y la sensación de silencio. En la ciudad, a través de las ventanas desesperadamen-*

*te abiertas en busca de aire fresco, sólo se oyen las máquinas, se cuelan sonidos de motores, aparatos de aire acondicionado, ventilaciones forzadas, turbos, televisio- nes y radios de vecinos, aviones de línea, eso sin contar con las voces humanas que gritan y se pelean, o se ríen y no dejan oír los diálogos de la película que estamos viendo, no dejan concentrarnos en el libro que tenemos entre manos.*

*El silencio no existe en el verano de la ciudad. Y para pensar claramente hace falta silencio, o la sensación de silencio. Se trata de esa impresión de estar solo, de una uniforme tranquilidad, de que no haya nada que nos sobresalte, que nos llame la atención. El oído es un sentido permanentemente abierto, en constante recepción de estímulos. Jamás deja de percibir, pero a veces conseguimos que nos lo parezca. A veces conseguimos ese estado casi místico y entonces sí, sin palabras ni alarmas que interfieran en nuestra línea argumental, pensamos en paz.*

*Espero que me vaya entendiendo. Sigo.*

Estaba sentado (recostado, diría) afuera de la casa antigua, en una re- posera de madera y mimbre cubierta por una lona vieja. Ni la casa, ni la reposera, ni la lona eran mías. Eran de su dueño, pero quién sabía dónde estaba el dueño. Lo único importante es que yo había llegado hasta ellas, después de un largo camino, agotado de tanto andar (¿de tanto huir?) y ahora la casa (y la reposera y la lona) estaban ahí para mí. Mis piernas cansadas se relajaron al contacto con la cómoda superficie del asiento, mi espalda agarrotada cedió al impulso del descanso; la tensión de mis mús- culos, de mis nervios, de mi torrente sanguíneo, de mi sentido de supervi- vencia, disminuyó hasta niveles mínimos. Al fin la ansiada serenidad.

Miraba ligeramente hacia el este, intentando adivinar las constelacio- nes que aparecían de manera clara, poco a poco. Siempre fui un ignorante en materia de astronomía y dejé que fuera mi imaginación la que recono- ciera (aparte de las inconfundibles Tres Marías) formas y figuras estelares. Con las nubes es más fácil, todo sea dicho, son compactas, claras, nítidas, únicas. Las estrellas ofrecen miles de posibilidades para unir puntos y crear monstruos, princesas, castillos y caballeros. Sólo hace falta pacien- cia, paciencia e imaginación.

Las luciérnagas comenzaban a revolotear bajo, por entre los arbustos y pinos enanos, con su luminiscencia intermitente, remedo burdo del cosmos omnipotente que se desplazaba por la bóveda celeste. Parecían

desear ese parecido, jugar a ser astros, soñar con ser inmortales por un tiempo. Parecían hablar entre ellas, danzando afanosamente para simular el errar de los planetas.

Mi mente se llenaba de la naturaleza circundante. Contrario a lo habitual para mí (que es ver sin ver, percibir manchas pero construir imágenes artificiales, con añadidos imaginarios, abstraerme del presente y proyectar futuros posibles, soñar despierto), entonces sólo veía lo que mis ojos captaban, ni más ni menos. Ese cielo enorme y azul oscuro, ese discurrir pausado de la galaxia, ese presente absoluto de lo que es, de lo que está siendo, de lo que no importa cómo será. Percibía con claridad el sonido que produce el viento suave en la copa de los sauces y eucaliptos, el coro de grillos afinado en los pastizales, como un concierto magnífico que se oye por primera vez, con atención y curiosidad, con deleitada armonía. Lejos de cerrar los ojos para dejarme llevar, los abrí aún más, agudicé mis sentidos (olfateé los aromas de las flores y los pinos y la tierra húmeda, percibí el aire tibio acariciando mis brazos) y gocé del espectáculo natural como quien se acomoda en una butaca del cine.

*Reconozca que usted es como yo, que rara vez atiende realmente a lo que tiene delante, que siempre está con la cabeza en otra parte. Es nuestro destino: siempre estamos donde queríamos estar hace un momento, pero no donde queremos estar ahora. Así que cuando llegamos por fin a la meta propuesta, sólo tenemos ganas de partir (o de volver).*

*Cuando vemos algo, intentamos ver qué fue, o qué será, y entonces lo imaginamos. Por lo tanto, no lo vemos, sólo percibimos lo que nuestra mente ve en él. Siempre estamos pensando en cómo me habría sido útil en el pasado, o qué utilidad le daré en el futuro. No lo vemos como algo que está ahí, porque nosotros no estamos ahí. Vivimos entre la planificación y el remordimiento, entre la esperanza y la nostalgia, entre el desafío del mañana y la oportunidad del ayer.*

*¿A que cuando está en el trabajo, querría estar en casa; cuando está en casa, desearía estar en casa de su madre, o en el campo de fútbol, o en el bar, o en el teatro, o en el museo; cuando está allí, querría estar de vacaciones, lejos, en algún lugar paradisíaco o con mucho movimiento; cuando está de vacaciones le gustaría estar con los compañeros de trabajo para contarles cuanto ha visto y vivido; cuando regresa desearía estar muerto; y cuando está a punto de morir preferiría vivir unos días más?*

*Vamos, reconózcalo. En vez de disfrutar del momento, usted (como yo) es de los que saca fotos para ver más tarde; y cuando mira las fotos se arrepiente de no haber aprovechado mejor el tiempo.*

*Usted, como yo, siempre está en el pasado, recordándose o arrepintiéndose; o en el futuro, en lo que hará cuando tenga la oportunidad, en lo que le espera mañana, o pasado, o dentro de veinte años. Su vida es un balance con debe y haber, con gastos pasados y gastos futuros, sin conciencia del gasto en sí. Por eso es tan complicado imaginarse que, por un momento, alguien pueda estar en el presente y ser en el presente. No obstante, inténtelo.*

Ahí me encontraba yo, perdido en el medio de la llanura, a más de un kilómetro de la ruta recta y aburrida que atravesaba los campos verdes. Excepto por el anillo de árboles que rodeaban la casa antigua, oculta a mis espaldas, no había casi nada que perturbase la infinita línea del horizonte, ni una loma, ni un poblado, ni una ermita. Nada de nada, tan sólo un conjunto de eucaliptos que, a la distancia, parecía un grupo de pingüinos acurrucándose para aguantar el frío. No hacía frío, al contrario. Pero eso ya lo dije.

Perdí la noción del tiempo. Mejor dicho, perdí la noción de los segundos, los minutos y las horas. Porque el tiempo transcurría, no sé si lento o rápido, pero transcurría. La cuarta dimensión, la del cambio, estaba en acción, con un ritmo propio, distinto al que marca el *tic-tac* de los relojes. Sólo sé que el resplandor del sol desapareció por fin en el oeste, y que sobre mí todo era negrura y estrellas, y constelaciones que jamás reconocería, y una luna tímida, casi llena, que ponía un poco de claridad pálida sobre el campo eterno. Todo ello habrá demorado quizás horas, maravillosas horas en las que casi nada parecía suceder, y en las que sin embargo pasaban cosas. Los astros se desplazaban imperceptiblemente, o visiblemente lentos y toscos como el sol y la luna. Las luciérnagas titilaban, y eso marcaba un compás de tiempo irregular, una sucesión de acontecimientos caóticamente ordenados.

Fue por eso que pude darme cuenta con tanta antelación de que venía la policía.

Comenzó suavemente, como un quiebre ligero del orden natural, una anomalía artificial, aunque mínima, imperceptible en el descuido, estri-

dente y torpe en la vigilia. Un destello, y luego dos, y luego más. Y ese zumbido alocado, agudo, como un lamento *in crescendo*, el aullido frenético de un perro de presa enloquecido por el olor a sangre.

Los oí a la distancia, con sus sirenas inútiles al máximo volumen, las luces titilantes (uniformemente titilantes, muy distintas al aleatorio y armónico titilar de las luciérnagas), los motores exasperados, la polvareda brillando a la luz de la luna por el camino de conchilla, el rápido abrir de puertas, cargar las armas, gritar, correr, apuntar. Gente de ciudad, siempre con prisa y de mal humor.

*¿Le sorprende el dispositivo? Sí, a mí también me sorprendió. Ya sé que lo que voy a narrar parece sacado de Hollywood (en parte lo es, la memoria es así, mezcla y reconstruye, añade recuerdos falsos a los verdaderos haciéndolos indiscernibles); sin embargo ocurrió.*

*Yo esperaba (o deseaba, nunca lo sabré) la aparición solitaria de un detective inteligente, mi desconocido y digno rival, el que habría atado los cabos con parsimonia y dedicación, el que se habría obsesionado conmigo, el que habría hecho del conocimiento sobre mi persona una ciencia, el que habría deducido (abducido es más correcto) mis últimos movimientos, el que habría jugado su pellejo a que yo iba a estar esa noche ahí, como obligado por la lógica del ajedrez.*

*Como en los buenos policiales, lo imaginé solo, aproximándose por mi espalda, con su arma enfundada pero preparada para emerger en cualquier instante, hablando despacio y sin presentaciones, como si nos conociéramos de toda la vida (para él habría sido así), aguardando que mis respuestas verificasen su acertado razonamiento, confirmasen que sabía más de mí que yo mismo.*

*Pero no fue de esa manera; en cambio, vinieron policías en tropel, como si en esa casa hubiese estado cobijada (o como si yo mismo encarnase a) toda la mafia.*

Me rodearon en un santiamén. Había, creo, unos seis, ocho, diez policías de un cuerpo especial de asalto, con casco, chaleco, máscara y fusil; después había cuatro o cinco agentes comunes de uniforme y dos más de paisano, todos con chaleco. Me gritaron “¡policía!” y me ordenaron poner las manos arriba, a la vista, y que no me moviera. Eran órdenes contradictorias y no sabía a cuál responder. ¿Mover o no mover? He ahí la cuestión.

Mis manos descansaban ostensiblemente en los apoyabrazos de la reposera y, aunque no estaban “arriba”, opté por dejarlos así. Pensé que el más mínimo temblor de mis músculos podía asustarlos. Y el miedo nos obliga a hacer cosas que no deseamos. Podían disparar en cualquier momento y yo no tenía intenciones de morir, no aquella noche.

Curioso, una docena o más de hombretones asustados por el posible temblor de, pongamos, un dedo.

*No era para menos. No me alcanzaban las manos para enumerar a todos los policías que había matado a lo largo de mis días de locura y desenfreno. Había dejado muchos uniformes manchados de sangre, muchas viudas (y viudos) y huérfanos, mucho “en cumplimiento de su deber...” (Si lo hubieran cumplido bien, como corresponde, probablemente no habrían muerto; pero esa es otra discusión.)*

*El primero había sido un pobre patrullero. Se había acercado a mi departamento, alertado por un vecino que dos por tres denunciaba ruidos molestos. Lo recuerdo muy bien, la primera vez nunca se olvida. Estaba yo entregado a mi flamante motosierra. Entonces yo era muy soberbio, petulante, me creía inmortal. Gozaba cruelmente de mi omnipotencia presumida, de mi falta de límites, de mis impulsos más retorcidos y salvajes, sin freno, sin conciencia, sin más intenciones que las de hacer mi voluntad, obedecer a mis caprichos.*

*El policía golpeó la puerta con fuerza (no lo oí, pero había llamado antes al timbre) y finalmente la derribó. Al ver el espectáculo dantesco, a mí, a mi motosierra y al cuerpo mutilado (ahórrenme los detalles, la chica tenía una familia a la que no creo que le interese saber qué estaba haciendo yo con ella) titubeé, tembló, intentó sacar su arma con torpeza... Mientras, yo había avanzado pacientemente con la motosierra en marcha y la sonrisa burlona en los labios. Lo primero que hice fue cortar el brazo de la pistola. Y después la cabeza.*

*A partir de entonces fui un hombre muy buscado (el que más). Cuando conseguían cercarme, me abría paso a fuerza de cuchillos, navajas, cortaplumas, picahielos, abrecartas, katanas, sables, serruchos, sierras, limas, tijeras, trinchetas y demás elementos cortantes. Segaba, trinchaba, serraba, rompía, partía, cortaba, desmenuzaba, destripaba, degollaba, descosía... Adquirí modales letales, movimientos certeros, temerarios. Aprendí a estudiar los escenarios, a elegir ubicaciones, a esperar, a sorprender, a pensar en todas las posibilidades, a matar como quien se viste, o come, o anda en bicicleta.*

*Si se piensa con atención, fue todo en defensa propia. Hombres armados irrumpían en mi hogar, me amenazaban... ¿qué otra cosa podía hacer que defenderme? Sin embargo, aquella noche yo no estaba en mi casa, estaba en comunión con el universo, en un estado mental de éxtasis, difícil de alcanzar y de comprender. ¿Cómo podía hacerles daño?*

*Pero ellos no eran abogados ni filósofos, eran policías. Y los policías no entienden de sutilezas legales o místicas. Así pues, querido lector, no fanfarroneo cuando digo que esos hombres me tenían miedo.*

Se hizo un (para ellos) incómodo silencio, pues yo no hablé ni realicé movimiento alguno. Ya estaban en posición, el gran despliegue había acabado. Se iban acercando con cautela, muy despacio, de a milímetros, con sus catorce o más cañones apuntándome.

Yo oía. La pieza musical para coro de insectos, sauces y eucaliptos se vio profanada por el arrastrarse de pesadas botas sobre el pasto húmedo, por el roce de la ropa en movimiento, por la respiración agitada y nerviosa, por los motores en marcha...

Recostado como estaba, viré mis ojos hacia arriba y comprobé que allá no había cambiado nada. Con la vista en el cielo no divisaba a quienes me rodeaban (los sentía, pero no podía verlos). Por un instante (iluso, inocente) intenté recuperar la placentera sensación de contemplar pasivamente el espectáculo natural, pero no me fue posible. Un metal frío se apoyó contra mi cabeza, mientras una voz decía "quedate quieto". En eso estaba.

*Como acotación al margen, debo decir que sentí un pasajero deseo de salir (literalmente) volando, despegarme de la reposerera, flotar hacia ese como infinito, alejarme de esos jadeos y pisadas y motores, de esa peste a transpiración; recuperar la brisa suave y el cielo negro y estrellado, fundirme en él como un viajero del espacio. Pero como no pudo ser, tampoco conviene detenerse mucho en ello.*

No sé cuánto tiempo pasó entre las palabras y las esposas. No estaba prestando atención. Me había dejado llevar (mejor dicho, había *intentado* dejarme llevar) por mis ansiosos deseos de gozar, por última vez, con la grandeza del firmamento. Me esperaba una perpetuidad de cielos recor-

tados por ventanucos con barrotes y enrejados, así que sentí la obligación de disfrutar al máximo los últimos instantes de cielo abierto. Pero, como todo lo que se hace con desesperación, no conseguí mi objetivo. Estaba tan concentrado en abstraerme de los policías, que no logré concentrarme en mis sensaciones.

Mientras me zamarreaban, me golpeaban y me apretaban las muñecas, no pude ya apreciar forma alguna en la unión de puntitos luminosos, ni percibir el lento trascurrir de la luna, ni traducir en música las voces de las ranitas. Para cuando me di cuenta de que ya no tenía sentido seguir intentándolo, estaba boca abajo, mordiendo césped y tierra negra, escupiendo sangre y con un fuerte dolor de cabeza.

*Y ya no recuerdo nada más de aquella noche. Cuando me desperté estaba en una celda y ya era mediodía. Hacía calor, el aire era húmedo, encajonado, y apesataba a orina; se oía el bullicio de una refriega en el lejano patio de la cárcel y unos zapatos retumbaban en el pasillo.*

*El guardia llegó a mi puerta y se paró tan cerca de los barrotes que le habría arrancado las tripas con las manos por su imprudencia, pero me dolía todo el cuerpo y preferí ahorrar fuerzas. Entonces apareció un policía de paisano, inspector casi seguro, y mirándome como si yo fuese un raro animal de zoológico, le dijo al guardia: "No puedo creer que lo hayamos atrapado tan fácil". Y el otro le respondió: "Fue una buena noche, jefe".*



## SOLILOQUIO

No tenés excusa, Narciso, porque lo viste venir. Te diste cuenta casi enseñada. Podrías haber hecho algo para cambiar las cosas. Pero no, vos siempre esperando el milagro. ¿Por qué Dios, o alguien como Dios, habría de obrar algún milagro para vos? ¿Qué tenés de especial? Y si no es Dios, es la suerte. ¿Por qué la suerte te iba a sonreír un día, de golpe? ¿Por qué pensás que te va a tocar la lotería cuando nunca compraste un billete? ¿Cómo esperabas que cambiasen las cosas cuando te dejaste llevar por la inercia?

Sí, “las cosas”. ¿Qué cosas? Esas cosas tienen nombre, y vos supiste lo que eran. Pero no hiciste nada.

Todavía te acordás como si fuera ayer de la casa de aquel tipo. En un barrio normal, clase media, tirando a pobretón. El hombre vivía en un edificio viejo, al fondo de un pasillo largo y casi interminable, como si la ciudad lo quisiera aislar y mantener apartado del resto.

Vos llegaste junto con el político del barrio, el que manejaba todo. ¿Cuántos años tenías entonces? ¿Dieciséis, diecisiete? Ya entonces eras bastante observador. No te fiabas del político, siempre insistiendo en el compromiso, en involucrarse. Vos ibas a lo tuyo, a tu revista vecinal, a dibujar, a escribir, a sacar fotos, a diagramar.

A eso habían ido a la casa de aquel tipo. A hacer la revista del barrio. A pasar en limpio los poemas de los jubilados, a dejar bonito el aviso del carnicero, a informar a los vecinos sobre lo bueno que era el político.

Era de noche, acababa de ponerse el sol. Te recibió en la puerta el ladrido de un perrito feo, sin raza, maltrecho, con las patas cortas, el andar torpe, el hocico pequeño y muy mal carácter. No valía para mucho, el pobre pichicho. Pero sólo era el anticipo del resto.

En torno a un patio se distribuían las dependencias del departamento. El patio tenía baldosas antiguas con guardas que te recordaban a los dibujos geométricos de Escher, aunque más simples. En el centro, una rejilla de desagüe mal encajada. Contra las paredes descascaradas se apoyaban viejas macetas rajadas con plantas raquílicas, enfermas o mal podadas. En algunas macetas sólo había tierra seca.

Entonces oíste la voz de una mujer mayor, muy mayor, que preguntaba de mal humor quién había entrado en su casa. El tipo contestó que tranquila mamá, son unos amigos. Y la vieja refunfuñó algo que, aunque no llegaste a oír con claridad, sonó como otra vez trayendo gente rara a casa.

El tipo los hizo pasar a su habitación y vos no perdiste ni un detalle: ni el calendario de Tolkien dibujado por John Howe, ni la pila de CDs (una tecnología relativamente nueva para la época) encabezada por el primer *Tubular Bells* de Mike Oldfield. No pudiste evitar echar un ojo sobre las estanterías de libros, donde se apiñaban títulos como *La rebelión de los brujos*, de Pauwels y Bergier, *El péndulo de Foucault*, de Eco, las obras completas de Borges, algunas piezas de Von Dänicken, *El Capital* de Marx, *El ser y la nada*, de Sartre, o un ejemplar de la *Eneida* en latín, entre muchos otros.

También viste la computadora, ahí, en un sitio privilegiado, desplazando la cama a un rincón algo húmedo. La PC, como se le decía entonces, una bastante nuevita y con *hardware* suficiente como para montar la revista en poco tiempo, sin las eternas esperas que otras máquinas menos dotadas obligaban a soportar. Pero también viste la guitarra eléctrica, el amplificador y los altavoces ahí, en el otro rincón, siguiendo ese cable extraño que salía desde atrás del CPU. Y, junto a la guitarra, papel de impresora y papel impreso. El tipo diría luego que eran sus novelas, sus cuentos, sus ensayos, además de alguna que otra canción o poesía.

Pero aparte de todo eso, cómo olvidarlo, lo viste a él, a ese tipo treintañero, algo descuidado en su aspecto, mal afeitado, con una barba candado a la moda, la cabeza calva arriba pero melnuda en la nuca, como un roquero *heavy* entrado en años. Su barriga era indisimulable, pero no era gordo. Vestía así nomás, con una remera gris algo arrugada, unos vaqueros desgastados y dos números más grandes, zapatillas de correr marrones o grises, o blancas y sucias.

El tipo habló. Vos ya lo habías escuchado antes, la primera vez que había pisado el local del político. Entonces te pareció un tipo entusiasta e informado. Incluso culto. Pero cuando habló ahí, en su casa, lo viste más claro. Era un charlatán. O no exactamente un charlatán. Un aficionado. Un listo-que-todo-lo-sabe. Un de todo un poco y un poco de nada. Un diletante. Un fracasado.

¿Te acordás de cómo te diste cuenta? Al principio te lo tomaste en serio. Lo respetabas. La edad impone rango, y él casi te doblaba la edad. Y vos lo oías hablar y parecía que el tipo sabía de todas las cosas. Rebatía al político, polemizaba, argumentaba, citaba fuentes. Eso sin contar con su experiencia. Había hecho de todo: una revista literaria, un grupo de música, un movimiento político-estudiantil; había trabajado en mil lugares distintos, desde un diario hasta una estación de servicio, además de haber sido celador, chofer de camión, empleado público, kiosquero, vendedor ambulante y su empleo de entonces, mozo de bar.

Lo primero que pensaste fue que el tipo estaba preparado para la vida, que él siempre iba a encontrar salida. Había estudiado en un colegio industrial, pero después se había metido en Filosofía y Letras. No dijo en qué carrera, y a vos te pareció sospechoso. No había terminado, según él, porque aquello era arcaico, inútil. También había hecho cursos de cualquier cosa, desde reparación de televisores hasta cocina natural. Sabía de todo.

Reconocelo. Te dio envidia. No deberías sentir vergüenza por admitirlo. Al final de cuentas, fue gracias a la envidia que tomaste consciencia de quién era aquel tipo. Como buen envidioso, le empezaste a buscar defectos. Es feo, es soberbio, vive en una pocilga. Nunca le publicaron un libro, ni un cuento, como no fuese en su pasquín fotocopiado que se vendía a un peso en el subte y que él llamaba "revista literaria".

¿Su grupo de música? Efímero e ignoto. Nunca un laburo estable, nunca un puesto importante. Nunca un proyecto exitoso. Nunca una *mujer*...

Durante todo el tiempo que habló (y habló mucho, demasiado) no le oíste nombrar a una mujer que no fuese su madre. Su vieja y enferma madre. En la pieza no había ni una sola foto, ni siquiera de su familia. Y a tu edad, las minas lo eran todo. Fue así que empezaste a desenrollar el ovillo y te preguntaste: ¿de qué te sirve todo eso que sabés, todo eso que viviste, si al final vas a estar solo en una pocilga, arruinado, alardeando para un

triste público compuesto por un pibe de dieciséis o diecisiete años y un político de barrio al que sólo le interesa tu PC? ¿De qué te sirve decir que te las sabés todas, cuando los hechos parecen demostrarte lo contrario? Si tan vivo sos, si tan claro lo tenés, ¿qué carajo hacés laburando de mozo, encerrado en una pieza, empezando mil cosas que nunca vas a terminar, abarcando tanto para no apretar nada?

Lo viste. Te viste en él. Viste tu futuro, y supiste que era el tuyo porque, hasta hacía unos momentos, habías sentido envidia de ese tipo. Habías querido ser *como él*. A vos también te gustaba leer de todo, opinar de todo, hacer de todo. Eras un artista en potencia, un intelectual, un hombre de mundo. Y cuando lo viste a él creíste dar con el ejemplo que necesitabas, con la demostración tangible de que aún quedaban todoterrenos en el planeta, el hombre-total.

Pero enseguida te diste cuenta. Era un fracasado. No digo un *loser*. Ser un *loser* es un problema social. Es la sociedad la que te dice si sos un *winner* o un *loser*. En cambio, ser un fracasado es un problema personal. Sos vos el que fracasás y te sentís un fracasado, porque sos vos el que te marcaste las metas y los objetivos. Fracasar es perder contra vos mismo.

El tipo era un fracasado. Vos no sabías bien cuáles habían sido las metas de su vida, pero sabías que no las había alcanzado. Y ahora se dejaba arrastrar por la inercia, girando sobre las mismas cosas en espiral, como el agua que se va por las cañerías con destino a las cloacas, siempre hacia abajo.

¿Qué podía salvarlo? ¿Dios? ¿La suerte? ¿Un golpe de suerte? ¿La lotería? ¿¡La lotería! ¿Por qué siempre creemos que un montón de plata nos va a arreglar la vida? Pensá, ¿qué hubiera hecho ese tipo con un toco de guita? No creo siquiera que se hubiese mudado. Al menos no inicialmente. Para empezar, habría invertido el dinero en algunos proyectos inútiles. Se habría comprado una guitarra mejor y una PC más potente. Se habría dedicado a investigar a los OVNI's y algunos otros misterios, pero se habría aburrido; no era un tipo tenaz, y habría abandonado una investigación por otra, y luego por otra, y así hasta dejar empezadas mil líneas de trabajo sin resultado alguno.

Entonces habría intentado recuperar el tiempo perdido y habría salido de levante con la burda técnica de llevar un manojo de billetes en la

mano, ponerse trajes caros y viajar en taxi. No obstante, aunque la mona se vista de seda, mona queda, y poca o ninguna mujer habría hecho caso a ese patán disfrazado con escasos modales y nulas habilidades sociales. Así que habría comenzado a visitar prostíbulos, hasta adquirir casi una adicción, teniendo lo que querría sin más sacrificios que desprenderse generosamente de su dinero. También, por qué no, habría llevado alguna prostituta a casa, para intentar convencer a su senil madre de que por fin era un hombre de verdad y que había conseguido una novia; pero la vieja cascarrabias no habría sido tonta, se habría dado cuenta y se lo habría echado en cara, humillándolo, destrozándole la moral y la autoestima. Entonces él habría centrado su odio hacia esa madre terminal y habría proyectado en ella todas las causas de su frustración, convirtiéndola en el único lastre que le impediría ser feliz, realizarse.

Impotente por los tabúes de la sangre, se habría dedicado a esperar tres, cuatro, cinco años hasta la muerte natural de su progenitora, habría vendido la casa (o la habría alquilado, o la habría dejado venirse abajo), se habría mudado (entonces sí) al centro y habría comenzado a hacerse ver en bares, cafés y otros ambientes intelectuales. Una nueva vida al fin habría comenzado. Pero en todos esos lugares lo habrían marginado, excepto cuando su dinero o sus medios resultaran útiles para algo (como lo habían sido entonces, cuando fuiste a su casa con el político de barrio porque el tipo tenía una PC superdotada). Él habría acabado por darse cuenta de que sólo lo estimaban por su dinero (la lotería, la bendita lotería) y se habría sentido molesto, indignado, frustrado otra vez. Entonces habría vuelto a las putas. Total, si sólo lo iban a querer por la guita, mejor con ellas que con los otros.

Pero el engaño dura poco, y él habría caído pronto en la cuenta de que no hay ficción capaz de sustituir a la realidad, de ocultarla por tiempo indefinido; las caricias que el dinero puede comprar jamás son espontáneas, irreflexivas, alentadas por el afecto. Y esto último habría sido el único objeto de su deseo.

Así que algún día se le habrían cruzado los cables, quizás por rencor a la sociedad, o por reconocer internamente su fracaso, y entonces habría cometido una locura, un ataque de ira. Tal vez, en alguna afiebrada salida nocturna, inducido por el alcohol, alguna droga o su propio despecho,

habría culpado a alguna meretriz de mentirle, de engañarlo como todos, de tratarlo como a un idiota, a un inútil; y él, le habría explicado, no era un inútil. Ella habría negado cualquier acusación, asustada y desesperada por abandonar a ese tipejo iracundo; pero él, ciego de rabia, la habría matado.

Y entonces habría terminado por volverse loco del todo. Semejante experiencia lo habría marcado definitivamente, lo habría hecho sentirse vivo, renacido de sus cenizas. Le habría dado la sensación de acceder a un nivel de conciencia superior, inalcanzable para ese común de los mortales que lo habían despreciado y denostado a lo largo de su mísera existencia. Al fin habría encontrado una vocación, un sentido a todos los saberes acumulados a lo largo del tiempo, a todo su arte y su magia. Todo habría cobrado sentido a sus ojos. Se habría convertido en un asesino en serie.

Habría buscado mil ingenios para desollar a sus víctimas, mil tretas para atraer sobre sí la atención de los investigadores; se habría regodeado con la efímera fama que sus crímenes le habrían dado en los medios de comunicación y se habría creído el centro del Universo. Pero habría seguido siendo el mismo de siempre, descuidado en los detalles, demasiado soberbio para admitir un error. Su delirio le habría impedido notar que dejaba más huellas de las necesarias, que su firma era un *identikit*, que en lugar de alcanzar la sabiduría o el éxtasis místico sólo propiciaba más y más información a sus perseguidores. La policía lo habría detenido *in fraganti*, sin mucho esfuerzo.

Habría acabado sus días preso, o suicidado. Quizás peor: en el manicomio. Encerrado de por vida.

¿Seguís pensando ahora que la vida se arregla ganando la lotería?

No, no hay escapatoria. Tuviste tu oportunidad de apartarte del camino, allá lejos y hace tiempo. Pero seguiste adelante. Y ahora no hay vías de escape, no hay marcha atrás.

De nada te sirve culpar ahora al *destino*. Es un mal escudo, incoherente con tu mística invocación a la suerte. El destino no existe. Ni como meta final de un ser humano (o de la humanidad en su conjunto) ni como fatalidad irrenunciable, final anunciado, maldición o bendición. El destino no es más que un concepto caprichoso por el cual intentamos explicar

acontecimientos inesperados, desgracias recurrentes, o por el que pretendemos conectar supuestas señales en una trama compleja dispuesta para nosotros por alguien o algo.

Todos sabemos que no es así. El destino es, todo lo más, el lugar donde acaban tus días, es la meta hacia la que te llevan *tus* pasos, los que das día a día en una u otra dirección. El destino sólo se conoce al llegar.

Sin embargo, vos tuviste ayuda, una ventaja de la que no muchos gozan. Pudiste ver el final de uno de tus posibles caminos antes de emprenderlo. Sólo tenías que concentrarte en averiguar cómo escapar de él, cómo evitar meterte por esa senda. Y en algún momento estuviste a punto de hacerlo. Debías bajar tus dosis de envidia y rencor.

La envidia enfermiza deriva en rencor. Cuando alguien es mejor que vos en algo, te da envidia. Porque, aunque intentes disimularlo delante de los demás, aunque te ocultes en palmadas amistosas, en guiños y sonrisas, vos sabés que ese otro es mejor que vos. Y eso te molesta. No sabés por qué, te repetís mil veces que no estás en una competencia, que lo tuyo también es bueno. El problema es que vos querías que lo suyo fuera lo tuyo. Y esa imposibilidad la convertís en ofensa; crees que ese otro, y quienes lo rodean y adulan, al mismo tiempo te infravaloran, te insultan. Y jurás que esto no va a quedar así, ya me las van a pagar, ya se van a enterar de quién soy.

Entonces, como el tipo aquel, te vas a tu piecita, atiborrada de sedimentos de cultura incoherentes, rumiando rencor, odio; sangrando desprecio. Abandonás lo que estabas haciendo porque sabés que no podés competir con ese otro, y te lanzás a una nueva aventura. Yo soy más, yo soy mucho más, yo soy muchas cosas, te repetís. Soy el gran Narciso Sánchez Durán, una nueva entrada en la enciclopedia que todavía no se escribió, una efeméride en el calendario del futuro. Nadie lo sabe, nadie lo entiende, todos son tontos, cortos de miras, miopes intelectuales.

Sos igual que aquel tipo. Para él nadie entendía nada. Todos estaban enceguecidos por alguno de los tantos velos de la estupidez. El político de barrio (te decía cuando éste se iba al baño) era un dogmático, un hombre astuto, sin duda, aunque con las anteojeras de su causa política. Por eso el político *parecía* inteligente, pero no lo *era*.

El tipo tenía calificativos para todos. El que no era academicista era enciclopedista, y el que no estaba demasiado influido por el post-estructu-

ralismo francés o por el evolucionismo rancio. Todos eran no-sé-qué-istas, o qué-sé-yo-icos, o vaya-a-saber-qué-siano. Y el calificativo descalificaba a la persona y a su pensamiento y a sus obras. Todos estaban equivocados, todos veían a través de lentes deformantes, incapaces de captar el mundo en su compleja complejidad. Pero como todos lo despreciaban, a todos odiaba. Por todos sentía rencor.

Llegaste a percibir incluso un odio genérico a las mujeres, pero no misoginia. Era resentimiento. Toda su vida lo habían ignorado, no ya porque fuera feo (y lo era), sino porque era raro, críptico, egoísta. Él vivía para su mundo y la única manera que tenía una mujer para entrar en él era como parte del rompecabezas de su vida. Una amante, una amada, sólo podía existir *en función de* aquel tipo, en tanto él se consideraba el centro del Universo.

¿Qué mujer podía soportar por mucho tiempo a un ser rencoroso, altanero, egocéntrico, sumido en la realidad paralela de una conspiración para la ignorancia planetaria, desagradable en el trato y en el aspecto, con tendencia al aislamiento, que piensa que la libertad es pasarse horas indefinidas frente a un monitor haciendo “cosas” (haciendo *nada*)? ¿Quién iba a querer a ese *superhombre*?

¿Sabés qué resulta de un superhombre fracasado? Un bueno para nada. Por querer serlo todo, acabaste siendo nada. Ni blanco ni negro. Sos un gris. O quizás peor: marrón. Desagradable, confuso, sucio, muerto. Por eso tenés los ojos turbios. No, no se trata de un lugar común, de repetir una metáfora que, de tanto usarse, perdió todo su sentido. En este caso, tu mirada es verdaderamente turbia. Tus ojos negro-amarronados brillan y desvían la vista constantemente, y quien quiera penetrar en ellos no podrá ver sino un agua oscura, sucia y turbulenta que nubla todo acceso a lo que se halle más allá del nervio óptico. Tu mirada esconde algo impuro, arremolinado, caótico, pestilente. Si los ojos son el espejo del alma, los tuyos reflejan la lucha del bien contra el mal, donde el mal parece ir ganando.

¿Te diste cuenta de que estás muerto en vida? Estás débil y abúlico. Todo te cansa, todo te aburre, todo te harta, todo te deprime, todo te hastía, todo te desmotiva, todo te da pereza. Acabás tirado frente al televisor,

o acostado en la cama, haciendo planes, imaginando lo que vas a hacer cuando hagas algo. Planes de un mañana que no llega, mientras el mundo se empeña en seguir adelante y no te espera. Se va sin vos.

Sos la víctima de un vampiro que te absorbe la sangre dejándote siempre un resto, que te pone al borde de la muerte pero no te mata, que te vuelve un esclavo débil sin voluntad. Sólo que el vampiro sos vos mismo, es tu rencor, tu miedo a enfrentar el fracaso y hacer algo al respecto; es la parálisis de la frustración que te lanza a la deriva, la inercia que te arrastra sin remedio hacia la nada que has sabido construir.

Y te dejás llevar. Quizás querés creer en las falsas promesas de felicidad que te susurra el vampiro antes de darte la última dentellada...



## SANGRE DE ARRABAL

*Sangre de Arrabal* es la novela inédita que legó al mundo Narciso Sánchez Durán (Buenos Aires, 1977-2008), “Naso” para los amigos, periodista de mediocre trayectoria con pretensiones de escritor. Se trata de la única novela de una (afortunadamente) corta carrera literaria, pues su autor no resistió el primer fracaso y abandonó la eterna vocación hasta el final de sus breves días (se suicidó durante una crisis depresiva).

Cuenta la historia de un vampiro que resucita en Buenos Aires en los años '90. Sí, parece broma pero ése es el argumento. La excusa que encuentra el autor es la remodelación de Puerto Madero: en un oscuro sótano de los diques aparece un cajón de madera emparedado. El cajón sólo contiene tierra y se abandona a la noche del puerto. El fresco aire rioplantense, al entrar en contacto con la tierra colándose por los resquicios de las maderas viejas, insufla ese soplo de vida que necesita el monstruo para renacer de sus cenizas. O algo así.

Hambriento y desorientado, el vampiro vaga sin sentido hasta una derruida casa del barrio de La Boca, donde establece su primera morada y se dedica a reponer fuerzas. Poco más tarde, sus paseos nocturnos lo conducen a Villa Soldati, donde se cobra su primera víctima: un pobre mecánico de barrio que volvía tarde a casa después de largas horas extras.

El vampiro cree que su presencia en esa ciudad extraña debe tener alguna explicación, pero su memoria sólo le trae imágenes de las calles de Londres. Persiguiendo esas visiones es como, quizás (la novela contiene tales fallos de narración que esto no acaba de quedar claro), el monstruo

llega hasta la Torre de los Ingleses, en Retiro. Las alucinaciones, el hambre y la rabia hacen que cometa su segundo y horrendo crimen, sin tomar precauciones y dejándose ver en plena plaza.

En la historia, el primer crimen había suscitado la atención de la ley y la prensa (se recoge el mote amarillista de “El Vampiro de Villa Soldati”); el segundo, por tanto, clamaba al cielo una explicación y despertaba incluso la curiosidad de los medios no sensacionalistas. Policías y periodistas inician sus pericias por separado. Pero además (primer gran divague de la trama) interviene una agencia internacional secreta de fenómenos paranormales, que envía a la escena del crimen a su agente en Buenos Aires, una mujer de buena familia, solitaria y algo trastornada.

La agente coincide allí con un joven reportero que cree estar en la pista correcta: el chico apuesta por la existencia de un asesino en serie, de un desquiciado que pretende hacerse pasar por vampiro vaya a saber uno con qué fines, o por qué razones. Mientras la policía se limita a recoger pruebas y analizar probabilidades, la investigadora especial sospecha la verdad del caso y pide ayuda a dos colegas de Londres y Berlín (Sánchez Durán les da nombres que homenajean a Peter Cushing y a Anthony Hopkins; burdo, muy burdo).

El joven periodista (personaje autobiográfico, como no podía ser de otro modo) se da cuenta de que la mujer sabe algo que el resto ignora, y comienza a hostigarla constantemente. Y (nuevamente, no podía ser de otro modo) se enamora de ella. La agente secreta, inicialmente reacia a compartir información, comprende que la tenacidad del muchacho le puede resultar útil y le brinda pistas o pautas para que el reportero la ayude en sus pesquisas.

Pero el muchacho no sabe que la investigadora sufre frecuentes y confusas pesadillas en las que sueña con el vampiro. En una de ellas, el monstruo la cita en la Torre de los Ingleses. Casi instintivamente, ella va allí. El joven periodista, que la espía a todas horas, la sigue. Entonces tiene lugar el momento romántico de la historia: el vampiro confiesa que está en esta ciudad extraña y opresiva sólo por su amada, por ella (¿a qué les suena?). Ella cae en una suerte de hechizo hipnótico y le cuenta una vieja historia que solía narrarle su madre, y que hablaba de un caballero inglés que había viajado desde Londres a Buenos Aires por el amor de una mujer, pero

que de algún modo se había convertido en un monstruo, acabando sus días perseguido y encerrado.

Cuando estaban por consumir el beso fatídico interviene el periodista (¡es mi héroe!) que, temiendo por la salud de la investigadora, ataca al vampiro, rompe el hechizo y se lleva una paliza.

El vampiro, no obstante, está débil y huye; pero esa misma noche, loco de rabia, mata a su tercera víctima, una joven incauta que volvía de la bailanta.

El periodista logra sacar del trance a la investigadora y decide que ya es momento de comentarle sus averiguaciones a la mujer: según había podido saber, hacía muchos años un caballero originario del este de Europa (Rumania, por ejemplo) había llegado vía Londres a la Reina del Plata, supuestamente por negocios vinculados al ganado vacuno (o a la compra-venta de inmuebles, por qué no). Allí se había enamorado de una mujer que resultó ser... la bisabuela de la investigadora. La mujer ya estaba casada, lo que no impidió que cayese bajo el influjo del vampiro. Su marido, el bisabuelo de la investigadora, hombre culto y de mundo, pidió ayuda a un viejo médico alemán (un tal Von..., Van..., bueno, no me acuerdo) vampirólogo en sus ratos libres, junto a quien logró reducir a la bestia y convertirla en tierra por un tiempo. Su intención era devolverlo a su país de origen, pero una epidemia de fiebre impidió la entrada y salida de barcos, lo que obligó a los hombres a buscar una solución alternativa, ya que el vampiro podía revivir de un momento a otro. Optaron entonces por emparedarlo en algún lugar indeterminado para que, en caso de que volviese a la vida, no tuviera escapatoria.

Hasta ahí, todo claro. Pero había más detalles que el joven periodista no sabía (y que nuestro narrador revela con sagaz oportunidad).

El vampirólogo alemán vuelve a su país y deja asentado en un cuaderno de notas todo cuanto había acontecido en Buenos Aires. Años más tarde, con los nazis ya en el poder, el viejo médico muere, dejando a sus hijos poca fortuna y muchos libros. El menor de ellos, joven entusiasta y radical, milita en las filas del Partido Nacional Socialista Alemán (es un nazi, o sea). Revisando los papeles de su padre descubre por casualidad el manuscrito sobre el vampiro de Buenos Aires; sin muchas luces pero con un gran sentido de la lealtad y del deber, el muchacho considera que

la información allí contenida puede interesar al *Führer*. Así, pues, lleva el diario a sus jefes de fila, quienes inmediatamente lo elevan a los sabios del partido. En su desesperada búsqueda de nuevas armas y de la raza perfecta, algunos creen encontrar en ese monstruo una fuente para estudiar la inmortalidad, y deciden hacerse con los “servicios” del vampiro. Al tratarse de una teoría algo heterodoxa, los jefes del partido mantienen el asunto en secreto y preparan una discreta expedición a Buenos Aires para dar con el cajón de tierra.

Pero la desgracia y el descuido se unen, el barco que traslada a los expedicionarios naufraga y la única copia del manuscrito se hunde para siempre en el océano. Ya nadie sabe dónde se encuentra enterrado el vampiro.

Es por todos sabido que, al concluir la Segunda Guerra Mundial, varios jerarcas nazis (y otros de poca monta) recalaron en Argentina. O al menos eso se sospecha (con el ejemplo de Eichmann, Priebke y otros a la cabeza). En esto se basa nuestro ingenioso autor para afirmar que algunos no tardaron en organizarse para conspirar y preparar el retorno. En este contexto, alguien recuerda la historia del vampiro en Buenos Aires (laguna argumental: ¿no era una misión *súper-secreta*?). Sin demasiadas pistas, y más empeñados en ocultar su identidad, las pocas pesquisas que realizan los nazis no dan ningún fruto. Decididos a no perder la paciencia, se dedican a esperar la llegada de una señal o indicio: si lograban dar algún día con el vampiro y descubrían el secreto de la vida eterna, los esperaba la inmortalidad.

Un poco rebuscado, todo hay que decirlo, pero con un mínimo de coherencia. Porque ahí es cuando los nazis se entrelazan con la trama principal. Al salir a la luz las primeras noticias del “Vampiro de Villa Soldati”, los nazis tardan en reaccionar. Simplemente no conectan el hecho con su vieja historia. Pero luego del segundo caso, la luz de alarma se enciende y vuelven a las andadas. Su primera pista es (y, sí, si no, no hay historia) el joven periodista.

Sánchez Durán nos devuelve entonces a donde había dejado la narración. El joven periodista se despide de la mujer que, aún confusa, prefiere marchar en taxi a su despacho. El muchacho está cansado y un poco aturdido tras el primer encuentro cara-a-cara con el vampiro, así que la

deja ir y vuelve a casa... donde los alemanes lo estaban esperando para secuestrarlo e interrogarlo en un sitio alejado (el episodio del secuestro recuerda mucho al que sufriera el periodista Gonzalo Gruchnuk, a la sazón empleador de Narciso Sánchez Durán quien, suponemos, admiraba a su jefe).

Los nazis pronto se dan cuenta de que el muchacho no dice mucho, pero que los puede ayudar más suelto que muerto (no veo por qué el autor los hace llegar de manera tan simple a esa conclusión, pero supongo que se trataba de no matar a su *alter ego*). De modo que simulan distraerse por un momento, dejan una puerta abierta y el periodista se escapa (la fuga también recuerda a la de Gruchnuk).

El vampiro, mientras, intenta contactar otra vez con la investigadora. Logra averiguar dónde vive y va hacia ahí. Pero ella lo está esperando con ajo, agua bendita, crucifijos, estacas, balas de plata y demás medidas de dudosa utilidad que, no obstante, obligan la huida del vampiro. Apenas unos instantes después, el joven periodista arriba al departamento para contarle a la investigadora que no está a salvo, que alguien más busca al vampiro y que su vida corre peligro si no escapa.

Los nazis, efectivamente, les pisan los talones. Y tras ellos va el vampiro, que no se había alejado mucho y comprende que su amada está en riesgo. Los alemanes están a punto de dar alcance al periodista y la investigadora cuando el monstruo interviene con toda su fuerza y descarga ira en un festín de violencia, sangre y mutilaciones.

La lucha se prolonga hasta el amanecer, sin dar tiempo al vampiro de volver a su guarida. El sol lo sorprende corriendo por las calles de La Boca, descomponiéndolo en tierra. Esta vez, el viento del sudeste lo esparce por toda la ciudad, sin que quede claro qué futuro le depara al no-muerto en este estado (Sánchez Durán tenía la vana esperanza de escribir una secuela). La investigadora suelta una lágrima de pena por él. El periodista la abraza y ve ahí el comienzo de una gran amistad. Y el Premio Pulitzer.

Fin de la historia.

Como puede verse, no es una gran novela y merece permanecer en el anonimato. No obstante, algunos de los hechos ocurridos durante el proceso de su escritura quizás sí tengan mayor interés, por lo extraño, miste-

rioso, didáctico, curioso, simpático, estrafalario, ridículo y/o inverosímil que resultan.

Reconstruidos gracias a la aportación de testigos directos e indirectos, a la hemeroteca y a documentos originales de primera mano, estos hechos son los que pueblan estas páginas. Son retazos de la historia de una novela que no fue. O como se dice ahora, el *making of* de *Sangre de Arrabal*.

FIN



Este libro se acabó de editar en  
Señales de Humo  
el 15 de enero de 2010



